

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

DE LOS

DOMINICOS ESPAÑOLES



SUPERIORUM PERMISSU

MADRID
SANTO DOMINGO EL REAL
Claudio Coello, 114. (Est. 6.ª)

1922

SUMARIO DEL NUMERO LXXIV

PÁGS.

ALONSO-GETINO (Luis G.).— <i>El primer manuscrito castellano sobre la vida y obras de Santo Tomás de Aquino</i>	161
SCHULTES (Reginaldus M.).— <i>Responsio ad "Respuesta a un estudio histórico"</i> ...	168
ARBOLEYA MARTÍNEZ (M.).— <i>De la acción social: Los errores de monseñor Potier</i>	177
GARCÍA S. GRAÍN (José María).— <i>San Ignacio, mártir, y el Cristianismo primitivo (continuación)</i>	194
BELTRÁN HEREDIA (V.).— <i>Actuación del maestro Domingo Báñez en la Universidad de Salamanca (continuación)</i>	208

BOLETINES

<i>De Sagrada Escritura</i> , por fray Alberto Colunga.....	241
<i>De Derecho canónico</i> , por fray Sabino Alonso.....	267

CRONICAS CIENTIFICOSOCIALES

España (Tomás S. Perancho).....	275
Japón (Tomás de la Hoz).....	285
Perú (Un Misionero de Urubamba).....	288
Filipinas (J. Labrador).....	297

BIBLIOGRAFIA

<i>Tratado elemental de Sociología cristiana</i> , por José Llovera.— <i>Scritti scelti di Guiseppe Toniolo</i> , por Felipe Meda.— <i>El Terrorismo, la Libertad y la Política</i> , discurso de don Antonio Royo Villanova.— <i>La piedad del mejor sabio: Rasgos de alabanza a la Santísima Virgen</i> , por Santo Tomás de Aquino.....	303
--	-----

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

MARZO-ABRIL DE 1922.—NÚMERO 74.

EL PRIMER MANUSCRITO CASTELLANO SOBRE LA VIDA Y OBRAS DE SANTO TOMAS DE AQUINO

En el número de marzo-abril del año antecedente ofrecimos a nuestros lectores los primeros versos que en lengua castellana existen acerca del Angel de las Escuelas, nuestro patrono y maestro, y hablamos del manuscrito en que se hallaban. En el mismo códice se encuentra la Vida y un fragmento sobre las obras que escribió. En la imposibilidad de obsequiarle en la fiesta de este año con la Vida entera, publicaremos solo lo referente a su niñez y juventud, omitiendo toda reflexión, para no repetirnos, acerca del preciado códice, cuya publicación nos ha reservado la Providencia.

Santo Thomás de Aquino dela orden de los frayres predicadores, doctor muy noble nascido de muy alto e claro linage delos nobles condes de Aquino, en la tierra de Canpania e del regno de Cecilia e del linage legitimo real traxo su nascimiento. A su padre llamaron Landulfo e a su madre llamaron Theodora, de muy alto e noble linage, dela cibdad de Neapol; e ella era muy clara e ensseñada en castidad e buenas costunbres. El nascimiento de aqueste santo e la bida que auia a fazer fué de parte de Dios antes que nasciesse demostrado. Era en tierra de Canpania un ome santo que llamaron don Bono, bueno por obra e por nonbre, el qual por muchos años auia sido hermitaño con otros muchos e biuido en un monte que llaman Roca sica, e por opinion de santidad era onrrado e alabado. Este por espíritu de Dios beno a su madre deste santo, ella estando en el castiello de Rrocasica, estando ella en çinta del, e nolo sabiendo, dixo le: goza te, señora Theodora, que tu parirás un fijo el qual será llamado Thomás. Este será muy grande en todo el mundo en sciencia e en santa bida, e será frayre de la orden de los predicadores. Al qual onbre santo respondió la dueña santa en esta manera: cunpla Dios lo que plogiene a la su boluntad. E todas las cosas según el santo dixo fueron conplidas. E nació el moço noble e fué nonbrado Thomás.

E de su ama con grant diligencia fue criado. E siendo infante pequeño

que mamaua contesçió una bez que su ama lo sacó de la cuna para lo bañar, según es costunbre de bañar alos niños; el infante tendió la mano e tomó una carta de parte de Dios echada delante él; apretó la carta en su mano. E su ama queriendo le bañar quería le sacar la carta dela mano e esconpaso abrir la mano por fuerça, e el niño començó a dar grandes bozes llorando. E el ama, auiedo compassión del moço, baniello con su carta en la mano; e desdeque lo ouo bestido lleuole a su madre la condessa con su carta la qual, a fuerça, aun lloraua mucho, sacó la carta de su mano por ber que estaua en ella scripto. E en la carta no estaua otra cosa sinon el aue maría acabado. Cosa conueniente era que fuesse de parte dios mostrado en este moço lo que auia de ser después que fuesse maestro. E quanta doctrina e enseañança de salud auia de enseñar demostrose en la carta que falló en la qual estaua la salutación angelical, que fué comienço de nuestra salud.

Conplidos cinco años de su edat, su padre e su madre, queriendo que fuesse ensseñado de buenas costunbres, asy como Samuel, fué a Dios ofrecido e enbiaron le al monasterio de Monte cassino, que era de la orden de sant Benito para que lo ensseñassen leer e buenas costunbres. Todo esto se ffazia por prouidencia diuinal, por que este sto. Thomás, que auia [de] ser tan claro luzero en la eglesia de Dios, non fuesse criado en teniebras, e a este espejo de vida la conuerssación del mundo non lo emanzellasse. E syendo este niño escogido del Spíritu Santo, estando con otros moços fijos de nobles que allí se criauan, arredrauasse de los juegos e delas burlas e palabras locas que suelen dezir los moços, et apartáuase con su carta a leer en la que suelen primero enseñar a los moços. Era moço en el gesto muy honesto, arredrado de toda locura enel fablar, muy manso e non parlero. Et ya esconpeçaua a contemprar entre sí, callando. Et era conpuesto de todas buenas costunbres. E segun aquella edat pequeña demostraua deuoto en la su oracion. E según dize la Escriptura *en los sus studios es el moço conocido*, si las sus obras son justas e linpias.

El abad de aquel dicho monesterio por espíritu de Dios paró mientes a las buenas costunbres e a la grant sotileza de aquel moço e a la buena generación (*sic*), bió que auia de ser algun grande en la yglesia. E aconsejó a su padre e a su madre que lo enbiassen a la cibdat de Neapol a estudio, que aprendiesse las siete artes liberales. E fezieron lo asy. E estando Thomás en el estudio, así aprouechó sobre todos sus yguals en sutileza e viuio ingenio, que a todos sobrepujó, repitiendo lo que oya e entendiendo mas alta mente e mas aguda mente que todos los otros en disputar, en responder. E en todos los actos scolásticos tan sabia mente se auía, que a todos era visto cosa marauillosa, e marauilláuense todos de la su prudencia e de las sus respuestas.

Este santo [como] en muy bneue tiempo en gramática e en lógica e en filosofía natural ouiese mucho aprouechado, esconpeçó a pensar e ordenar entre sy cómo renunciassse el mundo de todo punto e entrase en la orden delos frayres predicadores porque el marco que le era dado del ingenio muy excelente e del entendimiento muy claro que lo diese al Señor doblado. onde a un fray desta orden delos predicadores marauillandose dela prerrogatiua del ingenio deste moço fue visto que del uultu deste santo

sallien rradios resplandecientes los quales derramados en ancho e en luengo allunbrauan a los ojos delos que le acatauan. E en tienpo que este moço ingeniosso (el qual auia recebido buena alma e la su fama entre todos era muy noble e permanescia en la su boluntat el propósito de entrar en esta orden sobredicha) conteció que fray Johan de sant Julián, varón de buena fama e letrado, por spíritu de Dios veno a fablar con este mancebo Thomás para que entrase en la orden, lo qual le auía ya esconpeçado a flauar (1) e enduzir a ello por que así el spíritu de Dios acabasse aquello que auia esconpeçado. E siendo moço Thomas ante que ouiesse quatorze años, entró en la orden delos predicadores segúnt dize la letra de la su canonización, quando fué canonizado por santo en la iglesia. Al qual rescebió a la orden fray Thomás de Lentiuo barón, muy deuoto e onrrado que era estonce prior del monesterio de Neapol, e fué después archobispo de Cusantina, e dende tomado fecho patriarcha de la santa cibdat de Jerusalem. Todos los de la cibdat se marauillauan de la entrada a la orden de tan noble mancebo e de tan gran linage. E los frayres se alegraron, se gozaron con la su compañía.

Et la su noble madre de buena memoria, oydas estas nuevas, consolose acordando se de la prophecía que el santo hermitaño auía dicho de parte de Dios viendo que se conplía en su fijo. Et la madre piadosa gozando se en el señor con compañía honesta e pertenesciente, veno a Neapol por ver a su fijo e por lo confortar que estodiesse firme en el propósito que auia encomençado. E quería, por spiritu, parir e ofrecer al Señor al su fijo, al qual primeramente segunt la carne auía parido al mundo.

Et quando los frayres oyeron que venía su madre sospecharon que venía con amorio carnal del fijo e lo sosacaría por que saliesse de la orden. Por la qual sospección fueron mouidos los frayres, e leuaron le de Neapol a Roma por que non lo fallasse la madre. E de Roma lo enbiaron a Tuscía por que de Tuscía lo enbiassen a París.

La madre llegó a Neapol, e quando non falló ally a su fijo fué a Roma en pos del. E quando non lo falló en Rroma tomó muy grant pesar e dolor por el trauajo que auía passado e era priuada de uer a su hijo; por lo qual tomó grant sanna contra la orden. E dixo que non lo venía ver por lo sacar de la orden, mas por lo confirmar que estodiesse firme en ella.

E quando oyó la madre que su fijo non estaua en Rroma, fué muy turbada e enbió un mensagero a los otros sus fijos que estauan con él Enperador de Rroma, que sopena dela su bendición que fuessen luego al camino de Tuscía e que tomassen a su fijo fray Thomás e que lo trayesen para que lo viesse.

E los fijos demostraron la carta de su madre al Enperador e pedieron licencia para conplir el mandamiento de su madre. E auida la licencia del Enperador salieron a los caminos así como rrobadores que con grant saña van a rrobar. E fallaron a su hermano fray Thomás, con otros quatro frayres predicadores sus compañeros que lo leuauan a Tuscía, folgando cerca de

(1) flauar=fablar, hablar.

una fuente. E lançaron las manos en él non assi como hermanos carnales, mas assy conmo enemigos mortales

E quesieron le despojar el hábito, e el moço santo en ninguna manera non consentió. E por fuerça quisieron le rronper el hábito; mas el moço con toda su fuerça contralló e resistió. E por non lo lijar tomaron le con su hábito en con buenas guardas enviaron le a su madre.

E la madre alegrose con la vista de su fijo; e acordándose de lo que auía passado esconpeçó a falagar e aconsejar a su fijo que dexasse el hábito que auía tomado. Enpero el moço santo nunca mouió su voluntad nin por falagos nin por promesas nin por palabras e mandamientos de su madre, ca el su corazón e la sua boluntat fundado estaua sobre firme piedra que es Ihu. Xpo. Et así como cordero sin manziela fué puesto en guarda en un castiello del monte de san Juan fasta que veniesen sus hermanos.

En este tienpo los quatro frayres que eran compañeros de sto. Thomás llegaron a la cibdat de Tuscía en la qual estaua estonce el Papa Ignocencio quarto. Et dieron querella desto sobredicho cómo les auien tomado a fuerza a fray Thomás. El papa envió cartas al Enperador que ffeziesse pesquisa quién lo auía fecho, e segúnt el excesso, que feziesse justicia dellos. El Enperador faziendo la pesquisa, ouieron por buen consejo los frayres que dexassen la querella, por que non se leuantasse algún escándalo a la orden, et non veniesse peligro a las ánimas de los religiosos.

E estando santo Thomás, escogido de Dios, en aquel castiello preso, la claridat diuinal, estando en las teniebras, alumbró la su uoluntat. Et leyó allí estando, e aprendió muchas cosas que encomendó ala memoria. Et sto. Thomás ally estando ensseñó a sus hermanas leer, et a la una dellas que trauajaua por le tiral el propósito de la orden; mas Dios así ayudó a santo Thomás que non solo el hermana (*sic*) non lo pudo trastornar mas él conuenció a ella a sí a tanta deuoción, que fizo boto de castidat e fué monja de sant Benito enel monesterio de santa María de Capua et biuió muy santamente, et fué abadesa en aquel monesterio et acabó en seruicio de Dios.

Este deuoto mançebo, estando en la carçel como otro Joseph, contenplaua en el cielo, et él en su oración fablaua muy dulce mente con Dios.

Estando sto. Thomás en la carcel non le fallescieron muchas tentaciones e muchos fallagos e muchas contrariedades e muchas malas persecuciones para le sacar del buen propósito que tenía. Mas él fué como arbor bien enrraygado e firme que de lliuiano biento non se puede arrancar. Ca el Spiritu Sto. lo tenía bien confirmado e en ninguna manera non lo pudían mouer.

Et estando en la carcel venieron sus hermanos carnales e non spirituales, et ya non con falagos mas con amenazas e con espantos e con tormentos, le prouocauan a que dexasse el hábito e la orden; mas él asy los menospreció amenazantes conmo falagantes. Et un habito de cadinas que tenía todo gelo rasgaron e despedaçaron, por que así, con verguença del feo y roto hábito, vestiesse otras ropas seglares; mas el mançebo sto. con grant paciencia sofrió las enjurias e con grant humildat se enboluió en aquellos pedaços rotos del hábito e non quiso tomar otras rropas. Mas en la mayor enjuria ouo victoria por mayor paciencia.

E porque ninguna manera de tentación non quedase por la qual non

fuesse tentado e prouado este justo, por fermosura de la muger quissieron trastornar el corazón del sin pecado. E dixieron así los hermanos: ¿por auentura este moço será más cauteloso que el primero padre Adán o más fuerte que Sansón o más justo que Loth, o más deuoto que Dauid, o más sabidor que Salomón? A todos estos engañó la muger; non puede ser que non engañe a este. Entre a él una donzella muy fermosa e bien apostada et burle con él con gesto e con uulto, e prouocarlo ha a torpe obra, e así derribaremos aquel que non cura de nuestros falagos nin de nuestras amenazas; matemos el alma deste moço por que nos gozemos de su compañía corporal; alañemos dél el spiritu de Dios por el qual se rrige por que el spiritu sea confundido. Tales son las obras de la carne e dela sangre, e así aconejan los parientes carnales a los suyos por que perescan las almas.

Entró a la cámara, donde estaua sto. Thomás, una donzella muy fermosa e muy desonesta, sin castidat así conmo serpiente, por enlazar al mançebo sin pecado; et si pudiesse fazerle caer del proposito de castidat. La qual así como bíuora allego se a él e agora con palabras desonestas, agora con gestos, agora con tañimientos quiso derribar al mancebo sin manziella. Non creya ella que con angel más con ombre, que pelleaua. E por que la virtud en la enfermedat o flaqueza es perfecta, seguieron se en el mançebo muchos stímulos e tentaciones de la carne, los quales quando los sentió sobrepujó e venció con corazón varonil. E muy firme estonce el mancebo, pensando el bien que auie de venir por la virtud de la castidat. E [cuando] la donzella le fablaua del fuego de la carne, tomó él un tizón grande del fuego, et alañó con él fuera de la cámara a la que quería encender fuego en la su carne.

Et después que la ouo echado fuera de la cámara, encendido en feruor deí spiritu, en un rincón de la cámara con aquel mesmo tizón fizo la señal de la crux, e echose en oración con muchas lágrimas et gemidos et pidió a Díos por gracia e merced que le quissiese dar don de castidat e uirginidat perpetua; pues que en aquella obra auía ya vencido al enemigo que de allí en adelante lo guardasse sienpre sin alguna corrupción. Et rogando esto con lágrimas, adormeciosse. Et a el dormiente adesora, fueron allí dos ángeles presentes que le dixieron que Dios auía oydo su oración e le otorgaua su ruego. Los quales segúnt a él parecía le ciñieron cerca las rrenes una cinta e le apretaron tan fuerte mente que sentió grant dolor. E dixieron: *de parte de Dios te ceñimos cinta de castidat segúnt tu demandeste, que de aquí adelante en ninguna manera non será suelta*. Et a esta bisión despertó, et sentido el dolor del tañimiento de los ángeles dió uozes, e algunos preguntaron *le qué auía e por qué diera vozes*. El non quiso reuelar a alguno la visión; mas en toda su vida fasta el tiempo de su finamiento lo touo secreto. Et en fin de su vida lo reueló secreta mente a su compañero fray Reginaldo con grant humildat. Et de allí adelante las fablas e los acatamientos de las mugieres así los esquiuió conmo a serpientes, si non por alguna ocasión necesaria o por salud de las almas, si fablaua con ellas.

E en este encerramiento así conmo estido dos años. E fué muchas bezes bisitado de fray Juan de sant Julian sobredicho con el qual auía muy grant amorío, e consoláuase mucho de su visitación. E este fray Juan le prouía.

de las vestiduras de la orden, et traya las sayas vestidas e ally en la cámara se las despojaua e ge las dexaua por que el mascebo non padeciesse defecto en el cuerpo, pues tan fuerte mente pelleaua dela voluntad.

En tanto pensó la su madre sabia mente que se auía conplír lo que el hermitaño santo por spiritu de Dios auía prenunciado. Esso mesmo viendo, que non peleaua sola mente la firmeza del mancebo conmo por él peleaua la virtud e gracia de Dios, prudente mente dissimuló su guarda e quitó las guardas. E cautelosa mente con una sogá sacaron le por una finiestra del castiello; et los frayres dela orden de los predicadores, llamados, estauan allí aparejados para lo rescebír. E rescibieron le con muy grant gozo e lleuaron le a Neapol a su monesterio; al qual los frayres rescebieron tan sabio e tan enseñado conmo si ouiera sienpre estado en estudio.

E así tornado a la orden (solo por el cuerpo, ca por la boluntat nunca fué absente), de Neapol enbiaron le a Rroma. Et el onrrado padre fray Johan Theutónico, maestro de la orden, tomo de Rroma e tráxole consigo a París. Et de París envió lo a Colonia a don fray Alberto Theutónico de la orden de los predicadores muy gran doctor así en filosofía conmo en santa theología, flor de todo el estudio general. E quando sto. Thomás veno al maestro Alberto sobre dicho et oyó de la su sciencia e doctrina muy profunda e maravillosa, gozosse muy mucho por que falló donde sacasse la sabiduría que él buscaua. E sconpeçó sto. Thomás aplicar se al estudio non frya mente, mas conmo aueja argumentosa cogía panares spirituales e guardaualos en el armariuello de la su voluntat por que en el su tiempo derramasse dulces fablas de sabidurías diuinales. E por que conviene en sillencio e con mansedunbre recibir la doctrina, tanto callaua en todas las cosas que todos los otros estudiantes que con él estauan *bue mudo* le llamauan. Verdadera mente fué bue que pasció en el campo del Señor que es la santa eglesia. E la su fortaleza pareció despues en la abundança de las mieses spirituales. Esta es una mañera muy conueniente para aprender sciencia que alguno ante que oya e aprenda non osse disputar. Et después quando veno el tienpo de fablar qual pertenecía lo que onesta mente auía callado, amostrolo después por la fabla.

El doctor sobredicho don fray Alberto en aquel tienpo leya los libros de sant Dyonisio de los *nonbres diuinales*. Sto. Thomás con mayor atención que todos los otros escolares los desconpeçó oyr. Et otro estudiante non sabiendo cuánta sabiduría estaua ascondida en sto. Thomás ofrecio sele de uoluntad para le repetir la leción que auía leydo el maestro. Sto. Thomás así conmo verdadero humilde fuele a oyr de grado. Como el estudiante desconpeçase a repetir la leción e algunas beces falescía, sto. Tomás después repetió toda la leción como el maestro la auie leydo, que non falleció una palabra, e algunas cosas que el maestro non auie dicho añadió, de lo qual marauillándose mucho aquel estudiante dixo al maestro de los studiantes: *este fray Thomás del regno de Cecilia grande es en sciencia ca hoy tan suficiente mente me repetió la lecion, que mejor la entendí de su boca que non del maestro.*

E quando esto oyó el maestro de los estudiantes, queriendo verlo por experiencia por ser más cierto, otro día a la hora de la repetición puso se

secretamente en el lugar donde sto. Thomás repetía e oyole con grant atención. Quando le oyo repetir tan marauillosa mente e tan de cerca, clara mente, marauillose mucho de la su suficiencia mas que de lo que auía oydo al estudiante. Et luego lo fué a dezir a maestro Alberto.

Contesció en aquellos días al sobredicho maestro Alberto de disputar e determinar una question muy sotil e muy fuerte de entender, la qual question sto. Thomás, oyendo, tomola toda e escriuiola toda en una cédula. E en leuanto se del studio apriesa e saliendo de su celda, cayó la carta en que auía scripto la question fuera de la puerta de su celda. Et traspasando por allí un estudiante, tomo la carta e demostrola al maestro. Et quando la vió maestro Alberto que estaua así conmo él la auíe leydo, espantose e marauillose de tan buen furto que auía fecho aquel discipulo tan estudioso. E uensó en el grant sillencio e en la vida linpia que fazia e en la santa conuersación. Et vió que era demostramiento de grant virtud. Et mandó maestro Alberto al maestro de los estudiantes que encomendase a fray Thomás que le respondiesse de una question bien fuerte en las escuelas en la primera disputacion que veniesse, e puesto que recusase de responder por humildat, enpero conuenie de lo faser por obedecer humildemente. E luego se puso todo al secreto de la oracion y el primero actu suyo scolástico encomendolo humildemente a Dios. Et aparejose para responder otro día en las escuelas. Et otro día en la disputacion, repetidos los argumentos para solución de la question, puso una distinción por la qual muy suficiente mente soltauaua asy la question conmo los argumentos. E dixole maestro Alberto: *Thomas, non paretur que tienes tu lugar de respondiente, mas de determinador*. E conmo el maestro arguyese muho más fuerte mente en tanto que creya que lo auíe concludido. él [en] tal manera respondió tan suficientemente a todas las razones, que cuentan que dixo el maestro: *nos llamamos a este bue mudo; mas el tal balido de doctrina e sabiduría dará en la iglesia de Dios, que sonará por todo el mundo*.

El mancebo santo que auía fundado su corazón en la profunda humildat por todas estas cosas non se leuántó más nin mudó su manera de veuir en la primera simplicidad pues que maestro Alberto otros más fuertes actos scolásticos le encomendó quando sentió que era mas suficiente que todos los otros. E en tal manera en sus responssiones e todos los otros actos scolásticos, así al maestro conmo a los estudiantes parecio marauilloso, que claramente pareció que era lleno de espíritu de Dios. Et puesto que sobre los otros así en sciencia conmo en yngenio resplandeciese, enpero nunca alguno menespreció nin respondió loca mente nin se leuántó sobre si reputandose que era letrado o que sabía tanto conmo el maestro.

Después de ofrecer esta copia sólo nos permitimos advertir que está tomada fielmente, salvo el atrevimiento de poner mayúsculas a los nombres propios y la puntuación y acentos precisos y la separación de palabras; pues otra cosa hubiera sido motivo de fastidio para los lectores y la exactitud del texto queda intacta con esta advertencia y con saber que es del siglo XIV.

Responsio ad «Respuesta a un estudio histórico» ⁽¹⁾

Non erat contra expectationem, cum, ex Helvetia in Italiam Romanamque redux, legerem observationes P. Marín-Sola circa nostrum conspectum historicum doctrinae scholasticorum de definibilitate conclusionum theologicarum (C. T., n. 71, págs. 305-333). Attamen (ut ingenue dicam) meliora argumenta ex tanto viro exspectaveram. Certe P. Marín-Sola secundum suum iudicium iure suo usus est; unde et mihi eodem iure responsio ad eius observationes licita erit. Brevis tamen erit. Tangam tantum partes essentielles, praetermissis rebus secundariis, praetermissis praesertim glossis variis P. Marín. Responsio mea erit bipartita; prima pars quaestionem historicam, altera pars rem ipsam considerabit.

I

Intentio mea in conficiendo conspectu historico erat, ut progressum successivum doctrinae de definibilitate conclusionum theologicarum ostenderem et inde lumen afferrem ad ipsam quaestionem solvendam. P. Marín aliam intentionem mihi supponit. Simul non intende-bam, totam historiam quaestionis exponere, sed conspectum brevem evolutionis; inde principaliores tantum auctores adduxi, quorum sc. in evolutione praecipue erant partes; imo vel huiusmodi auctores eâ tantum sub ratione consideravi, quâ in progressu momentum habuerunt. P. Marín plures alios auctores et textus adducit, sed ob alium finem. Denique P. Marín veritatem historicam expositionis meae negat, evolutionem a me statutam vocando fictitiam. Immerito tamen. Videamus argumenta.

I. S. Thomas.

Obicitur primo, quod non sufficienter consideraverim distinctionem

(1) Cf. CIENCIA TOMISTA, 1921, n. 69, págs. 165-194.

S. Thomae inter ea quae directe, et ea quae indirecte ad fidem pertinent (págs. 165-172). Primo notandum duco, textus a P. Marín adductos a me indicatos, imo textum principalem quoad verba adductum esse (página 309). Secundo P. Marín quidem tenet, praedictam distinctionem esse *aliam* ac eam quae est inter articulos fidei et consequentias articulorum (quam exposui). Id quod tamen teneri nequit. Nam S. Thomas ipse II, II, q. 11, a. 2, sic dicit: “Ad quam (fidem) aliquid pertinet dupliciter, *sicut supra dictum est.*” Supra autem S. Thomas exposuerat, quod credibilia distinguantur in articulos, et ea quae in articulis implicite continentur (q. 1, a. 6-10), in credibilia de quibus est fides secundum se, et credibilia de quibus est fides solum in ordine ad alia (q. 1, a. 6 ad 1), in explicite et implicite credenda (q. 2, a. 5-8). Ad huiusmodi ergo distinctionem ipse S. Thomas sese refert atque inde simul sensus distinctionis patet. *Sensus* enim est: quaedam veritates (quae sunt articuli symboli) directe et explicite revelatae et ad credendum propositae sunt —unde quantum ad prima credibilia homo tenetur explicite credere (q. 1, a. 5) et circa illa directe et proprie est haeresis (q. 11, a. 2); quaedam veritates vero sunt revelatae et ad credendum propositae secundarie et implicite, revelata per accidens (ut facta historica S. Scripturae), sive veritates quae continentur implicite in articulis fidei sive explicationes et determinationes articulorum, i, e., non tantum explicationes nominales, sed et conceptualiter distinctae atque per modum conclusionis theologicae deductae: huiusmodi indirecte ad fidem et haeresim pertinent — de iis “potest esse haeresis sicut et fides” (q. 11, a. 2).

Qua tamen ratione circa illa *indirecte* potest esse fides et haeresis? Inquantum “ex illis negatis sequitur corruptio alicuius *articuli*” (q. 11, a. 2), sc. si hoc manifestum sit et determinatum per Ecclesiam (I, q. 32, a. 4). Doctrina igitur S. Thomae est: huiusmodi veritates, antequam ab Ecclesia definitae fuerint, *non pertinent ad fidem nisi ratione connexionis cum articulis*, sc. inquantum indirecte articulus (vel alia veritas explicite proposita) est in quaestione.

Post definitionem vero Ecclesiae huiusmodi veritates directe credendae sunt (II, II, q. 11, a. 2 ad 3; I, q. 32, a. 4). Quâ ratione tamen? *Non ratione praedictae connexionis* cum articulis, ut P. Marín putat, sed quia in se sunt revelatae et propositae per Ecclesiam. En punctum differentiae inter P. Marín et me! Unde non nego, conclusiones ex articulis vel veritatibus fidei esse definibiles, sed dico *non omnes* conclusiones esse definibiles, sed eas tantum quae sunt explicationes et determinationes aequipollentes vel aequivalentes veritatum explicite revelatarum, licet aliis et aliis conceptibus. Eodem modo sententiam P. Marín de *revelato indirecto* iudico: revelatum enim indirectum (terminus quidem non est S. Thomae) et definibile constituitur per veritates

secundarias revelationis quae sc. implicite in articulis continentur, et per explicationes, determinationes vel formulationes theologicas revelatorum, quae determinationes communiter per modum conclusionis theologicae fiunt.

2. Capreolus.

Ex Capreolo obicitur textus: "Omnia (sc. omnes conclusiones theologicae) implicite in Biblia continentur" (pág. 173). Quid tamen novi et quid ad rem hic textus dicit? Quid novi: quis enim nescit, conclusiones theologicas in revelatione "implicite" contineri, praesertim secundum terminologiam scholasticorum ante Concilium Tridentinum? Quid ad rem: nam quaestio praecise est, utrum omnimoda implicatio alicuius doctrinae in revelatione sufficiat ad eius definibilitatem. P. Marín quidem addit: "Hoc est unicum (sc. quod doctrina quaedam sit implicite in deposito fidei) quod requiratur ad definibilitatem" (l. c.); at totus labor theologorum post Concilium Tridentinum stat in distinguendis diversis modis implicationis et in determinando, quinam modus implicationis ad definibilitatem requiratur.

3. Caietanus.

Quantum ad Caietanum tantum notare volui, ipsum prima vice formulam distinctionis inter "formaliter et virtualiter revelata" proposuisse, ope cuius distinctionis doctrina de revelatione implicita deinceps magis determinatur. Unde scripsi: "primus impulsus a Caietano datus fuisse videtur", neque Caietano iam novam doctrinam attribui; nam immediate sequitur: "primus Cano *quaestionem movit*".—Ulterius obicitur, distinctionem Caietani inter formaliter et virtualiter revelata esse identicam cum distinctione S. Thomae inter revelata et revelabilia. Transeat; tamen nova formulatio vel distinctio Caietani occasio fuit vel, ut dixi, impulsus pro ulteriori distinctione.

4. Melchior Cano.

Quantum ad doctrinam M. Cano non scripsi, quod secundum Cano conclusiones ab Ecclesia definitae non immediate ad fidem pertinerent, sed scripsi: "Cano distinctionem inter immediate et mediate *revelata* proposuit, distinguendo simul immediate revelata in expresse (explicite) et obscure vel implicate (implicite) revelata" (pág. 318). P. Marín quidem censet, conclusiones quas Cano "appendices fidei" vocat, non esse conclusiones theologicas, sed alias doctrinas quae non habeant connexionem necessariam cum principiis fidei (pág. 177). Attamen Cano in textu a me adducto aliter distinguit, sc. inter conclusiones quae ex principiis fidei

solum nascuntur, et inter conclusiones quas non fides sola conficit sine externarum disciplinarum adiutorio, sed accitis aut uno principio aut pluribus ratione cognitis" (cf. pág. 318). Neque Cano, l. 12, c. 4, contrarium docet. P. Marín quidem optime tenet, secundum Cano conclusiones theologicas ante definitionem mediate (1, e., indirecte, cf. supra n. 1) ad fidem pertinere, post definitionem vero immediate (sc. proprie); tamen his duabus propositionibus non exhauritur tota doctrina Cani.

5. *Suarez et Lugo.*

In doctrina Suarezii et Lugonis quam maxime mihi imputatur defectus intellectus *sensus* doctrinae. Ad hoc simpliciter noto: nolui iterum expresse exponere errorem Suarezii qui lectoribus huius periodici tot vicibus expositus est, quod sc. virtualiter tantum revelata sint tantum de realiter distinctis entitatibus, et quidem physice tantum connexis: unde breviter errorem notavi (pág. 331), "vulnus" doctrinae Suarezianae" vocavi et quid *in re* de virtualiter revelato sentiendum esset, exposui (págs. 331-333). Deinde in sensu exposito scripsi: "Per distinctionem inter implicite et virtualiter revelata et eius applicationem ad conclusiones theologicas Suarez doctrinam hucusque vigentem ad tramitem veritatis reduxerat" (pág. 319): sc. non quidem inquantum in distinctione Suarezii error vel vulnus intervenit, sed simpliciter inquantum inter implicite et virtualiter revelata distinguitur. P. Marín Suarezium impugnando, potius errores notat, dum ego ut historicus doctrinam Suarezii potius ut membrum in evolutione considerem.

7. *Johannes a S. Thoma.*

In conspectu historico exposui (pág. 321 s.), quod Johannes a S. Thoma, admittendo quidem definibilitatem conclusionum, distinguat tamen inter conclusiones quae sunt immediate revelatae, licet implicite et occulte nobis, et conclusiones mediate tantum revelatas: quoad conclusiones mediate tantum revelatas negat definibilitatem. P. Marín respondet, Johannem minus exacte locutum fuisse (pág. 182). At tota responsio Johannis praecise in distinctione inter mediate et immediate revelata stat (quam quidem aliter intelligit ac P. Marín). Instat P. Marín, distinguendo inter propositiones immediatas quoad se, mediatas quoad nos; at distinctio Johannis est obiectiva (quoad se), sicut et oportet: distinguit enim inter conclusiones obiective et quoad se immediatas vel mediatas, sc. secundum quod sunt vel identicae vel connexae tantum cum principiis revelatis.

8. *Salmanticenses et Billuart.*

P. Marín respondet per duplicem quaestionem. *Primo* quaerit, utrum

Salmanticenses per “virtuale aequivalens” intelligant omnes conclusiones realiter (realmente) identicas cum principiis revelatis, licet conceptualiter distinctas. Respondetur: intelligunt omnes conclusiones identicas cum principiis revelatis *quoad doctrinam vel veritatem*, non vero omnes conclusiones identicas *quoad entitatem* tantum, ea sc. ratione quod principium et conclusio sint de eadem entitate. Et haec responsio valet quoque de doctrina ipsius Billuart quoad “connexum ratione significationis”, similiter de doctrina Iohannis a S. Thoma quoad “immediate implicite revelata”, imo de doctrina Suarezii quoad “formaliter confuse revelata”: nam apud Suarez ratio definibilitatis non est identitas materialis obiecti conclusionis et principii revelati, sed identitas *formalis* utriusque. Et haec est responsio mea ad quaestionem pluries repetitam. Neque illi “90 ex 100” theologis tenent, rationem definibilitatis esse identitatem materiale obiecti principii revelati et conclusionis, sed tenent, esse vel identitatem formalem (Suareziani) vel aequivalentiam doctrinae (Iohannes a S. Thoma, Salmanticenses, Billuart).

Secundo quaeritur, utrum Salmanticenses, Billuart, etc., quoad *virtualiter in causa* tantum revelata intelligant “causam” in essendo vel physicam an vero causam metaphysicam et in cognoscendo. Respondetur: dicunt causam *in cognoscendo*. Revelatum enim in causa idem dicit ac revelatum in principio tantum, secundum omnem modum quo aliqua veritas in alia doctrina non iam aequivalenter vel aequipollenter, sed tantum ut in principio ex quo deduci possit, continetur.

9. Montaigne.

Montaigne adduxi tanquam testem *status quaestionis*: ipse enim in opere indicato quam maxime diversas sententias circa definibilitatem conclusionum exponit. Neque ipsum adduxi tanquam testem negationis definibilitatis: neque enim simpliciter, sed cum distinctione, definibilitatem conclusionum negat. Absque re igitur a P. Marín diversi auctores sententiae contrariae adducuntur.

10. Conclusio.

Itaque omnino teneo gradus evolutionis in nostra quaestione a me propositos. Nam scholastici maiores sub nomine consequentiarum intelligunt veritates explicite revelatas quae ad articulos se habent ut conclusiones, vel intelligunt explicationes et determinationes veritatum explicite revelatarum; saeculo xiv. usque ad medietatem saeculi xvi. communis est doctrina, definibiles esse *omnes* conclusiones ex explicite revelatis deductas; incipiendo a M. Cano distinguitur inter conclusiones deductas quae sunt *aequivalentes* cum veritatibus explicite revelatis, et inter con-

clusiones quae sunt tantum conclusiones vel in veritate explicite revelatae tantum ut in principio continentur (licet haec distinctio, ut sufficienter notavi, aliis atque aliis terminis proponatur).

Ex expositis habetur simul, quid tenendum sit de divisione opinionum, quam P. Marín, pág. 192 proponit: est enim quaedam classificatio doctrinalis, tamen inexacta, sc. propter confusionem identitatis realitatis et doctrinae. Similiter ex dictis solutio quaestionis ipsius patet.

II

1. P. Marín-Sola *statum quaestionis* sic determinat: utrum una propositione explicite revelata, omnes aliae propositiones *realiter identicae*, licet conceptualiter distinctae, sint definibiles tanquam de fide (pág. 192 a.). Circa hanc quaestionem pluribus vicibus a me responsionem petit. Quam tamen iam antea dedi, et quidem his verbis: "Distinguendum est. Conclusio deducta censetur ut formaliter revelata proindeque definibilis, si habetur identitas *doctrinae*, ratione sc. aequivalentiae obiectivae; conclusio vero deducta non censetur ut formaliter revelata neque ut definibilis, si habetur sola identitas *entitatis* obiecti utriusque." (C. T., n. 69, pág. 333).

Ut iterum, et proprie ad formulationem P. Marín-Sola respondeam, sic distinguo. *Primo*: Una propositione explicite revelata, omnes aliae propositiones enuntiantes eandem *doctrinam* obiectivam, licet diversis conceptibus expressam, sunt definibiles tanquam de fide. Atque *haec* propositio est omnino communis inter scholasticos, ante et post Concilium Tridentinum, *haec* est sententia Johannis a S. Thoma, Salmanticensis et Billuart-atque *hanc* thesim in mea "Introductione in historiam dogmatum" tanquam fundamentum posui pro explicando progressu dogmatico. *Secundo*: Una propositione explicite revelata, propositiones inde deductae, eo tantum quod sint de eadem *realitate*, non sunt tanquam definibiles de fide. Et sententia contraria est P. Marín-Sola, quam P. Daniel Sola vocat quidem communem inter recentiores, quo tamen iure, nescio.

Inde habetur simul responsio ad quaestionem quam P. Marín vocat nomenclaturae, utrum sc. conclusiones realiter identicae cum principiis revelatis, vocandae sint formaliter an virtualiter revelatae. In responsione enim primo distinguenda est illa "identitas realis", eo sc. modo quo supra distinguebamus; secundo in conspectu historico sufficienter exposui diversitatem terminologiae in hac re, cf. pág. 328 s.

2. Doctrina P. Marín et mea sic ad invicem se habent. *Convenimus* primo in rejicendis quatuor sententiis Suarezii prout P. Marín eas pág. 190 exponit (licet disputari possit, an Suarez duas priores vere

tenuerit); convenimus secundo in eo quod omnis conclusio identica cum principio revelato sit definibilis ut dogma revelatum. *Dissociamur* tamen in hoc quod P. Marín tenet, ad identitatem principii revelati et conclusionis sufficere identitatem materiale[m] *entitatis*, de qua est conclusio et principium, ideoque huiusmodi identitatem esse rationem definibilitatis, cum ego teneam, requiri identitatem obiectivam *doctrinae* vel veritatis, licet doctrina revelata in conclusione aliis atque aliis conceptibus exprimatur, distinctis sc. distinctione sive rationis ratiocinantis sive ratiocinatae, adeoque rationem definibilitatis conclusionum esse identitatem vel aequivalentiam *doctrinae*. Denique tamen contra P. Marín tenemus, deducibiles esse conclusiones cum certitudine metaphysica de re vel entitate realiter distincta a re vel entitate, de qua est principium vel veritas revelata.

3. *Rationes* meas breviter, pág. 331-333, exposui, doctrinam scholasticorum contra interpretationem P. Marín defendendo. P. Marín ad argumenta allata unum tantum respondet sc.: "De hoc praecise agitur, utrum conclusio identica, licet conceptualiter distincta, *novam doctrinam* exprimat an non (pág. 193). Attamen praeter quaestionem a P. Marín positam, habetur altera: utrum sc. omnes conclusiones deducibiles cum certitudine metaphysica sint doctrinae identicae. P. Marín respondet affirmative, eo sc. sensu quod omnes conclusiones sint de eadem realitate. At hic modus loquendi est omnino improprius et illegitimus. Propositiones enim non dicuntur identicae ob solam identitatem *entitatis* de qua sunt. Ita nullus tres sequentes propositiones dicit identicas: Deus est ens a se, Deus habet providentiam circa res creatas, Deus libere mundum creavit-licet omnes tres propositiones sint de eadem entitate. Imo secundum aequivocationem P. Marín omnes propositiones de Deo essent realiter identicae; secundum vero modum loquendi communem vocantur propositiones distinctae, sicut et sunt. At P. Marín distinctionem inter identitatem *entitatis* et identitatem *doctrinae* vocat "effugium" (pág. 193)! Denique in responsione P. Marín gratuito supponit, ex una praemissa revelata non posse deduci conclusiones de entitate realiter distincta, distincta sc. a re de qua est veritas revelata. Nonne Thomistae ex unione hypostatica in Christo deducunt distinctionem realem inter naturam et suppositum creatum, imo inter suppositum et existentiam creatam! Nonne ex doctrina revelata de Eucharistia deducitur distinctio realis substantiae et accidentium in rebus creatis! Quis tamen velit dicere, doctrinam de unione hypostatica vel de Eucharistia, esse identicam i. e. de eadem entitate et cum conclusionibus theologicis inde deductis! Atque idem valet de innumeris conclusionibus theologicis, imo circa huiusmodi conclusiones praecipue agitur quaestio definibilitatis atque, negatur definibilitas. Inde facile argumenta P. Marín solvuntur.

4. P. Marín primo argumentatur ex distinctione inter revelatum directum et indirectum— de hoc argumento iam supra, n. 1, vidimus. Deinde argumentatur ex eo quod conclusiones distinguuntur aut distinctione rationis (sive ratiocinantis sive ratiocinatae) aut distinctione reali. Sed semper eadem aequivocatio intervenit. Argumentum enim P. Marín sic se habet:

Conclusiones aut sunt de eadem realitate ac principium revelatum aut de realitate realiter distincta.

Si sunt de eadem realitate, sunt identicae et definibiles; si sunt de realitate distincta, non sunt conclusiones verae, quia non metaphysice certae.

Ergo omnes conclusiones metaphysice certae sunt identicae et definibiles.

Responsio in forma sic se habet.

Maior patet.

Minoris pars prima dupliciter distinguenda est.

Primo: conclusiones quae sunt de eadem realitate cum principio revelato sunt identicae, dist.:

eo sensu quod sunt de eadem realitate, conc.,

eo sensu, quod dicunt eandem doctrinam, nego.

Secundo: conclusiones quae sunt de eadem realitate, sunt definibiles, dist.:

eo quod continent eandem doctrinam obiectivam vel aequivalentem, conc.,

eo tantum quod sunt de eadem realitate, nego.

Inde negatur consequens et consequentia.

Altera pars minoris simpliciter negatur.

Argumentum igitur P. Marín duo supponit. Primo supponit quod ad definibilitatem sufficiat quod doctrina revelata et conclusio inde deducta sint de eadem entitate, i. e. supponit praecise id quod est probandum. Secundo supponitur, ex principio revelato non posse deduci conclusiones certas de realitate realiter distincta: id quod iterum probandum est (1).

5. Itaque censeo:

primo: omnes conclusiones theologicae quae sunt doctrinae obiective aequivalentes cum principio revelato ex quo deducuntur, sunt defi-

(1) Aliud argumentum P. Marín, deducit ex Conc. Vatic., cum dicit, Petri successoribus non esse promissum Spiritum Sanctum ut eo revelante novam doctrinam patefacere (s. 4, c. 4). Ex eo sic argumentatur: ex una parte Ecclesia est infallibilis circa omnes conclusiones, altera ex parte, infallibilitas Ecclesiae non est promissa per novas doctrinas. Ergo. At responsio est facilis. Non enim Concilium docet, Ecclesiam non esse infallibilem circa novas doctrinas, sed circa illas non esse infallibilem "eo (sc. Spiritu S.) revelante novas doctrinas"

nibiles, non quidem ut sunt conclusiones vel inquam vi discursus cognoscuntur, sed inquantum secundum se vel obiective sunt doctrinae æquivalentes cum principiis revelatis;

secundo: conclusiones quae in doctrinis revelatis tantum ut in principio continentur ex quo deduci possint, ut tales non sunt definibiles.

Et haec dicta sufficiant. Etenim "servum Domini non oportet litigare" (2 Tim., 2, 24). Tantummodo A. R. P. Marín-Sola asseverasse velim, me haec —sicut et conspectum historicum— scripsisse unice ex studio veritatis.

Romae, in Collegio Angelico.

P. REGINALDUS M. SCHULTES, O. P.,
Magister S. Theologiae.

DE LA ACCION SOCIAL ⁽¹⁾

LOS «ERRORES» DE MONSEÑOR POTTIER

En todas las naciones cultas, aun donde la mayoría de los ciudadanos es protestante o no católica, en Francia, en Bélgica, en Alemania, en Italia, en Holanda, etc., la organización social de los católicos les permite disponer de una influencia decisiva en los respectivos gobiernos; y fuera agraviar al lector ponderarle la importancia trascendentalísima que para la sociedad y para la religión tiene el que los católicos militantes figuren en los gobiernos de esas grandes naciones.

Afortunadamente, en España no se han apoderado aún del Poder los socialistas; pero ¿se debe ello a que lo impida nuestra potente organización social? Y si entre nosotros triunfara de golpe, como ha triunfado en otras partes, la revolución, ¿serían nuestras organizaciones sociales, como lo están siendo en dichos pueblos, un freno a las locuras de los vencedores?

La contestación rotundamente negativa a ambas preguntas salta, naturalmente, de los labios del español más optimista. Aquí carecemos de organización social suficientemente vigorosa para que, llegado el caso,

(1) Los lectores comprenderán que habiendo publicado en nuestra revista una impugnación de algunas afirmaciones doctrinales del señor Aboleja, no íbamos a privarle a él de una defensa que, aunque no tiene nada que ver con la impugnación que aquí se hizo, sino con otras, es lo único que nos ha mandado el incansable publicista asturiano, invocando nuestra caballerosidad. Claro es que a tan docto escritor, aun sin mediar ese argumento, no podían negársele nuestras columnas, escribiendo un artículo tan respetuoso para sus contradictores como el que escribe, y siendo sólo una defensa e implicando un problema importantísimo, aunque de pura crítica. Con el mismo placer daremos lugar a la respuesta, siempre que sea impersonal, crítica del texto de Potier y no discusión de temas sociales, acerca de los cuales no creemos conveniente aquí la discusión, porque los principios son claros, y en cuanto a los procedimientos no admitimos más norma que la de los Prelados, que podrá ser algo varia según los casos, pero que es nuestra única consigna.

Nota de la Dirección.

nuestros enemigos se vean obligados a contar con ella, como tienen que contar en las naciones citadas. Este es un hecho lamentable, dolorosísimo, pero indiscutible y que no desaparece por que aparentemos ignorarlo.

Convencidos de ello, y con el generoso intento de contribuir en la medida de sus fuerzas, multiplicadas por la asociación, a preparar el terreno para que en su día, que vendrá, y no tardando mucho, la revolución social triunfante tropezara también entre nosotros con una organización capaz de domeñarla y encauzarla, unos cuantos escritores y hombres de acción, todos ellos bien conocidos por la ortodoxia de su doctrina y la pureza y abnegación de sus intenciones, proyectaron unirse y formar el Grupo de la Democracia Cristiana, y al efecto expusieron sus laudables propósitos al cardenal Guisasola, director supremo, por expresa delegación del Papa, de la acción social católica en España.

El insigne Purpurado no tuvo más que palabras de aliento para los que de ese modo se ofrecían a trabajar unidos, bajo su alta dirección, por todos tan sinceramente acatada. En su vista, bien seguros, absolutamente confiados en que iban a dar un verdadero alegrón a todos los buenos católicos españoles, altos y bajos, los aludidos escritores sociales, en número de veinticinco, y autores de libros capaces de formar una biblioteca de quinientos volúmenes, según cálculo de López Núñez, se presentaron al público por medio de un manifiesto, que también había merecido más que la aprobación el aplauso entusiasta del mismo inolvidable y nunca bien llorado cardenal Guisasola, manifiesto en que se puso tan de relieve la sumisión filial de los agrupados a la autoridad eclesiástica y a las enseñanzas de la Iglesia como el más firme propósito de un apostolado laborioso, fecundo y urgente.

Pero los publicistas del Grupo de la Democracia Cristiana, al mostrarse tan confiados como queda dicho, se olvidaban de que una de las leyes de la vida es la contradicción, tanto más sensible y desconcertadora cuanto viene de personas más afines en educación y en propósitos.

Entre la turba de impugnadores que le salió al naciente *Grupo* se destaca la personalidad vigorosa de un docto canónigo de Málaga, periodista insigne, que tomó con tanto calor el combatirlo, como si ello fuera un verdadero apostolado.

Pero este publicista incansable y fecundísimo no se ha limitado a escribir muchos artículos combatiendo al Grupo y a sus miembros, sino que fué más lejos y apuntó más alto. En efecto, monseñor Pottier, el venerado y querido maestro belga, llamado por León XIII a Roma, donde tanto lo han distinguido con honores altísimos y cargos sobre toda ponderación delicados, los tres últimos Papas, dirigió al Presidente del Grupo de la Democracia cristiana, una interesantísima carta de fe-

licitación y aliento, que el señor Aznar se apresuró a publicar, muy reconocido, como todos sus compañeros, al honor que en ella se les dispensaba.

Eso bastó para que el canónigo malagueño la emprendiera con el ilustre Prelado belga. Veamos cómo se las ha arreglado el periodista andaluz en semejante campaña; porque ella ha debido influir en el concepto que muchos tienen en España del *Grupo de la Democracia cristiana*, y de su apologista insigne. La justicia lo pide y la verídica información periodística y revistera clama por esa aclaración de crítica contemporánea, en la que no se puede prescindir del canónigo malagueño.

Este ilustre publicista leyó en cierto periodiquito de Cádiz unos artículos firmados por un tal "Mundaiztarra", al parecer también canónigo, donde se citan y comentan "como es debido", unas cuantas "herejías", que el jesuita padre Aicardo, en uno de sus Sermones sobre el Sagrado Corazón de Jesús, pone en los labios, o en la pluma, que tanto monta, de monseñor Pottier.

Como se ve, el viaje de los textos o herejías resulta bastante largo: de monseñor Pottier al padre Aicardo, del ilustre jesuita al prebendado de Cádiz, de "Mundaiztarra" al canónigo malagueño... Y, sin embargo, desde el primer momento hemos dado todos por seguro que el tal recorrido aún se alarga y que el autor de los Sermones predicados en Sevilla a los socios del Apostolado de la Oración ha tomado los textos vitandos de algún otro escritor intermedio entre él y monseñor Pottier, pues sin esta hipótesis habríamos de reconocer en tan distinguido orador sagrado procedimientos demasiado opuestos a la moral católica y a la honradez científica.

Pero dejando para luego este sugestivo tema, vengamos a los "errores" del venerado maestro belga, que el ilustre jesuita nos delata en su interesante Novenario dedicado al Corazón de Jesús. El canónigo malagueño toma del gaditano, y éste del padre Aicardo, lo siguiente:

"El derecho de propiedad, santo por la ley natural (*nótese de una vez para siempre la mística veneración con que todos estos señores antidemócratas hablan de lo que constituye la esencia de los ricos*), santificado por la ley evangélica y custodiado y defendido por las leyes eclesiástica y civil, no se escapa a la demolición modernista.

"El conocido abate Pottier, fundador de la "Ligue Démocratique Belge", sostuvo durante años larga campaña contra el *SOI DISANT DROIT DE PROPRIÉTÉ*, que no es, según él, sino "derecho de usufructo", artículos en que abundan los dictérios "contra la inícuca repartición de las riquezas", "la monopolización de la tierra y de los medios de trabajo" (lo de los latifundios), "el estado actual económico contra naturaleza", y los elogios a las fuerzas socialistas, "que son las únicas que hasta aho-

ra se han sabido colocar en terreno firme", y las apelaciones naturales al socialismo del Estado y a las fuerzas de éste para REGLAMENTAR EL DERECHO DE PROPIEDAD, tomando un conjunto de medidas que hagan imposible o corrijan la situación actual económica."

Hasta aquí *literalmente* la referencia del padre Aicardo. Los más profanos en estas materias han descubierto ya que o monseñor Pottier, además de "modernista demoledor", es un solemnísimo ignorante, o el orador sagrado se ha hecho un lío con las citas. Pero el buen canónigo malagueño no se para en semejantes pequeñeces y admite el texto tal como se ha leído, poniendo en letras como puños las frases "soidissant droit de propriété" y "reglamentar el derecho de propiedad", que sin duda han sido las que más le han impresionado; y se explica sobradamente, pues allí está la más terminante condenación del liberalismo económico. Seguidamente, para "iluminar" por completo lo que llama "retrato de M. Pottier", copia aún de los textos del padre Aicardo, exhumados por el de Cádiz, la terrible acusación de que el eximio publicista belga "preconiza los sindicatos de colonos con exclusión de los propietarios", y finalmente estas palabras, que atribuyen igualmente a monseñor Pottier: "Todo poseedor exclusivo de una cosa debe reconocerla por común en cuanto al uso." El lector adivina que esto se halla, por lo menos, pésimamente traducido; pero no adelantemos los acontecimientos.

De estos textos del padre Aicardo, encaminados a demostrar que monseñor Pottier "es un modernista que corrompe con errores la acción social", para valernos de las mismas palabras del respetable jesuita; de esos textos toma pie el canónigo malagueño para hacer muchos "chistes" a costa de monseñor Pottier y de los "grupistas", para llamar repetidas veces al venerable sacerdote y profesor de Ciencias Sociales en el Seminario Leonino de Roma, "modernista", "socialista" y "comunista"; y para llamar ignorante al que toda la Europa culta proclama maestro indiscutible en estas materias...

II

El canónigo malagueño, que se indigna contra monseñor Pottier por lo del "llamado derecho de propiedad", escribe en una de las muchas ocasiones en que "comenta" semejante afirmación: "Recordará el lector que monseñor Pottier sostuvo durante largos años larga campaña contra el SOIDISANT DROIT DE PROPRIÉTÉ. ¡Contra el "sedicente" derecho de propiedad! Como si dijéramos: contra eso que la gente ha dado en llamar derecho de propiedad. Como si dijéramos: contra ese falso derecho, contra eso que, llamándose derecho, no lo es; contra el apodado derecho de propiedad. Tal es el lenguaje de Pottier."

¿Se asombra el lector discreto? Pues lo bueno viene ahora. Y lo bueno es que toda esa "larga campaña durante largos años", como dice el canónigo, o "larga campaña durante años", según el jesuita, queda reducida en la realidad a lo siguiente. En el número correspondiente al día 5 de marzo de 1893, del periódico *Le Bien du Peuple*, en que solía escribir monseñor Pottier y del que están tomados *todos* los textos a éste atribuidos, se insertó *un artículo*, que será o no del insigne sacerdote belga, que puede serlo y acaso lo sea, pero que no lleva su firma (y cuando se trata de llamar hereje a un sacerdote, hasta en los Sermones se debe proceder con mucha escrupulosidad en las citas); y en ese artículo hay este pasaje:

"Dios ha dado a todos los hombres, sin distinción de clases, un derecho, un verdadero derecho a la vida; les ha impuesto el deber de conservar la existencia. "Conservar la existencia —dice el Santo Padre en "la Encíclica *Rerum novarum*— es un deber impuesto a todos los hombres, deber a que no pueden sustraerse sin cometer un crimen. De este deber surge necesariamente el derecho de procurarse las cosas precisas para la subsistencia." He aquí de dónde hay que partir para tener una justa noción del derecho de propiedad individual. Escuchad a este propósito a monseñor Ketteler: "Según Santo Tomás —dice el "gran Obispo—, Dios, que ha sacado todas las cosas de la nada, posee un "derecho exclusivo de propiedad sobre todas las criaturas, sobre el hombre como sobre los bienes de la tierra. Hallándose este derecho de propiedad de Dios ligado a la naturaleza misma de la criatura, ninguna posesión, ninguna costumbre, ningún derecho humano puede ni podrá jamás restringirlo. El hombre no tiene más derecho que el que Dios le permitió tener. Ahora bien: Dios en su sabiduría ha destinado ciertos bienes de la tierra al uso del hombre; y es su voluntad que esos bienes sirvan principalmente para hacer posible a todos los hombres la satisfacción de sus necesidades materiales. El llamado derecho de propiedad de los hombres (claro está que con relación al de Dios) *no es*, "por consiguiente, otra cosa que un derecho de usufructo, ligado a ese deber de emplear los frutos de semejante propiedad según la voluntad "de Dios." Por tanto (continúa el articulista belga, comentando estas palabras de monseñor Ketteler), según la voluntad de Dios, el destino primordial de los bienes materiales es el de hacer posible a cada uno la conservación de una existencia conveniente."

Tal es el *verdadero texto* del artículo atribuido a monseñor Pottier y tal es el *verdadero sentido* de las frases "llamado derecho de propiedad" y "derecho de usufructo"; frases que, sueltas, pueden ser interpretadas en mal sentido, como ocurre, por lo demás, con los textos más autorizados, pero que, relacionadas con sus antecedentes y consiguientes

tes, como una elemental honradez exige, contienen la más pura doctrina, y frases, en fin, que ni siquiera son del articulista belga, sino del insigne obispo de Maguncia, exponiendo a Santo Tomás y adelantándose a León XIII.

Y por cierto que el texto del Obispo alemán debe de estar muy "suavizado" en el artículo que se atribuye a monseñor Pottier, ya que, según la autorizadísima traducción de G. Goyau, las palabras de monseñor Ketteler en el Sermón predicado en su Catedral de Maguncia el día 19 de noviembre de 1848, son las siguientes: "Por consiguiente, Dios tiene aquí todos los derechos; *el hombre no tiene ninguno*. Además de este derecho esencial y completo de propiedad que *no puede pertenecer más que a Dios*, Santo Tomás reconoce aún un DERECHO DE USUFRUCTO, y *únicamente* con relación a este usufructo admite en los hombres un derecho sobre los bienes terrestres."

Con que ya se ve a qué ha quedado reducida la "larga campaña de largos años" de monseñor Pottier "contra el llamado derecho de propiedad, que, *según él*, no es más que derecho de usufructo": queda reducida a *un* artículo, que no está firmado por el sacerdote belga, que, en fin, se reduce a una copilación de las enseñanzas de monseñor Ketteler, de Santo Tomás y de León XIII. La verdad es que la documentación del padre Aicardo no resulta demasiado escrupulosa...

III

Pues idéntico o muy semejante fundamento tienen todos los demás "errores" con que el "modernista" monseñor Pottier "corrompe la acción social". Por ejemplo, según el ilustre jesuita, el venerable Prelado belga, "durante los años de la larga campaña"... reducida a copiar unas palabras de monseñor Ketteler, escribió "artículos en que abundan los dictérios contra la *inicua repartición de las riquezas*"; y esta supuesta falta de consideración y de respeto a los señores capitalistas saca de quicio al buen canónigo malagueño, quien hasta se permite la ingeniosa y delicada ocurrencia de que monseñor Pottier quiere que se "acabe con la llamada acumulación de las riquezas, *acumulándoselas él, pongo por más probable...*".

Vamos al texto vitando, a "los artículos" del terrible modernista, donde abundan los dictérios contra la inicua repartición de las riquezas... Nos citan concretamente el número del periódico en que se publicaron esos "artículos": es el del día 27 de noviembre de 1892, y, en efecto, en ese número *no hay una línea* de monseñor Pottier; pero en cambio está allí la tremenda frase: está... en el resumen de una conferencia dada a los obreros de Charleroy por el insigne y benemérito Ver-

haegen, quien parece que llegó a decir: "Pues que la causa de nuestros sufrimientos es la *injusta repartición de las riquezas*, únicamente haciéndola desaparecer podremos conseguir que el orden renazca en la sociedad." Los que no aparecen por ninguna parte son los "abundantes dicterios"; y pasemos por alto lo de *traducir* "inícuo" por "injusta", *injuste...*

De modo que, otra vez: las palabras incriminadas por el padre Aicardo, y que del sabio jesuita toman los canónigos andaluces, tampoco son de monseñor Pottier. Y así como las de Ketteler, que antes le atribuyeran, son la traducción del pensamiento de Santo Tomás, así las que ahora le atribuyen y son de Verhaegen, se limitan a ser no más que un eco fiel de las conocidísimas de León XIII, que el gran demócrata belga se limitó a glosar en su citada conferencia: "El haberse *acumulado las riquezas* en unos pocos y empobrecido a la multitud... Es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, puesto caso que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa... Unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos..."

Parece que estas frases del gran Pontífice dan un poco de pie para estampar afirmaciones como la tan gratuitamente atribuida a monseñor Pottier; bien es verdad que igualmente lo dan al canónigo malagueño para suponer que, según esto, no es sólo el venerable sacerdote belga a querer "acabar con la llamada acumulación de las riquezas, *acumulándoselas él, pongo por más probable*".

IV

El padre Aicardo asegura formalmente que en la consabida "larga campaña de largos años", reducida a unas palabras de monseñor Ketteler, el maestro belga tuvo "apelaciones naturales (?) al socialismo del Estado y a las fuerzas de éste para reglamentar el derecho de propiedad", y de esto, que tal vez el lector más competente no haya entendido del todo, deduce el sabio jesuita que monseñor Pottier es uno de los "modernistas que corrompen con errores la acción social".

Eso de apelar "naturalmente" a las fuerzas del Estado para "reglamentar el derecho de propiedad" le parece al respetable canónigo malagueño una aberración tan estupenda que escribe la frase en caracteres enormes y la comenta..., como se va a ver; oigámosle, que merece la pena:

"Pero ¿qué es eso de reglamentar el derecho de propiedad? El derecho de propiedad es derecho natural —dice León XIII—, y el derecho

natural es la fuente de donde fluyen todos los Códigos humanos... Al pretender reglamentar la propiedad se pretende reglamentar el derecho natural; se pretende inventar un reglamento que esté sobre el derecho natural... Si el derecho de propiedad es derecho natural y puede reglamentarlo el Estado, evidente es que el Estado puede reglamentar cualquier otro derecho natural; es decir, todo el derecho natural. ¿Quién le impedirá entonces al Estado que un día, en un arranque de democracia cristiana, se lie la manta a la cabeza y nos organice y reglamente el Decálogo en forma y de manera que a todos nos vaya bien en el machito (!!!), renunciando de una vez para siempre a las asperezas y mortificaciones del primero, del cuarto, del quinto, del sexto, del séptimo...?"

El lector no necesita seguramente que se le subraye ninguna de las frases precedentes del canónigo malagueño... Por lo demás, el artículo que traduce y resume a su manera el padre Aicardo es ahora realmente de monseñor Pottier, y bastará dar a conocer el concepto íntegro, como exige la honradez científica, para que se vea una vez más con qué ofuscación se combate a los demócratas cristianos.

Los obreros textiles de Verviers habían acudido, como último recurso, a una huelga para ver de conquistar un aumento en los salarios. Estos eran tales, que *los obreros padres de familia* ganaban de *ocho a quince francos POR SEMANA*... Monseñor Pottier creyó que aquello era sencillamente intolerable, que era preciso acabar con semejantes salarios de hambre, y escribió un artículo donde decía: "Cuando el sistema económico es tal que los patronos monopolizan la propiedad de todos los instrumentos de trabajo, como ocurre de ordinario en la gran industria, esa acción se convierte en una opresión que llega en sus consecuencias incluso a sembrar el hambre entre los obreros. *En este caso la propiedad se desvía del fin* a que la ha ordenado el Creador y *los poderes públicos, a los que incumbe el reglamentar ese derecho de propiedad conforme al fin natural del mismo*, están evidentemente en el deber de tomar el conjunto de medidas necesarias para que semejante situación no sea posible, o para corregirla si existiera."

Estas son las "apelaciones naturales" —y tan naturales— de monseñor Pottier "al socialismo del Estado y a las fuerzas de éste", apelaciones que cualquiera ve encaminadas directamente a defender, no a subvertir o aniquilar el derecho natural en que se funda el derecho de propiedad, tan caro a los denodados y ya únicos defensores del liberalismo económico. Y como seguramente nadie en el mundo, y menos entre los lectores de estas líneas, creerá que el reglamentar el uso de un derecho equivalga a borrarlo, con lo expuesto bastaría para evidenciar que en este caso las censuras a monseñor Pottier son tan lógicas y fundadas como en los casos precedentes.

Pero ya que, y precisamente para combatir al publicista belga, se nos cita a diestro y siniestro la Encíclica *Rerum novarum*, no estará de más ver cómo también aquí León XIII pide lo mismo o tiene las mismas "apelaciones naturales" que monseñor Pottier. "*Exige la equidad* —dice el Papa— *que la autoridad pública tenga cuidado del proletario*, haciendo que le toque algo de lo que aporta él a la común utilidad; que con casa en que morar, vestido con que cubrirse... pueda con menos dificultades soportar la vida. (Lo que, por cierto, no lo conseguirían muy fácilmente los padres de familia de Verviers, que ganaban *de ocho a quince francos semanales*.) *Si oprimieran los amos a los obreros* —continúa León XIII— con cargas injustas o condiciones incompatibles con la persona o dignidad humanas, CLARO ES QUE SE DEBE APLICAR, aunque dentro de ciertos límites (que monseñor Pottier nunca ha pretendido traspasar), LA FUERZA Y AUTORIDAD DE LAS LEYES."

Pues esto es, ni más ni menos, lo que reclamaba, como se ha visto, el venerable Prelado belga con sus "apelaciones naturales", que el padre Aicardo convierte en "socialismo del Estado" y que el canónigo malagueño supone equivalentes a pedir que el Estado nos permita "ir bien en el machito" suprimiendo esos Mandamientos de la Ley de Dios, que tan "ásperos y mortificantes" resultan para el incansable y fecundo flagelador del Grupo de la Democracia Cristiana...

V

Pero donde la indignación y el pasmo y la hilaridad del respetable capitular no conocen límites y superan a toda ponderación, es cuando la emprende con lo que llama "comunismo de Pottier", a quien supone precursor de Lenine y de la IV Internacional... Atribuyendo al maestro belga un artículo que será o no suyo, que puede serlo, pero que no lleva su firma, el padre Aicardo pone en sus labios estas palabras: "*Todo poseedor exclusivo* de una cosa debe considerarla por común en cuanto al uso." La frase está copiada literalmente del ilustre jesuita, pero huelga repetir que la traducción está indiscutiblemente mal hecha.

El texto del artículo mencionado, atribuido gratuitamente a monseñor Pottier, dice así en el original, que traduciría de corrido un alumno del Instituto: "*Tout en possédant exclusivement une chose* (¡todo poseedor exclusivo de una cosa!) *il faut cependant, pour l'usage qu'on en fait, la considerer comme chose comune*." El lector se encargará de juzgar todo esto como mejor le parezca.

Entre los muchos y sabrosos comentarios que esas palabras, tan desastrosamente traducidas y atribuidas a monseñor Pottier, sugieren al canónigo malagueño, hay el siguiente, donde se citan unas palabras de

don Severino Aznar, el presidente del Grupo de la Democracia Cristiana: "Y nuevamente sorprende cómo puede decirse de Pottier que "desde 1892 hasta hoy no ha sido otra cosa que un minero trabajador sin "reposo sobre la rica veta de la Encíclica inmortal". *¿En qué pasaje de esa Encíclica* vió Pottier su comunismo ni lo ve el Grupo? Porque nosotros *pasamos y repasamos palabra por palabra* la *Rerum novarum* y *ni escondido ni manifiesto* tiene para el comunismo sino reprobaciones terminantes y enérgicas."

Todas estas afirmaciones del canónigo malagueño están escritas en serio y sin la menor intención de tomar a chirigota el asunto. Por lo demás, "el comunismo de Pottier", como no es más que una... fantasía, claro es que ni monseñor Pottier ni el Grupo lo han visto en la famosa Encíclica: ese "comunismo" solamente existe en los Sermones dedicados por el padre Aicardo al Sagrado Corazón de Jesús y en los artículos dedicados por el canónigo malagueño a defender la ortodoxia social. Pero sin "pasar y repasar" ese documento, con sólo haber leído el artículo de donde está tomada la consabida frase "comunista", pudo el respetable capitular salir de dudas, ya que precisamente esa frase viene allí *después de esta cita* de la *Rerum novarum*, y como *naturalísima consecuencia* del texto pontificio: "Poseer algunos bienes en particular —dice León XIII— es... derecho natural al hombre. Mas si se pregunta *qué uso se debe hacer* de estos bienes, la Iglesia (fijese bien el censor: la Iglesia, no un cualquiera), la *Iglesia, sin titubear, responde: CUANTO A ESTO, NO DEBE TENER EL HOMBRE LAS COSAS EXTERNAS COMO PROPIAS SINO COMO COMUNES.*"

Y de estas palabras, que el canónigo no ha podido encontrar en la Encíclica, ni aun "pasándola y repasándola palabra por palabra", deduce el autor del artículo la tesis que el padre Aicardo traduce tan desgraciadamente y que tanto escandaliza por su comunismo demoledor al prebendado andaluz. Esta doctrina que León XIII predica como de la Iglesia, se halla repetidas veces defendida, y en los mismos términos, por Santo Tomás, cuyas son, por cierto, las mismas palabras que el gran Pontífice pone en labios de la Iglesia. El Doctor Angélico razona, como él sabe hacerlo, esa tesis "comunista" y la apoya en la indiscutible autoridad de los Santos Padres y del Nuevo Testamento; y siguiendo, como en todo, a Santo Tomás de Aquino, la han venido defendiendo, particularmente en los últimos tiempos, contra el liberalismo, *todos, absolutamente todos*, los tratadistas católicos. "Pottier en todo esto —concluye el canónigo malagueño— *se halla fuera del álveo por donde va la corriente de la tradición*"... Sigán a cargo del discreto lector los comentarios.

VI

Como no es cosa de hacer interminable este modesto estudio, queden a un lado otros parecidos "errores" de monseñor Pottier, a los que el mismo crítico andaluz concede poquísima o ninguna importancia, como, por ejemplo, el de "preconizar los Sindicatos de colonos con exclusión de los propietarios", o sea los Sindicatos puros en la Agricultura, cosa que ya no se le ocurre a nadie combatir, ni en este mundo ni en el otro. Y por cierto que el padre Aicardo, y tras él nuestro canónigo malagueño, copian unas palabras de monseñor Pottier para que vean los lectores de qué modo tan disparatado "razona" el maestro belga eso de los Sindicatos puros; y, en efecto, lo que copian está dedicado a demostrar ¡que quien trabaja por sí mismo una tierra es el que primeramente tiene derecho a vivir de sus frutos!

Y véase cómo aquí, en esta peregrina campaña contra uno de los más beneméritos sacerdotes del Catolicismo, se enredan las... "casualidades" lo mismo que las cerezas. En la traducción de estas palabras de monseñor Pottier tenemos un nuevo ejemplo de la fidelidad con que se copian sus frases, o las que se le atribuyen. El texto aludido, y que el padre Aicardo *tradujo*, ya veremos de dónde, dice así: "¿Quién es el que en primer término tiene derecho a vivir de los frutos de la tierra? ¿Es el dueño que la posee legítimamente, *sin cultivarla*, o es el colono? A mi parecer es el que la riega con el sudor..., etc." Bien, pues el padre Aicardo va y copia ese párrafo *suprimiendo* la frase subrayada: *sin cultivarla*, y ofrece esas palabras, así truncadas, para demostrar que el sacerdote belga es modernista, etc., etc. ¿Es acaso, que para el autor de los Sermones dedicados al Sagrado Corazón y para el autor de la campaña contra el Grupo y sus amigos, el único con derecho a los frutos de la tierra es el propietario que se pasa la vida cazando, jugando o donde le parezca?

Se ve, pues, claro que el insigne Consiliario de las obras sociales católicas de Roma se halla muy lejos de merecer las graves censuras de que le hacen blanco los publicistas mencionados.

Lo que no se ve ni claro ni oscuro es cómo los que "tan detenidamente" han examinado la colección del periódico en que solía escribir monseñor Pottier, que hasta citan números *publicados* con un año de *anticipación* a la *salida del primero*, no hayan descubierto allí detalles como los siguientes, que deben conocer los que se han dejado... influenciar (que los hay) por los Sermones del padre Aicardo y los artículos del canónigo malagueño.

En primer lugar, repasando esa colección se ve con claridad meridiana que eminentes católicos sociales del mundo entero no hacen *hoy más* que seguir a la letra las predicaciones clarividentes de monseñor Pottier,

predicaciones que, mejor atendidas *en su día*, hubieran evitado que el socialismo adquiriese la influencia que actualmente tiene en todas partes.

El día 6 de noviembre de 1892 inserta *Le Bien du Peuple* una entusiasta carta del arzobispo de Londres, monseñor Vaughan, llena de entusiastas elogios para la obra social de monseñor Pottier; el 22 de enero del año siguiente publica otra carta semejante del memorable Godofredo Kurth; el día 2 de febrero toma de *Le Moniteur de Rome* una completa descripción de las obras sociales de Lieja, con grandes elogios para ellas y para su insigne fundador y director, a quien sacerdotes de por aquí tratan de socialista, de modernista y hasta de ignorante.

Cuando el admirable maestro belga se hallaba más engolfado en sus propagandas "demoledoras", los socialistas, que descubrieron desde el primer instante en él a un formidable adversario, pretendieron rehuir sus certeros golpes echándole en cara que los combatiera a ellos, a los discípulos de Marx, y en cambio no combatiera la doctrina tomista de la propiedad; y con este motivo monseñor Pottier publicó su famosa "Carta sobre el socialismo" el día 6 de noviembre de 1892, donde dice, entre otras cosas no menos interesantes: "Me preguntáis por qué no combato la doctrina sobre la propiedad de monseñor Ketteler, que es la misma de Santo Tomás de Aquino. Pero estoy tan lejos de combatirla, que, antes bien, la tomo como una de las bases del programa de la Democracia Cristiana. Solamente me creo en el caso de advertiros que *semejante doctrina nada tiene que ver con vuestro comunismo.*"

Tal es el apóstol insigne a quien la Bélgica católica debe una parte considerable de sus triunfos, a quien León XIII llevó a Roma, a quien Pío X cargó de honores e hizo Consiliario de las obras sociales de la Ciudad Eterna, a quien Benedicto XV distinguió de especial manera; tal es el venerable sacerdote, anciano y benemérito, a quien muchos españoles, que ni de nombre le conocían, tienen hoy por un modernista vitando, fundados en los Sermones del padre Aicardo y en los artículos del canónigo malagueño. Aludiendo a unos y otros ha dicho, no hace mucho, *El Universo* que ¡de ellos había salido la "autoridad de monseñor Pottier muy quebrantada"!

Se comprende bien que en España la acción social católica sea lo que estamos viendo... y llorando...

VII

Queda apuntada la hipótesis de que entre el padre Aicardo y los textos más o menos auténticos y bien traducidos de monseñor Pottier exista otro escritor que haya hecho con textos semejantes lo que nos resistimos a creer que pudiera realizar el distinguido jesuita, y menos tratándose de

unos Sermones dedicados al Sagrado Corazón de Jesús, y menos todavía. tratándose de un sacerdote por tantos conceptos venerable.

Pero si es que el padre Aicardo no ha ido a los escritos de ese sacerdote benemérito; si no ha necesitado verlos por sí mismo para pintarlo en unos Sermones como fautor de la más terrible de las herejías; si le ha bastado la autoridad de quien del modo que se ha visto falsea el pensamiento de monseñor Pottier, ¿cómo el ilustre jesuíta ha depositado tanta confianza en quien al tratar de ese modo al Prelado belga demostraba claramente que era su adversario?

Duro, excesivamente duro resulta el admitir que en asuntos tan delicados, en los que se juega nada menos que el honor y la ortodoxia de un sacerdote, baste la autoridad de un autor, por muy respetable que sea, de tal modo, que no se necesite ir en busca de los comprobantes; pero ¿cómo admitir que un orador aproveche una Novena en honor del Sagrado Corazón de Jesús para trastocar, tergiversar, corromper de ese modo el pensamiento —lo más sagrado— de un católico?

Por estos motivos parecía racional suponer dos cosas: que el padre Aicardo se ha dejado engañar lastimosamente por un autor que hace con monseñor Pottier lo que se ha visto, y que ese autor se presentó al distinguido jesuíta *con todos los caracteres, rodeado de todas las garantías* de un historiador imparcial y de un crítico serio y concienzudo.

Y, en efecto, resultó lo contrario. El padre Aicardo, que habla allí de otros muchos insignes publicistas católicos (que quedan para otras ocasiones..., si es preciso vindicarlos) como habla de monseñor Pottier, se ha inspirado y "documentado" para semejantes críticas en un libro del escritor francés Manuel Barbier; *todos los textos* se hallan tomados de ese libro, que no cita ni una vez siquiera en el suyo el docto jesuíta. En esa obra de Barbier están "todos los textos" de que en sus Sermones se vale el orador para pintar, ante los socios del Apostolado de la Oración, como temerosos heresiarcas, a ilustres sacerdotes y meritisimos seglares católicos...

El padre Aicardo ofrece en su libro una abundante bibliografía anti-modernista; ¿por qué no cita una vez siquiera el del escritor francés, adonde tan repetidas veces acudió para "documentarse" contra monseñor Pottier y contra tantos otros respetables publicistas? La explicación del caso es muy sencilla y muy laudable: ese libro de Barbier en que se "documentó" para sus Sermones el padre Aicardo, *está en el índice de libros prohibidos, y ya lo estaba cuando esos Sermones se compusieron*. Y al publicarlos, el prudente padre no ha querido *hacerle el artículo*. Pero, ¿cómo cita sin rebozo varias otras obras igualmente condenadas por la Autoridad suprema de la Iglesia? Y, sobre todo, si, por tratarse de un libro condenado, no se cita, ¿cómo se fundamenta en él para unos Sermo-

nes dirigidos a gentes piadosas y para unas críticas tan graves contra excelentes católicos? El simple hecho de hallarse en el índice ese libro ¿no debiera bastar para que inspirara recelo y desconfianza, sobre todo tratándose de combatir a eminentes escritores, precisamente bendecidos y alentados por la misma Iglesia que condenaba el libro del escritor francés?

Sea de esto lo que fuere, dejemos sentado que el proveedor de textos modernistas ha sido en estos Sermones el libro de Barbier; que este libro ya se hallaba en el índice cuando tales Sermones se compusieron, y que en la colección de los mismos no se cita una vez siquiera obra semejante. Ni ¿cómo se habría de citar, si bastaría conocer el título de la obra para que todo el mundo viera qué crédito podría merecer? En efecto, ese libro se titula *Le progrès du Libéralisme Catholique en France sous le Pape Léon XIII*; se trata, pues, de un libelo en dos gruesos volúmenes, dedicado, como su mismo rótulo nos lo indica bien claramente, a combatir al gran Pontífice de las Encíclicas inmortales... Se comprende bien que el padre Aicardo se resistiera a citarlo en sus Sermones; lo que no se comprende bien ni mal es que le conceda tanto crédito...

Los "textos" que el padre Aicardo atribuye a monseñor Pottier están tomados del segundo volumen de esta obra, páginas 36, 37 y 38, y es de advertir que al frente de ese volumen segundo, y como honrada advertencia para que nadie se llame a engaño, aunque después de leído el título ya no cabe engaño de ningún género, el autor resume de este modo lo que va a ser esta segunda parte, la cual viene a confirmar la regla consabida: "*Tesis de los libros segundo y tercero* (de que se compone el volumen). Aunque el soberano pontífice León XIII haya condenado más de una vez, como lo hicieron sus predecesores, el liberalismo, y aunque lo haya refutado con gran energía en sus Encíclicas, sin embargo, su política ha favorecido considerablemente la difusión de TODOS LOS ERRORES SOCIALES Y RELIGIOSOS, QUE SON, en nuestra época, OTRAS TANTAS FORMAS DEL LIBERALISMO."

Para demostrar esta "tesis", que estampa al principio del volumen en grandes caracteres, el difamador de León XIII se vale de un sistema nada complicado: "Los escritores todos, sacerdotes y seglares, que han merecido la confianza y el aliento de León XIII, han defendido los más monstruosos errores sociales; luego León XIII, con su política, aplaudiendo y alentando a esos publicistas, ha contribuido a la difusión de semejantes errores"... Este es el "argumento" de que se vale Barbier para demostrar su tesis. ¿Que falta probar el antecedente, o sea que los amigos y alentados por el gran Papa han defendido esos errores monstruosos? Eso es bien fácil: el ejemplo de lo hecho con monseñor Pottier, y que se repite con otros muchos, como se irá viendo si es preciso, lo dice bien claramente...

VIII

¿Se creerá que, por lo menos, el canónigo de Málaga, al tomar los textos del de Cádiz y haberse fiado de la referencia del padre Aicardo, se halla libre de culpa en lo de utilizar *un libro condenado por la Iglesia* para combatir a un sacerdote insigne? Bien que se crea; pero algo lo dificulta su propia confesión: habiendo llegado a sus oídos unos "susurros" que le acusaban de calumniar a monseñor Pottier, escribe: "Las frases que hemos reproducido de Pottier llevan sus citas correspondientes." (Hasta aquí llevaban las citas del padre Aicardo, que son del tenor y precisión siguientes: "*Le Bien du Peuple*, 1891, 1892, 1893." Este periódico salió *por vez primera* en 1892...) "Decir que lo calumniamos —continúa el escritor malagueño— *atribuyéndole frases que no son suyas, sin haberse tomado la molestia de evacuar las citas, es fatigarse inútilmente en el manejo del insulto*, dejando ociosa la razón, ese don divino que nos distingue de las bestias."

En estas líneas el publicista malagueño afirma solemnemente dos cosas: que él *estaba obligado* a evacuar las citas y que *las ha evacuado* para asegurarse bien de su autenticidad... Y, en efecto, a renglón seguido concreta las fechas del periódico en que se publicaron las "frases de Pottier"; pero *resulta que toma las citas del libelo de Barbier*... De modo que sobre no cumplir con el deber, que él mismo reconoce, de evacuar las citas y confrontar los textos, afirma que lo ha hecho, limitándose realmente a valerse, claro es que callándolo, del libro difamador de León XIII y de sus más insignes discípulos, entre los cuales monseñor Pottier ocupa lugar preferente...

Queda aún un cabo suelto, y para tan poca cosa no merece la pena de abandonar el tema sin redondearlo por completo. ¿Están siquiera bien y fielmente tomadas del libelo francés las frases "atribuidas" a monseñor Pottier? ¡Ni eso, y ya era pedir bien poca cosa! En el libro de Barbier está la cláusula importantísima "sin cultivarla", hablando de la tierra, que el padre Aicardo suprime, como hemos visto. Y ya quedan igualmente señaladas algunas traducciones bastante infielmente hechas. Pero hay más...

El libelista francés pone en boca de monseñor Pottier esta afirmación, cuya exactitud fuera facilísimo demostrar: "La falsa teoría del derecho de propiedad del liberalismo económico es un crimen perpetuo contra naturaleza"; y el padre Aicardo "resume", y el canónigo malagueño da por bien resumida la frase, diciendo que el maestro belga habla "del estado actual económico contra la naturaleza"; el caso es "hacer creer" que monseñor Pottier arremete contra el régimen de la propiedad privada... Y

como esto en el libelista francés no estaba muy claro, hubo que “empeorarlo”...

El difamador de León XIII se limita a copiar como de monseñor Pottier las frases del “llamado derecho de propiedad” y del “derecho de usufructo”; pero el padre Aicardo asegura *por su cuenta* que dicho eminente Prelado “sostuvo *durante años larga campaña*” en contra de ese “llamado derecho, etc.”; el canónigo malagueño aún no se quedó satisfecho y a la “larga campaña” añadió “largos” años... ¡Y pensar que el libro de Barbier está en el índice...!

El libelista pone en labios de monseñor Pottier estas palabras: “La gran fuerza de los socialistas ¿no procede precisamente de que ellos han sido los únicos, por decirlo así, que se han colocado sobre este terreno?” Es decir, pidiendo que desaparezcan los abusos que se cometen con la propiedad privada, y que cuando escribía el publicista belga eran muchos y grandes. Bien, pues el padre Aicardo afirma sin más que “ha dirigido elogios a las fuerzas socialistas”, y atribuye a monseñor Pottier esta explicación: “Que son las únicas que hasta ahora se han sabido colocar *en terreno firme*.” ¡A qué seguir! ¿No queda ya sobradamente demostrado cuanto el más exigente podría pedir que se demostrara?

En la portada del libelo de Barbier hay esta afirmación de León XIII: “La primer ley de la Historia es no mentir jamás.” Y el Sermón del padre Aicardo, en el que se trata de monseñor Pottier, y que, como todos los demás del Novenario, se halla “documentado” en aquel libelo, se encabeza con estas palabras de San Pablo: “No llevéis el yugo con los infieles...” Con el infiel Barbier se ha uncido él para *quebrantar* a monseñor Pottier y a los del Grupo.

Así es como se pretendió en Francia y se consigue en España convenir a ciertas gentes de que hay que tener “muchísimo cuidado” con los demócratas cristianos...

El canónigo de Málaga podrá disculparse con ir en buena compañía. El padre Aicardo, para ese sistema de combatir, ya no la encontrará muy buena. En todo caso, parece que ambos, y aun el de Cádiz, están obligados a una reparación.

M. ARBOLEYA MARTÍNEZ.

Oviedo, diciembre de 1921.

Se escribió este artículo por encargo, hace tiempo recibido, del Grupo de la Democracia Cristiana, que se consideró siempre en el deber ineludible de vindicar el buen nombre de monseñor Pottier ante las injusticias lamentables de que le hizo víctima el hecho de habernos felicitado y alentado al conocer nuestros propósitos y nuestro Programa.

El autor no creyó delicado advertirlo así en el texto precisamente porque considera dicho encargo como un honor grande e inmerecido, que pueden divulgar otros, no quien lo recibe; y no se atrevió a proponer que esta vindicación del insigne Prelado bel-

ga apareciese como obra del Grupo y firmada por él, porque teme, con sobrado fundamento, que el escrito sea poca cosa para tan alta firma.

Finalmente, este modesto ensayo de justiciera reparación estaba terminado y en poder de la Dirección de LA CIENCIA TOMISTA desde últimos del pasado mes de diciembre.

Todas estas explicaciones, por lo demás bien poco interesantes, son hoy necesarias para evitar que se relacione la publicación de este modesto ensayo con la reciente aparición de cierto artículo en la gran revista de los padres Jesuitas españoles *Razón y Fe*.

Se comprende que se defienda a monseñor Pottier, venerable y anciano sacerdote extranjero; pero que perdamos nosotros el tiempo, no ya en defendernos, en darnos por aludidos cuando se nos ataca por atacarnos... o por atacar por tabla a otros, fuera incomprensible, cuando hay tanto que hacer, y la vida humana es tan breve.

N. del A.

San Ignacio, mártir, y el Cristianismo primitivo

VI

DOCTRINA DE SAN IGNACIO SOBRE LA IGLESIA

Como sucede respecto a las otras verdades e instituciones cristianas, San Ignacio no esboza una teoría científica de la Iglesia. Las cuestiones que hoy nos preocupan acerca del origen de la Iglesia, sucesión apostólica, formación de la jerarquía, primado de la Iglesia Romana y otras mil por este estilo, suscitadas por la Reforma protestante, y debatidas acremente por la crítica liberal moderna, estaban muy lejos del pensamiento de nuestro mártir. De suerte que para saber cuáles eran sus ideas sobre estos puntos, es preciso escudriñar sus exhortaciones parenéticas, buscar sus íntimos sentimientos a través de las observaciones y advertencias que vierte como de paso, en fin, deducir de lo que dice expresamente lo que sobrentiende y presupone. Ocasiones hay, sin embargo, en que su pensamiento es claro y terminante, y se pronuncia de un modo expreso sobre asuntos de máxima importancia para la defensa de la doctrina actual de la Iglesia católica, que encuentra en las cartas del obispo antioqueno como un puente por donde se continúa hasta los tiempos más primitivos, y se entrelaza con las enseñanzas y prácticas de los Apóstoles y del Evangelio.

CRISTIANISMO E IGLESIA.—¿Cómo concibió San Ignacio el Cristianismo? Es sabido que muchos protestantes, antiguos y modernos, y en nuestros días sobre todo, ciertos críticos idealistas sostienen que el cristianismo primitivo no revistió la forma de iglesia o sociedad visible. Era una especie de cuerpo místico, espiritual, sin más lazos de unión que la fe en Cristo y el sentimiento de fraternidad, fruto del amor que tanto había inculcado el adorado Maestro. Esta religión puramente interior, mística, no tardó en tomar forma sensible. Los cristianos de cada ciudad se agru-

paban, constituyendo núcleos particulares, la ἐκκλησία, que llevaban vida independiente, autónoma, con gobierno propio. Estas diferentes comunidades, según esta teoría, tardaron mucho en elevarse a la idea de una Iglesia universal, de un cuerpo orgánico y único. De suerte, que a la Iglesia precedió el Cristianismo. Aquella viene a ser como la materialización del concepto que éste encierra. ¿No es análoga a la idea de la Iglesia aquí expuesta, la que se nos revela en los escritos ignacianos? Ellos nos hablan mucho de iglesias, las iglesias de Dios, cada una de las cuales tiene su obispo, el cual es sustituido, cuando falta el visible, por Dios, obispo invisible, único lazo, al parecer, de unión entre las diversas comunidades. Por lo demás, no se descubre en San Ignacio ningún centro de convergencia de las iglesias, a no ser el Evangelio, esperanza común de todos los fieles, Dios o Jesucristo; es decir, un centro místico e invisible. Ciertas frases de sabor universalista o católico que, de vez en cuando, se le escapan, son los síntomas de una época de crisis. San Ignacio representa el tránsito de la concepción mística del Cristianismo a la concepción católico-eclesiástica, que luego prevaleció.

Claro es que San Ignacio no nos habla de la Iglesia como lo haría un teólogo de nuestros días que se propusiese estudiar científicamente su origen, constitución, etc. El santo mártir se dirige a iglesias particulares, con quien su viaje le había puesto en relación; a ellas se encaminan sus consejos y exhortaciones. Sobre la Iglesia universal no teoriza. ¿Es que no la supone? ¿Es que concebía el Cristianismo como la religión del espíritu, que, a lo más, no se revelaba sino en explosiones locales? Nada más lejos de la verdad. Si con preferencia hace mención de las iglesias de Dios, de la "iglesia que está en Efeso", o "en Magnesia, junto al Meandro", etc., no es ciertamente porque desconozca la *Iglesia*.

Notemos, desde luego, que él fué el primero que usó la palabra Cristianismo, para calificar el conjunto de los creyentes en Jesucristo. Merecen meditarse sus palabras, porque reflejan claramente la idea de una sociedad visible, universal, análoga al judaísmo, aunque superior a él por sus proporciones y aspiraciones. "Hechos —dice— discípulos de El (Cristo), aprendamos a vivir según el Cristianismo. Quien con otro nombre más que con éste se llame no es de Dios. Arrojad, pues, el fermento malo, envejecido y ácido (ἐνοχισσεν), y transmutaos en el nuevo fermento, que es Jesucristo. Salaos en él, para que ninguno de vosotros se corrompa; porque sois argüidos por el olor. Absurdo es profesar (hablar, λαλεῖν) a Jesucristo y judaizar. Porque el Cristianismo no creyó en el Judaísmo, sino el Judaísmo en el Cristianismo, en el cual se han congregado todos los creyentes en Dios (toda lengua creyente en Dios), πᾶσα γλῶσσα πιστεύουσα εἰς θεόν. Así escribe a los fieles de Magnesia (X). El mismo nombre aparece en las cartas a los romanos (III) y a los

filadelfios (VI) para designar el conjunto de los cristianos, la nueva sociedad de los fieles, “que no es obra de persuasión (o elocuencia) sino de grandeza” (o virtud milagrosa). Sin duda estas expresiones revelan algo más que la idea de una sociedad puramente mística y espiritual. Pero hay más todavía. Amén de las iglesias locales, San Ignacio hace mención de la Iglesia como algo universal, que sale de los límites de un pueblo o ciudad. “Cristo —afirma— fué verdaderamente crucificado por nosotros en su carne, bajo Poncio Pilatos y el tetrarca Herodes... para elevar, mediante su resurrección, por todos los siglos el estandarte (de la cruz) en favor de sus santos y fieles (escogidos), ora de entre los judíos, ora de entre los gentiles, en el *único cuerpo de su Iglesia*” (Esm., I, 1) (1). Esta última frase que he subrayado, es bien significativa. No podía expresar con más energía el concepto de la Iglesia en sentido universal, organismo que forma un cuerpo único, constituido por fieles entresacados de los dos grupos en que dividían el mundo los pensadores cristianos: judíos y gentiles.

En esta misma carta emplea, por vez primera, un término que luego se hará famoso en la literatura cristiana: la palabra *católica* aplicada a la Iglesia. “En donde compareciese —dice— el obispo, allí está la muchedumbre, como en donde estuviere Jesucristo, allí está la Iglesia católica” (VIII, 2) (2). No necesita esta frase, mil veces citada, comentario alguno. Lejos de concebir San Ignacio la Iglesia como una entidad puramente mística o como un conjunto de agrupaciones locales autónomas, a él debemos las dos expresiones con que se designará, a través de los siglos, la Religión fundada por Jesucristo en su forma social, visible y universal, constituyendo un solo cuerpo, un organismo viviente, animado por un alma interior, única, y regido exteriormente por un mismo sistema jerárquico, como luego veremos.

¿Tuvo también el santo mártir idea de un jefe supremo, visible y universal, además del invisible, que tantas veces menciona? Al tratar de sus doctrinas acerca de la Iglesia romana discutiremos este extremo. Por ahora bástenos indicar otros lugares donde alude también a la Iglesia en sentido universal. Los principales se encuentran en Efes., V, 1; XVII, 1; Tral., II, 3; III, 1; Fil., III, 2; V, 1; IX, 1, además de otros cuyo sentido es más discutible (3). Merece traducirse el citado en primer término

(1) ἐν ἐνὶ σώματι τῆς ἐκκλησίας αὐτοῦ.

(2) ὡςπερ ὅπου ἂν ᾖ ὁ χριστὸς Ἰησοῦς, ἐκεῖ ἡ καθολικὴ ἐκκλησία.

El manuscrito de Moscú es el único que en lugar de católica pone santa. Es una lección aislada, sin valor, dada la unanimidad de los otros manuscritos.

(3) Tiene también sabor universitario el texto siguiente: “Como la caridad no me deja callar en lo que se refiere a vosotros, por eso me apresuro a exhortaros que os unáis en la sentencia de Dios. Porque Jesucristo, vida nuestra inseparable, está en la sentencia del Padre, del mismo modo que los obispos, constituidos por los

por reflejarse en él la idea que tenía San Ignacio de la incorruptibilidad o indefectibilidad de la Iglesia. Dice así: "Por este motivo recibió el Señor ungüento sobre su cabeza, para inspirar incorrupción a la *Iglesia*."

¿Cómo estaba regido este admirable organismo, uno y múltiple, espiritual y visible? Es la importantísima cuestión que voy a examinar a la luz de los documentos ignacianos.

LA JERARQUÍA o constitución de la Iglesia por derecho divino, bajo un régimen de desigualdad, es uno de los asuntos más controvertidos entre los católicos y los críticos racionalistas y protestantes liberales. Si hemos de creer a éstos, la sociedad cristiana fué en sus principios completamente paritaria (en el fondo esta es la tesis de muchos protestantes antiguos): no había, en cuanto al gobierno, diferencia alguna entre sus miembros, a no ser la que emanaba de los carismas interiores del Espíritu. Según estos carismas, o dones individuales, que tanto abundaban en las primitivas agrupaciones cristianas, cada fiel desempeñaba en la comunidad o reunión, *ἐκκλησία*, un oficio especial. El Espíritu era quien ungía con sus carismas, de donde dimanaban la autoridad y la doctrina, el derecho de dirigir y amaestrar, las visiones y las profecías. Con el tiempo este régimen democrático, fruto de la pura inspiración interior, se trocó en el régimen de autoridad y jerarquía, que después prevaleció en la Iglesia. Los diversos oficios que, según la propia inspiración y celo individual asumía cada fiel en las reuniones o *ἐκκλησίας*, pasaron a ser funciones permanentes, ministerios que se conferían de un modo regular y fijo, sin atender a los carismas interiores. Al gobierno del Espíritu sucedió el régimen de la autoridad; a la inspiración carismática, la jerarquía. No es, pues, el régimen actual de la Iglesia de origen divino, una institución que arranque del mismo Cristo, el cual, según estos críticos, jamás pensó en semejantes cosas, sino que es un producto de las necesidades sociales y, en parte, un efecto de la decadencia espiritual, iniciada en las comunidades cristianas del siglo segundo, cuando se desvaneció por completo la ilusión de la *parousia* — *παρουσία* — o advenimiento glorioso de Jesús. Efectivamente, cuando creció el número de fieles y, como consecuencia, disminuyó el fervor y escasearon los carismas, poco a poco fué sustituido el gobierno de carácter carismático o de libre inspiración por la jerarquía autoritaria; a los profetas y apóstoles viajeros que recorrían las diversas comunidades, sucedieron los ancianos o *presbíteros*, los obispos sedentarios y demás órganos del nuevo régimen. Así, insensiblemente, se verificó la gran transformación que convirtió la sociedad cristiana de un organismo vivo, dinámico, regido por las leyes interiores

extremos de la tierra (οἱ κατὰ τὰ πέρατα ὀρισθέντες) están en la sentencia de Jesucristo." Efes., III. 2.

del Espíritu, en una *iglesia estática* o mejor, *estaticada*, hecha a imagen y semejanza del imperio romano. Contra la *religión del Espíritu* prevaleció la *religión de la Autoridad*.

Un grave inconveniente de esta teoría es que no puede aducir en su apoyo testimonio alguno que la haga siquiera probable. Vagos indicios, expresiones aisladas, textos ambiguos le sirven como de basas movedizas, sin que sus ingeniosos inventores se preocupen de los testimonios contrarios por evidentes que sean. ¿Cuándo comenzó este cambio tan radical y subversivo de gobierno? ¿Cómo no levantó entre los fieles la más ligera protesta? ¿Cómo se explican los textos que nos hablan expresamente de un gobierno jerárquico, constituido por los *ancianos* al lado de los apóstoles, ya en los tiempos más primitivos? A tales preguntas no pueden responder fácilmente estos críticos.

Pero demos de mano a semejantes objeciones, que no es mi intento emprender una crítica a fondo de la teoría expuesta. Limitándome a mi modesto cometido, resumiré brevemente el testimonio de San Ignacio acerca del asunto controvertido. Y nótese de paso que uno de los principales motivos por que la crítica racionalista impugnó tan reciamente sus cartas, fué el elocuentísimo argumento que nos ofrecen en favor de la jerarquía eclesiástica. “Es excesivo el desarrollo del elemento jerárquico que se revela en estas cartas, por tanto, no son auténticas”. Tal era, con frecuencia, el argumento fundamental de los adversarios de su autenticidad. Ya hemos visto lo que vale semejante argumento. Veamos ahora lo que piensa el famoso Obispo de Antioquía sobre el asunto en cuestión.

Escribiendo a los efesios, después de recomendarles que amen a su obispo Onésimo “según Jesucristo” y que glorifiquen a Jesucristo por su obediencia, para que, “sometidos al obispo y al presbiterio (o cuerpo de presbíteros), sean en todo santos”, después de afirmar que los “obispos constituidos sobre todo el haz de la tierra están en la sentencia de Jesucristo”, añade: “Por donde conviene que vosotros os conforméis con la sentencia del Obispo, lo cual ya hacéis. Pues vuestro renombrado presbiterio, digno de Dios, de tal suerte se ajusta al parecer del Obispo como las cuerdas a la cítara. Por este motivo, en vuestra armonía y concorde caridad se cantan alabanzas a Jesucristo” (IV, 1). Luego les exhorta a la unidad y concluye con estas notables palabras: “Procuremos, pues, no resistir al Obispo, a fin de que estemos sujetos a Dios. Mientras uno vea al Obispo callado, tanto más le debe reverenciar; pues a aquel que es enviado por el padre de familia al gobierno de su casa εις ἰδιαν οἶκονομεῖν), debemos recibirle como al mismo que le envió. Porque cosa manifiesta es que debe (δεῖ) mirarse al Obispo como al Señor mismo” “IV, 3; VI, 1). Al final de la carta (XX) vuelve a insistirles “que obedezcan al Obispo y al presbiterio de todo corazón.

Nótese el motivo de esta obediencia tan recomendada: El Obispo es el enviado por Dios para gobernar su familia, esto es, la Iglesia. ¿Puede expresarse con más viveza el origen divino de este miembro tan importante de la jerarquía? Pues aun San Ignacio se expresa con más energía en otros lugares.

Los fieles de Magnesia habían enviado al santo mártir para saludarlo, una comisión compuesta de su obispo Dama, de los presbíteros Baso y Apolonio y del diácono Zotión. De este último dice él que “se somete al Obispo como a la benignidad de Dios, y al presbiterio, como a la ley de Jesucristo” (II). A los fieles les exhorta así: “Mas conviene que vosotros no abuséis demasiado familiarmente de la edad del Obispo, sino que, por respeto al poder de Dios Padre (que mora en él), le déis muestras de toda reverencia. Así conocí que lo hacen los santos presbíteros, que no abusan de su manifiesta condición juvenil, antes como prudentes en Dios se someten a él; mas no a él, sino al Padre de Jesucristo, Obispo de todos. En honor, pues, de Aquel que nos ama conviene obedecer sin género alguno de hipocresía; porque no se engaña a este obispo visible, sino que se intenta engañar al invisible... Es conveniente no sólo ser llamados cristianos, sino portarse como tales; pues hay algunos que hacen mención del Obispo, pero lo hacen todo sin contar con él. Esos tales no me parece obran con buena conciencia, pues no se congregan firmemente según el mandato” (del Señor)... Os exhorto, pues, a que trabajéis por hacer todas las cosas en la concordia de Dios, presidiendo el Obispo en lugar de Dios y los presbíteros en lugar del Colegio Apostólico, poseyendo mis suavísimos diáconos el ministerio de Jesucristo, que se les confió... No haya nada que os pueda separar, mas uníos al Obispo y a los que presiden, como tipo y demostración de la inmortalidad. Así como el Señor, unido a su Padre, nada hizo sin El ni por sí mismo ni mediante sus Apóstoles, tampoco hagáis vosotros nada sin el Obispo y los presbíteros” (II, III, IV, VI, VII). En el capítulo XIII repite la misma exhortación: “Procurad confirmaros en las doctrinas del Señor y de los Apóstoles, para que cuanto hagáis os salga bien en carne y espíritu, en fe y caridad, en el Hijo, en el Padre y en el Espíritu, en el principio y en el fin, con vuestro dignísimo Obispo y la digna corona espiritual de vuestro presbiterio y con los diáconos agradables a Dios. Sujetaos, pues, al Obispo, y mutuamente, como Jesucristo estuvo sujeto al Padre según la carne, y los Apóstoles a Cristo, al Padre y al Espíritu, para que la unión sea carnal y espiritual.”

Han de perdonarme los lectores estas largas citas en consideración a la importancia de su contenido, que no ha menester comentario. Bien merecen leerse estos pensamientos, donde tan enérgicamente se afirma la doctrina actual de la Iglesia católica sobre la Jerarquía. Re-

cuérdese que fueron emitidos por uno contemporáneo de los Apóstoles, en una época en que, a creer las teorías de la crítica liberal, el gobierno eclesiástico debiera estar confiado a los enriquecidos con especiales carismas del Espíritu. ¡Mal parado queda el régimen de los carismáticos en las cartas de San Ignacio! Pero sigamos citando, aunque sea un poco molesto y acaso machacón. San Ignacio repite mucho las mismas ideas.

Obispo de Trales era Polibio, enviado también por sus fieles a Es-mirna para obsequiar al santo mártir. Buenas noticias debió de darle de sus súbditos, porque en la carta que éste les escribió díceles de esta suerte: "Como estáis sometidos al Obispo, como a Jesucristo, me dais la impresión de vivir no según hombres sino según Jesucristo, muerto por nosotros, para que, creyendo en su muerte, escapéis vosotros de la muerte. Necesario es, pues, que nada hagáis sin el Obispo, como ya lo practicáis; además someteos al presbiterio como a los Apóstoles de Jesucristo, esperanza nuestra... Conviene también en todas las cosas agradecer a los diáconos, que son los ministros de Jesucristo. Porque no son ministros de comidas y bebidas, sino servidores de la Iglesia de Dios (ἐκκλησιας θεοῦ ὑπηρεταί). Es, por tanto, preciso que se guarden de todo crimen como del fuego. Igualmente presten todos reverencia a los diáconos como a Jesucristo, como también al Obispo, que es imagen del Padre, mas a los presbíteros como al senado de Dios y concilio de los Apóstoles. *Sin éstos no se llama iglesia* (χωρὶς τούτων ἐκκλησία οὐ καλεῖται). Acerca de esto creo que todos pensáis así" (II, III).

Fíjese el lector en las palabras subrayadas. Cualquiera que sea la interpretación que se les dé, son de máxima importancia. Es evidente, por mucho que se las atenúe, que, al parecer de San Ignacio y de todos los cristianos de entonces, la Iglesia o, en sentido más restringido, la congregación ordinaria de los fieles no existía, no se reputaba por tal sino aquellos tres miembros de la Jerarquía; Obispo, presbíteros y diáconos.

Luego San Ignacio recomienda vivamente a los fieles que "usen sólo el alimento cristiano", que se abstengan de la herejía, y luego de sus propagadores. "Guardaos, pues, de estos tales; lo cual se hará si no os ensoberbecéis ni os apartáis de Jesucristo Dios, del Obispo y de los preceptos apostólicos. Quien está dentro del altar, limpio es; mas quien está fuera, no es limpio; es decir (explica el mismo Santo), quien hace algo sin el Obispo, el presbiterio y los diáconos, ése no tiene limpia la conciencia" (VII). Omito, en gracia de la brevedad, otros testimonios de esta carta, que viene a decir lo mismo (Cf. XII, 1; XIII, 2).

La escrita a los cristianos de Filadelfia contiene en la misma inscripción o saludo inicial un valioso argumento en favor del origen divino de la Jerarquía. Después de encomiar a la Iglesia de aquella ciudad, añade refiriéndose a los fieles estas notabilísimas palabras: "Prin-

principalmente si están unidos con el Obispo y los presbíteros que le acompañan y los diáconos designados según la sentencia de Jesucristo, a quienes, según su propia voluntad, confirmó en estabilidad con su santo Espíritu" (I). Y luego comienza la carta, como haciendo resaltar la idea antes consignada, de esta suerte: "Este Obispo (el de Filadelfia) conocí que recibió el ministerio de regir la Iglesia (literalmente: el ministerio perteneciente a lo común, τὴν διακονίαν τὴν εἰς τὸ κοινὸν ἀνήκουσαν) no de los hombres ni para vanagloria, sino en la caridad de Dios Padre y del Señor Jesucristo" (I, 1). Más adelante, recomendándoles, según su costumbre, la unidad, les dice: "Todos los que son de Dios y de Jesucristo están con el Obispo... Procurad, pues, usar una Eucaristía, porque una es la carne de Nuestro Señor Jesucristo..., como uno es el Obispo con el presbiterio y los diáconos" (II, 2; IV). En este texto resalta hasta la evidencia la idea *monárquica*. No importa que ciertos documentos parezcan indicar que en algunas Iglesias había varios Obispos. Este nombre se aplicaba a veces a los simples presbíteros. El hecho indiscutible es que San Ignacio nunca hace mención más que de un solo Obispo en cada Iglesia, y a su lado, y bajo sus órdenes, figura el cuerpo de sacerdotes secundarios, el presbiterio, en pos del cual vienen los diáconos, a quienes denomina así, con toda la tradición, por su oficio especial de ayudar a los miembros superiores de la Jerarquía en sus funciones sagradas y de comunicar a los fieles el gran Misterio del Señor.

Como solía en todas sus cartas, recomienda también en ésta la obediencia a los superiores jerárquicos, protestando que lo hace en nombre de Dios y que siempre lo hizo así: "Cuando estaba presente clamé, y decía con voz grande, voz de Dios: *Obedeced al Obispo, al presbiterio y a los diáconos.*" Y luego, negando que supiese por referencias humanas el cisma de algunos que se habían separado de la comunidad, añade: "Fué el Espíritu quien lo anunció diciendo estas cosas: *No hagáis nada sin contar con el Obispo, guardad vuestra carne como templo de Dios, etc.*" (VII.) Donde es de notar que equipara el precepto de la obediencia al Obispo con otros mandatos evangélicos. A continuación afirma que "a todos los penitentes perdona el Señor, si se convierten a la unión con Dios y a la comunicación (συνέδριον = consensus, consilium, collegium...) con el Obispo" (VIII).

Voy a terminar las citas referentes a este asunto con la traducción de un breve capítulo de la carta a los fieles de Esmirna. Es quizás uno de los textos en que San Ignacio se expresa con más claridad y deci-

(1) μάλιστα εἴαν ἐν ἐνὶ ὧσιν σὺν τῷ ἐπισκόπῳ καὶ τοῖς σὺν αὐτῷ πρεσβυτέροις καὶ διακονοῖς ἀποθε δεϋμένοις ἐν γνώμῃ Ἰησοῦ χριστοῦ, οὓς κατὰ τὸ ἴδιον θέλημα ἐστήριξεν ἐν βαπτισμῷ σὺν τῷ ἁγίῳ αὐτοῦ πνεύματι.

sión. He aquí sus palabras: "Obedeced todos al Obispo, como Jesucristo a su Padre, y al presbiterio como a los Apóstoles; mas a los diáconos reverenciadlos como a mandato de Dios. Nadie haga cosa de lo que se refiere a la Iglesia sin contar con el Obispo. Téngase por firme (βεβαια) o válida aquella Eucaristía que se haga bajo las órdenes del Obispo o su delegado. Donde estuviere el Obispo, congréguense también la multitud, así como donde está Jesucristo allí está la Iglesia católica. No es lícito sin el Obispo ni bautizar ni celebrar el ágape (es decir, la Cena eucarística, la Misa, diríamos hoy. Ese, por lo menos, es el sentido más probable de estas palabras); mas lo que él apruebe, eso es agradable a Dios, a fin de que sea firme y estable lo que se hace" (VIII). En una frase enérgica resume en el capítulo siguiente el concepto que le merecía la sumisión y reverencia al Obispo: "Bueno es honrar a Dios y al Obispo. Quien honra al Obispo es honrado por Dios; quien a ocultas del Obispo hace algo, sirve (honra, da culto, λατρεύεις) al diablo" (I).

Reduzcamos ahora a unas proposiciones breves la doctrina fundamental que enseña el Obispo antioqueno acerca de la Jerarquía.

1.^a Tres son los miembros que la constituyen: el Obispo, los presbíteros y los diáconos.

2.^a Estos elementos son esenciales; "sin ellos no hay Iglesia".

3.^a Ocupa el primer lugar el Obispo, que es único en cada comunidad, y a él están subordinados los presbíteros y los diáconos.

4.^a Esta Jerarquía debe respetarse como algo divino, como a precepto del Señor, puesto que son sus miembros "designados por sentencia de Jesucristo, a los cuales, según su propia voluntad, estableció en firmeza mediante su santo Espíritu".

5.^a Es, pues, el gobierno de la Iglesia, por ordenación divina, monárquico en cada comunidad particular, y se obtiene no humanamente (δι' ἀνθρώπων) sino mediante la caridad o designación de Dios (ἐν ἀγάπῃ θεοῦ πατρὸς καὶ κυρίου Ἰησοῦ Χριστοῦ).

6.^a A todos estos miembros jerárquicos, particularmente al Obispo, se les debe obediencia y honor especialísimos.

7.^a No es lícito, sin consentimiento del Obispo, ejercer ninguna función eclesiástica. De suerte que a él toca comisionar así para la celebración de los sagrados misterios como para bautizar, contraer matrimonio etc. (2), los que se reúnan para la oración o predicación ocultamen-

(1) Cfr. c. XII; Pol., c. I-VI. Luego veremos el retrato que hace en esta carta de lo que debe ser un obispo.

(2) Parecerá extraña esta afirmación en tan remota antigüedad y, sin embargo, expresamente la consigna San Ignacio: πρέπει δὲ τοῖς γαμοῦς καὶ ταῖς γαμουμέναις μετὰ γνώμης τοῦ ἐπισκόπου τὴν ἑνωσιν ποιῆσθαι, ἵνα ὁ γάμος ᾗ κατὰ κύριον καὶ μὴ κατ' ἐπιθυμίαν (Pol., V, 2).

te, sin permiso del Obispo, se les considera como cismáticos; no obran con buena conciencia.

8.^a Finalmente, el centro en torno del cual gira toda la vida eclesiástica, la persona que sobresale en la Iglesia, a quien todos deben amar "como al Señor", honrar y obedecer, el nervio de la unidad doctrinal y litúrgica es el Obispo.

Tal es el aspecto que ofrece la Iglesia a últimos del primer siglo, según el testimonio de este hombre extraordinario, que en su doloroso calvario había recorrido las regiones donde la vida cristiana se había desarrollado en contacto más íntimo con los discípulos inmediatos del Salvador (1).

¿Este régimen de la Iglesia era una innovación que trata el Santo de defender? No; es un simple hecho, que nadie discute; es una realidad que todos admiten como el mismo Evangelio. El Obispo antioqueno se contenta con prevenir a los fieles contra los herejes, que *prácticamente* vienen a subvertir este estado de cosas, aun cuando teóricamente no parecen negar su legitimidad. Es que tenía raíces muy hondas en la conciencia cristiana. Era el gobierno preconizado o mejor ordenado por Jesucristo mismo y establecido por los Apóstoles al fundar las diversas iglesias. Esto es la verdad pura y sencilla, tal como se desprende de todo el Nuevo Testamento.

LA IGLESIA ROMANA.—Hemos visto el concepto universalista o católico que San Ignacio tiene del Cristianismo y el lugar preeminente que en cada agrupación local de fieles atribuye al Obispo, ápice supremo de la Jerarquía y centro de la vida eclesiástica, según él. ¿Tuvo igualmente idea de un centro de la Iglesia universal? Además de Jesucristo, Obispo invisible de toda la sociedad cristiana y de cada comunidad particular, el cual tenía sus representantes visibles en los Obispos locales, ¿conoció otro jefe de toda la Iglesia que ejerciese en ella análogas funciones a las que éstos desempeñaban en sus propias Iglesias? En otros términos: ¿creía San Ignacio en el Primado de la Iglesia Romana?

En una exposición general de sus doctrinas sería imperdonable no tocar, siquiera brevemente, este punto, objeto de tantísimas controversias entre los críticos. Me limitaré a acotar los textos fundamentales relacionados con tan importante materia, intercalando algunas observaciones elementales, para que los no iniciados en este debate puedan apreciar el valor de ellos y la probabilidad de las diversas opiniones.

El único documento que poseemos para conocer el pensamiento de nuestro mártir sobre este asunto es su famosa carta a los romanos. En ella, como ya sabemos, les avisa de su ida a Roma, les suplica no impidan

(1) Cf. W. J. S. Simpson: *The Catholic Conception of the Church*, c. VIII.

su martirio, exponiéndoles con calor y viveza extraordinarios las ansias que le devoraban de padecer por Cristo, y les recomienda su propia iglesia. No es, pues, una carta doctrinal, ni nada que se le parezca. De suerte que es inútil buscar en ella conceptos bien definidos, ni menos tesis teológicas razonadas. Nada de esto suele encontrarse en sus escritos.

En cambio, si hallamos sentimientos encandecidos, expresiones breves y enérgicas, que acusan en su autor convicciones profundas, y en las cuales parece como si la conciencia cristiana pugnase por formular sus creencias.

Respecto a la cuestión particular del Primado romano, sería una anacronismo infantil, ridículo, pretender que San Ignacio lo expresase a la manera de los padres y teólogos posteriores, que, después de larga experiencia y árduas discusiones, dieron forma teórica, clara y precisa, a esta gran verdad, reconocida siempre en la práctica, más o menos expresamente, según las necesidades y circunstancias de cada época. Ya es mucho que descubramos en él, siquiera de una manera confusa, el germen de un dogma tan trascendental para la organización de la sociedad cristiana. De hecho, ese germen se encuentra en esta carta, aunque medio velado y en forma de sentimiento, más que de idea.

Comencemos por la dirección o grandioso saludo con que da principio a su epístola, síntesis maravillosa del sumo aprecio que hacía de la Iglesia romana. Dice así: "Ignacio, llamado también Teóforo, a la Iglesia que ha conseguido misericordia en la magnificencia del Padre Altísimo y de Jesucristo, su Unigénito; a la amada e iluminada por voluntad de Aquel que quiere todas las cosas conformes a la caridad de Jesucristo, nuestro Dios; la cual también preside en el lugar de la región de los romanos, digna de Dios, digna por su decoro, digna de bienaventuranza, digna de loor, digna de conseguir sus deseos, digna y casta (1) y presidente de la caridad, en posesión de la ley de Cristo, adornada con el nombre del Padre, a la cual saludo en nombre de Jesucristo, Hijo del Padre; a los (fieles) unidos, según el espíritu y la carne, en todos sus preceptos, llenos indisolublemente de gracia divina, limpios de todo color extraño, salud plenísima e inmaculada en Jesucristo nuestro Dios."

Lo primero que se advierte al comparar este saludo con los que encabezan las otras cartas de San Ignacio, es la excepcional reverencia con que trata a la Iglesia Romana. A ninguna Iglesia regatea encomios pomposos a estilo oriental; pero cuando llega a la de Roma, todos le parecen escasos. Nunca tributa a las otras comunidades cristianas honores tan rendidos y fervorosos. ¿A qué obedece esta actitud tan humilde y reve-

(1) San Ignacio multiplica, según su costumbre, los términos compuestos, difíciles a veces de traducir: ἀγιόθεος, ἀξιοπρεπής, ἀξιομάχιστος, ἀξίειπαινος, ἀξιοεπίτευκτος, ἀξιώαγνος... χριστόνομος, πατρώνομος, κτλ.

rente del santo mártir hacia la Iglesia de Roma? Ciertamente si la consideraba como centro y cabeza de toda la Cristiandad, sus sentimientos de profundo respeto y sumisión se comprenden fácilmente. De otra suerte, es preciso indagar alguna explicación. Entre los críticos protestantes y liberales, unos pretenden hallarla en el carácter de la ciudad donde esta Iglesia residía, centro entonces de todo el Imperio romano; otros, en el fervor y caridad de aquellos fieles; otros, en el esplendor y magnificencia de esta Iglesia, ya muy notable por aquel tiempo a causa de sus mártires, brillo de su jerarquía y número de miembros; otros, en fin, asignan diversos motivos. Y sin duda todo esto pudo contribuir a inspirar a San Ignacio gran reverencia hacia una Iglesia tan gloriosa por muchos títulos; pero ninguna de estas explicaciones da razón suficiente de algunos extremos de semejante saludo, sobre todo si se tienen en cuenta otros detalles de la misma carta.

Notemos desde luego que atribuye a la Iglesia romana dos *presidencias*. Por una parte, *preside en el lugar de la región de los romanos*, *ἡ τις καὶ προκάθεται ἐν τόπῳ χωρίου Ῥωμαίων*; por otra, ella es la *presidente de la caridad*, *προκαθήμενη τῆς ἀγάπης*. La mayor parte de los críticos protestantes, desde Pearson, se esfuerzan por disminuir el valor de estas expresiones tan significativas. A diferencia de lo que hace con otras Iglesias, cuyo lugar de residencia señala San Ignacio con la fórmula ordinaria (*ἐκκλησίᾳ*) *τῇ οὖτῃ ἐν. κτλ.*, “la que está”, al hablar de la Romana dice *la que preside también*, *ἡ τις καὶ προκάθεται*.

Según Funk, este verbo está construido de un modo absoluto, y las palabras siguientes no dependen de él; indican únicamente el sitio en donde preside la Iglesia, aunque le parece extraña semejante locución (1). Pearson opina que “el lugar de la región de los romanos” designa a Roma y a sus suburbios como extensión sobre que preside dicha Iglesia; Zahn cree que en esa expresión se comprenden todas las regiones sometidas al Imperio romano. Otros lo entienden de diferente manera. Harnack, por ejemplo, la explica por la siguiente: *προκαθήμενη τῆς ἀγάπης*. Según este crítico, San Ignacio quería decir sencillamente que la Iglesia romana sobresale por su caridad, esto es, preside en la región de los romanos, y preside en virtud de su gran caridad para con las demás Iglesias.

En la interpretación de esta última frase, “la que preside la caridad”, convienen casi todos los protestantes modernos. En general, sostienen que San Ignacio sólo quiso alabar la excelencia de la caridad cristiana que distinguía a esta Iglesia. Ello es cierto que los cristianos de Roma

(1) *Revera autem verbum προκάθεται non cum vocibus χωρίου Ῥ. construitur, sed absolute usurpatur, et verba ἐν τόπῳ χ. Ῥ. locum designat, ubi ecclesia praesidens habitat. Locutionem ἐν τόπῳ χωρίου Ῥωμαίων singularem esse haud inficior. Aptius erat dicere ὑπὸ Ῥώμῃ. “P. A.” not. in h. l. Vol. I, pág. 252.*

fueron desde antiguo famosos por su liberalidad para con los fieles necesitados de otras regiones. Eusebio nos ha conservado pasajes de una carta escrita por San Dionisio de Corinto al Papa Sotero, donde se pondera por estas palabras la caridad romana: "Habéis tenido costumbre ya desde el principio beneficiar a todos los hermanos de mil maneras, y enviar a las diversas Iglesias, establecidas en todas las ciudades, alimentos. De esta suerte aliviáis la miseria de los indigentes y, mediante los recursos que les enviasteis desde el principio, sostuvisteis el ánimo de los confesores condenados a los trabajos forzosos en las minas..." (1). San Ignacio, según esta opinión, no aludía a otra cosa en la frase discutida — más que a la caridad romana.

Funk opone una grave dificultad a este parecer. Y es que nunca se encuentra el verbo *προκαθίσθαι* teniendo por régimen una virtud o cualidad. "Dondequiera que se lee semejante voz —dice este crítico— se refiere algún lugar o sociedad." Y en apoyo de esta afirmación cita numerosos ejemplos. Por otra parte, es del todo cierto que San Ignacio emplea la palabra *ἀγάπη* para designar las comunidades o Iglesias cristianas. Cinco veces, por lo menos, la usa en este sentido (2). Es expresión muy significativa, pues con ella se da a entender el amor con que estaban unidos entre sí los fieles, cuya reunión venía a ser por antonomasia la sociedad de los que se aman, la fraternidad, el amor o caridad. Es, pues, lo más probable que San Ignacio designa también con este nombre la Iglesia universal. De suerte que sería exacta esta traducción de Funk: *universo caritatis coetui praesidens*, "la que preside toda la congregación de la caridad" (3).

Si no fuera esta dificultad, realmente muy seria, la interpretación de Pearson, Zahn, Lightfoot, Harnak, etc., sería aceptable. No está reñida, desde luego, con el contexto; porque, después de haber colmado el santo mártir de elogios la Iglesia romana, no viene mal el calificarla de excelentísima por su caridad. No obstante, es preciso confesar que tal frase es del todo inusitada en este sentido. Por lo demás, la fuerza principal del argumento en favor del primado romano está en el *ἡγεμονικόν*, como admiten bastantes adversarios (4).

No es este el único testimonio de San Ignacio en apoyo de la tesis católica. Más adelante, en el cuerpo de la carta, se expresa de tal suerte hablando con los romanos, que no se explica su lenguaje sin admitir en él sentimientos de aprecio muy especial, que rebasa los límites ordinarios del que profesaba a otras Iglesias. Su actitud enfrente de ellas es, ordi-

(1) H. Ecl., lib. IV, c. 23.

(2) Taal., III, 2; XIII, 1; Rom., IX, 3; Esm., XIII, 1; Fil., XI, 2.

(3) Cfr. Funk, *P. Apostolici*, not. in h. l., págs. 252-253.

(4) V. P. Batiffol: *L'Eglise naissante et le Catholicisme*, págs. 168-170.

nariamente, la de un maestro que enseña, corrige y ordena, aunque como verdadero humilde nunca hacer alardes de su autoridad. "A todas las Iglesias escribo, a todas mando" (ἐντέλλομαι πάντων). Mas luego, tratándose de los romanos, cambia de tono: "No os impero como Pedro y Pablo: ellos eran apóstoles; yo, un condenado: ellos, libres; yo, esclavo" (Rom., IV, 1 y 3) (1). Ya antes, en la inscripción o saludo inicial, había declarado a los fieles de la Iglesia romana "limpios de todo color ajeno"; esto es, exentos de todo error doctrinal. Y como si este encomio le pareciese pequeño, testifica después que ellos fueron los maestros de los demás, y que él está conforme en absoluto con sus enseñanzas. "Jamás tuvisteis envidia a nadie; a otros habéis enseñado. Yo, pues, quiero que sean firmes las cosas que enseñando mandáis", ἡ μαθητεύοντες ἐντέλλεσθε (Rom., III, 1). Nótese la fuerza de la expresión. No se contenta la Iglesia Romana con enseñar; añade a la doctrina el mandato categórico. Y San Ignacio se conforma con su proceder, lejos de juzgarlo abusivo, quiere que sean firmes las enseñanzas de ella. De maestro se convierte en discípulo. Su autoridad le parece insignificante ante la de Roma.

Todavía hay otro texto digno de meditarle acerca de este punto. En el penúltimo capítulo (IX, 1), al despedirse de los fieles romanos diceles así: "Acordaos en vuestras oraciones de la Iglesia de Siria (Antioquía), que en mi lugar tiene a Dios por Pastor. Sólo Jesucristo la gobierna como Obispo (ἐπισκοπήσει) y vuestra caridad." Apenas omite San Ignacio en ninguna de sus cartas vivas recomendaciones en favor de sus queridos fieles de Antioquía, entre los cuales "me avergüenzo —dice humildemente— de ser contado, porque soy el último de ellos, un hijo abortivo"; pero a ninguna Iglesia, excepto a la de Roma, y eso que era la más lejana, confía el régimen de ellos. ¿No es bien extraña esta actitud, si no creía en la supremacía de la Iglesia Romana? Humanamente era ésta la menos llamada a ejercer semejante función en cristianos que distaban tanto, sobre todo habiendo otras iglesias mucho más próximas y de grandísima influencia entonces.

¿Por qué no hace esta recomendación a su gran amigo Policarpo?

Diráse quizás que no tiene semejante frase tanto alcance como se le pretende dar; que es una pura cortesía, una expresión figurada, sin trascendencia alguna. Es posible que por sí sola no baste a demostrar la creencia de nuestro mártir en el Primado romano; mas unida a los argumentos antes citados, cierto es muy significativa.

FR. JOSÉ MARÍA GARCÍA S. GRAÍN, O. P.

(Concluirá.)

(1) Este texto es importante para la cuestión histórica, hoy resuelta definitivamente, de la estancia de San Pedro en Roma.

Actuación del maestro Bomingo Báñez en la Universidad de Salamanca

OPOSICIÓN EFECTIVA A LA CÁTEDRA DE DURANDO

Siete meses solamente regentó el padre García del Castillo la cátedra que acababa de obtener. Durante todo ese tiempo el convento de San Esteban, ante el temor de perder la cátedra de Prima que por tradición parecía vinculada a la Orden dominicana, estuvo a la mira para aprovechar la primera ocasión que se presentase de lograr esta regencia. En ella debería darse a conocer y acreditarse el candidato para suceder al padre Medina cuando éste dejase su cátedra.

Nunca había sido tan necesaria esta medida de previsión por la competencia que comenzaba a manifestarse entre las Ordenes religiosas para arrebatar a la nuestra su preponderancia secular. Los que veían las cosas de cerca podían muy bien calcular la forma en que se había de trabar la lucha. Así, al saberse la muerte del padre García del Castillo, ocurrida a primeros de abril de 1577, antes que se declarase vacante su cátedra, se iniciaron los preparativos para la oposición en perspectiva. El 9 de dicho mes se hizo la comprobación o *cala* de los religiosos de San Esteban matriculados como estudiantes teólogos en la Universidad. Sumaban éstos 105, y entre ellos encontramos individuos de notoria celebridad como Cáceres, Ledesma (Pedro), Herrera, Lanuza, Lorenzana, Lemos, Antonio de Sotomayor, Mas, Cabrera y Juan de la Cruz, enfermo a la sazón.

Igual diligencia se hizo en el convento de San Agustín, con la particularidad que su Prior y los padres Juan de Guevara y Luis de León se negaron a jurar que todos los nombres incluidos en la lista fuesen votos legítimos. En los demás colegios de la población se consignaron como votos: de San Vicente (benedictinos), 26; de la Vera Cruz (mercedarios), 9;

de San Andrés, 10, de ellos seis ausentes; de la Trinidad, 6, y otros tres ausentes; de Nuestra Señora de la Vega, 2; de los premonstratenses, 5; de San Francisco, 4, y de otro colegio, 4.

Anunciada la vacatura de la cátedra el 15 de abril, se presentaron a oposición el padre Pedro de Uceda, agustino, substituto de Biblia, y que había contendido con el padre Medina cuatro años antes por esta misma cátedra de Durando, y el padre Báñez. El día 20, terminados los ejercicios, se comenzó a recibir votos, y los procuradores de ambos candidatos, que estaban observando con ojo avizor la tramitación del acto, pusieron algunas excepciones a los religiosos de otras Ordenes, sin que ello motivase grandes litigios. Al acercarse a votar los religiosos de las Ordenes interesadas, salieron a público todos los manejos que sigilosamente se ponían en juego en tales ocasiones, sobre todo por la parte más débil, que en este caso era el agustino. El día 22, a las diez de la mañana, presentó el procurador de Báñez la siguiente requisitoria, que nos da idea de cómo andaban las cosas:

Muy ilustres señores:

Fr. Alonso de Salvatierra, en nombre del P. Mtro. Fr. Domingo Báñez, opositor desta cátedra de Durando, parezco ante Vs. mds. y digo que para que esta cátedra se provea con toda rectitud y sin inconvenientes y sospechas, atento que es pública voz y fama que se han traído muchos religiosos a votar en esta cátedra que son moradores en otras casas, y que vienen sin ánimo ni propósito de residir en esta universidad; y demás desto cuando se hicieron las matriculas por mandado de Vs. mds. se matricularon unos por otros y los novicios y otros religiosos que no tenían voto ni nunca estudiaron Teología se matriculaban mudando los nombres, diciendo que se llamaban el nombre de los religiosos que habían de venir de fuera, y así sábado y domingo de la semana pasada, y después acá se ha visto en esta ciudad entrar muchos religiosos moradores de otras casas llamados para el dicho efecto de votar en esta cátedra; donde se colige que no haber querido jurar así el P. Prior de S. Agustín como el P. Mtro. Guevara cuáles eran legítimos votos cuando se hizo la dicha matrícula, fué por lo susodicho, pues ni el uno por ser al presente prior, ni el otro por haber tan poco tiempo que lo acabó de ser, no podían dejar de conocer los moradores de su casa cuáles dellos eran votos. Y asimismo es pública voz y fama que los dichos religiosos que se matricularon se pusieron en la matrícula diciendo ser presbíteros no lo siendo. Por tanto a Vs. mds. pido que antes que voten los religiosos de S. Agustín se tome y reciba juramento del P. Prior del dicho monasterio, y a los Padres Mtros. Fr. Joan de Guevara y Fr. Luis de León, para que debajo del dicho juramento juren y declaren cada uno de por sí habiéndoles primero leído la matrícula de todos los frailes que están matriculados para votar en esta cátedra cuáles dellos han venido llamados para el dicho efecto de votar, o son conventuales, o

moradores, o asignados, o depositados en otras casas, por manera que hayan venido a esta ciudad sólo a efecto de votar y negociar en esta cátedra, y que, proveída, se han de volver a las dichas casas donde tienen su habitación y morada, y cuáles de dichos religiosos son los depositados en otras casas sólo a efecto de que vengan a votar en las cátedras, y cuáles dellos no son presbíteros, y cuáles aviéndose ido desta ciudad acabado su estudio han vuelto a ella a menos de seis meses, o no pueden ser voto conforme al estatuto cincuenta y dos que pido les sea leído; y de lo que así juraren y declararen Vs. mds., me manden dar copia para que yo pida mi justicia, y entre tanto que no reciban voto alguno de los dichos religiosos de S. Agustín sobre que pido justicia. Para lo cual, etc.—Fr. Alonso de Salvatierra.

Para deshacer el efecto de este alegato presentaron otro los agustinos, haciendo a la parte contraria los mismos o parecidos cargos. Pero como tales acusaciones carecían de todo fundamento, no lograron con ello detener el apremio con que el procurador de Báñez pedía declaración jurada de la verdad de los hechos. Se tomó, en efecto, declaración al Prior de San Agustín, que lo era el padre Martín Sierra, y al padre Guevara; mas sus declaraciones no satisficieron al Rector y Consilia-rios, y ordenaron que se les instase a declarar sin subterfugios, bajo juramento, lo que había de verdad en los cargos que se les hacía. “El padre maestro fray Juan de Guevara dixo que promete cierto que se está en su celda sin conocer los fraires ni tener cuenta con ellos, e que no es prior ni asiste a actos ni conclusiones dellos, e que no los conoce ni sabe la voluntad de los prelados ni entiende en cosa del convento: lo cual dixo e declaró delante de los dichos señores.” El padre Prior “en lo que toca al P. M.º Fr. Luis de León dixo que estos días ha andado tan melancólico que los médicos le mandaron se fuese al campo a recrear, y así es ido fuera de la dicha ciudad por la dicha causa. Y esto dixo ser verdad y lo firmó.—Fr. Martín Sierra, Prior.”

Como se ve en esta declaración, esquivaban responder concretamente y con juramento a lo pedido, por lo cual el Procurador de Báñez presentó el mismo día 22 de abril nueva instancia al Rector, que dice así:

Muy ilustre Sr.:

Fr. Alonso de Salvatierra, en nombre del Mtro. Fr. Domingo Báñez, opositor a esta cátedra de Durando, digo que a V. m. por mi parte le fué pedido mandase para la buena expedición y provisión desta cátedra que los Padres Prior y Mtro. Fr. Joan de Guevara y Fr. Luis de León, de la orden de S. Agustín, declarasen con juramento qué votos habían traído de fuera sólo a efecto de votar en esta cátedra y otras cosas conforme a la petición que sobre esto tengo presentada; y V. m. proveyó y mandó que

los dichos P. Prior y Mtros. hiciesen el dicho juramento. Y siéndoles notificado su auto de V. m. dicen que el P. Mtro. León está ausente no lo estando, y el P. Prior no quiso declarar cosa en particular, y el P. Mtro. Guevara no quiso jurar, antes dixo que dexaría su cátedra, que no hacer tal juramente, de donde claramente se sigue y se infiere ser verdad todo lo contenido en el dicho escrito; y así con grandísima razón dice la ley que es manifeste turpitudinis et confesionis nolle jurare cuando se deja en el juramento del contrario: porque pido a V. m., y si es necesario le requiero, proceda a la provisión desta cátedra sin recibir voto religioso de la dicha Orden y la provea sin que ellos voten no jurando clara y abiertamente a las cosas contenidas en el dicho pedimento, y asimismo dónde está el P. Mtro. Fr. Luis de León, para que se le vaya a tomar su dicho y deposición, para lo cual, etc.

Otrosí a V. m. pido y si es necesario le requiero atento que los dichos padres no obedecen sus mandamientos y prestitos de V. m. que V. m. dé su carta de justicia para el Muy Ilustre Sr. Dn. Pedro de Guevara, maestrescuela desta Universidad, para que dé sus cartas y censuras contra los dichos padres para que guarden y cumplan sus mandamientos de V. m. y les imponga penas pecuniarias en sus cátedras y las ejecute. Para lo cual, etc.—Fr. Alonso de Salvatierra.

(Presentóse a 22 de abril a las dos de la tarde.)

El padre Francisco Roldán, procurador del padre Uceda, no supo defenderse de este rudo golpe sin ampararse en un recurso que por lo vulgar está desacreditado, y así acusó a la parte contraria de haber hecho conventuales de San Esteban para poder votar en esta provisión a los religiosos que estaban en Salamanca de paso para el capítulo provincial. Por ver si había algo de verdad en este cargo mandó el Rector que se tomase declaración jurada al Prior de San Esteban, y la dió tan completa y satisfactoria que contrasta grandemente con las reservas y resistencia que los agustinos. He aquí su contenido:

Declaración del Prior de Santisteban.

El P. Prior del Señor. San Esteban aviendo jurado dijo y declaró que aunque pudiera excusar este juramento y declaración, porque como le consta, el P. Prior de S. Agustín ni los padres Mtros. de aquella casa no quisieran jurar ni declarar llanamente lo que se les pedía y preguntaba por el pedimiento cerca de los votos, con todo esto, obediendo al mandamiento del Sr. Rector y de los Sres. Consiliarios, y para que se entienda la verdad e llaneza dixo que todos los que se pusieron en la lista en la primera minuta que se hizo, y otros que después se recibieron en las minutas y otros cuatro que aún no están puestos, aunque están matriculados, que se llaman Fr. Andrés del Valle, Fr. Francisco de Marieta, Fr. Tomás de la Cruz, Fr. Diego de León, todos los sobredichos son moradores deste convento y están aquí por estudiantes y los tiene por legítimos votos conforme a los estatutos e leyes de la universidad. Excepto dos de quien el P. Prior

en las minutas pasadas ha dicho que no está cierto que sean votos, en lo cual se remite al juramento de los dichos dos religiosos que son Fr. Pedro de Lemos e Fr. Francisco Gutiérrez, y juntamente se remite en esto al parecer y juicio del Sr. Rector y de los Señores consiliarios. E demás desto también está incierto de un novicio cuyo nombre no se acuerda, que siendo seglar se entendía que había ganado curso en Teología y que tenía voto. E agora después acá le han dicho que esto no es cierto, y así se remite al juramento del susodicho e al parecer del Sr. Rector e de los Señores consiliarios, y esto es la verdad. Item dixo y declaró que debajo del mismo juramento que ninguno de los contenidos en la minuta (o minutas) e matrículas es de los que pasan a capítulo. Item que ninguno dellos ha estado depositado en otro convento para traerlo a votar a esta universidad al tiempo de la vacante desta catreda ni de otra ninguna, y esto dixo ser verdad para el juramento que hecho tiene e lo firmó de su nombre.—Fr. Juan de las Cuevas, *prior*.

Item respondió quel P. Mtro. de novicios y los lectores de artes jurarán lo mesmo que él ha jurado, porque es verdad. Pero atento que los PP. de S. Agustín no quieren jurar, le parece basta lo que tiene dicho y declarado. E que quando jurare el P. Maestro Guevara e los demás a quien está pedido, lo mesmo harán los maestros desta casa e convento. E lo firmó.—Fr. Juan de las Cuevas, *prior*.

Esta declaración tan minuciosa, tan concienzuda, era indirectamente un cargo terrible contra los agustinos y una condenación tácita de la causa que patrocinaban. Y, para acabar de desbaratar los planes del padre Uceda, insistió una vez más el padre Alonso de Salvatierra en que se exigiese juramento a los padres Guevara y León, como lo acababa de hacer el Prior de los dominicos y, de no ser así, pidió que no se recibiesen votos de San Agustín. Vista la demanda, “el Rector y Consiliarios proveyeron e mandaron que el dicho maestro Guevara *clara e abiertamente* jure o declare conforme a lo pedido por parte del P. M.^o Báñez, *con apercibimiento de que no lo haciendo los dichos señores Rector e Consiliarios proveerán lo que fuere justicia*” (Auto del 23 de abril).

Aquel mismo día se notificó al padre Guevara este auto, y habiéndolo oído “*dixo que responde lo que tiene dicho e respondido e que se remite al dicho del P. Prior de el convento, el cual es tan cristiano y siervo de Dios que tiene por muy cierto que no dirá cosa que no sea así como lo tiene declarado. E firmólo.*—Fr. Juan de Guevara”.

Esta declaración, como se ve, era una confesión tácita de que en cuanto a la legalidad de sus votos los agustinos estaban muy por debajo de los dominicos. Así lo entendieron los jueces que actuaban en este proceso, y, en consecuencia, el mismo día 23 se dió por terminada la votación. Mas el Procurador de Uceda, ya que no podía modificar el

resultado de la votación, que preveía ser adversa para su parte, llevó la lucha a otro terreno, tratando de inhabilitar a Báñez. He aquí los testimonios de este nuevo litigio:

Muy ilustre Sr.:

El maestro Sr. Pedro de Uceda, opositor a esta cátedra de Durando, que al presente está vaca y V. m. trata de proveer por muerte del Mtro. Castillo, digo que en la vacante próxima pasada el P. Mtro. Fr. Domingo Báñez se opuso a la dicha cátedra y no prosiguió la dicha oposición, antes desistió y afectadamente se inhabilitó para que se opusiese el P. Maestro Orellana, fraile de su casa, y por ello quedó inhábil para esta oposición conforme al estatuto décimo del título 23 en la fola 41. Pido a V. m. le declare por tal inhábil, y para que dello conste pido a V. m. mande a Andrés de Guadalajara, secretario deste claustro, y a Bartolomé Sánchez, su sustituto, hagan y den testimonio en el proceso desta causa en cómo el dicho P. Maestro Báñez fué opositor a la dicha cátedra habiendo vacado por el ascenso del P. Mtro. Medina y cómo después de haberse opuesto desistió y no prosiguió la dicha oposición, y que prosiguió la oposición el P. Mtro. Orellana, fraile de su casa y orden, sobre que pido justicia como más me convenga. Y para ello, etc.—(*Firmado.*) Fr. Pedro de Uceda.

En Salamanca, a 23 días del mes de abril e de dicho año, ante los señores rector e consiliarios, pareció presente el P. Fr. Enrique Enríquez, y en nombre del P. Mtro. Fr. Pedro de Uceda presentó este escripto...

E luego los dichos señores Rector e Consiliarios dijeron que lo oían e verán y harán justicia...

E luego el P. Mtro. Fr. Domingo Báñez dixo que, como consta por el proceso de la cátedra de Durando que se proveyó al P. Mtro. Fr. García de el Castillo le inhabilitaron contra su voluntad acusándole e presentando testigos por parte del P. Mtro. Fr. Joan de Orellana e su procurador; e así condenado jurídicamente en este tribunal fué dado por inhábil, por lo cual es nula la excepción que se le pone, pues no se inhabilitó voluntariamente. Y la excepción habla de cuando uno se inhabilita de su propia voluntad, sin ser acusado ni convencido ni condenado en juicio. Y firmólo de su nombre. Y caso negativo que la excepción fuera válida y estuviera inhábil no lo será para esta cátedra sino para la primera que vacó que fué la de Scoto, después de la de Durando, a la cual no se opuso y agora se opone a ésta como legítimo opositor. Y firmólo.—Fr. Domingo Báñez.

E luego Ambrosio Díaz, procurador de el P. Mtro. Uceda, dixo que esto no se entiende sino quanto a las cátedras que su paternidad e los de su casa se habían de oponer. Y firmólo.—Ambrosio Díaz.

Otrosí dixo el dicho Ambrosio Díaz que pedía término para probar con testigos cómo el P. Mtro. Báñez desistió en la dicha cátedra de Durando y después se inhabilitó; y firmóle e juró no lo pedir de malicia ni por dilatar.—Fr. Pedro de Uceda.

Después de tales demandas y respuestas se reunieron el Rector, los Consiliarios y Asesores de este pleito, y habiendo conferido entre sí con el reposo y madurez que el caso requería, dictaron el siguiente auto:

Auto tocante a la excepción puesta contra el Mtro. Báñez.

Este dicho día, mes e año susodichos, vista por los señores Rector y consiliarios e asesores la excepción puesta por parte del Mtro. Uceda contra el dicho Mtro. Fr. Domingo Báñez e las réplicas de la parte contraria, e los estatutos desta Universidad y el proceso e sentencia en la cátedra de Durando que se proveyó al Mtro. Fr. García del Castillo, de la Orden de S. Benito en primero de Setiembre de mil y quinientos y setenta y seis años contra el dicho Mtro. Fr. Domingo Báñez e lo que más ver se debía, dixerón que daban e dieron al dicho Mtro. Fr. Domingo Báñez por hábil para esta dicha cátedra de Durando, e como por tal opositor hábil se proveyese la cátedra con los votos que están en el cántaro de las buenas cédulas: e así lo proveyeron e mandaron e lo firmaron de sus nombres en estos escriptos e por ellos: D. Alvaro de Mendoza, Rector.—Luis Marín de la Cueva.—D. Juan de Ortega de Vallejo.—Rodrigo García.—Pedro de Meirelles de Andrade.—D. Pedro Damián Jorro.—D. Saagún de Villasante.—Bartolomé Sánchez.

Acto seguido se procedió a regular los votos, obteniendo Báñez 280 votos personales, y el padre Uceda, 210. En consecuencia, para corroborar lo hecho y dar por terminado el proceso, el tribunal dictó la siguiente:

Sentencia.

Visto por nós D. Alvaro de Mendoza, Rector en esta universidad y estudio de Salamanca, e Antonio Fernández de Mercado, e Pedro Damián Jorro, e Pedro de Meireles, Luis de Herrera e Bartolomé Molino. D. Juan de Ortega e Rodrigo García y Luis Marín de la Cueva, Consiliarios, e los doctores Antonio Guerrero e Saagún de Villasante, asesores en este pleito y causa sobre la dicha cátedra de Durando, etc.

Hallamos la intención del P. Mtro. Fr. Domingo Banes bien y cumplidamente probada, y por tal la declaramos e pronunciamos por cuanto excedió al P. Mtro. Fr. Diego de Uceda su opositor en votos personales y en cursos y calidades como arriba está dicho y declarado. Por lo cual le hacemos colación e provisión de la dicha cátedra por imposición de un bonete que yo el dicho Rector le puse en su cabeza y por el tiempo e años que mandan los estatutos desta universidad. Por lo cual mandamos al bedel y escribano de la dicha universidad le den luego la posesión della y al hacedor que es o fuere le acuda con los maravedís situados y pertenecientes a la dicha cátedra y le condenamos en las costas deste proceso conforme a los dichos estatutos, y por esta nuestra sentencia definitiva así lo pronunciamos y mandamos en estos escriptos y lo firmamos de nues-

tros nombres, martes a XXIII de abril de 1577 años.—D. Alvaro de Mendoza, Rector.—D. Juan Ortega de Valleo, etc.

Quien haya tenido paciencia para leer los documentos transcritos se persuadirá del rigor con que se procedía en estas contiendas universitarias y el valor que se ha de conceder a las quejas, protestas y lloriqueos en que se solían amparar los vencidos. Que a pesar de todas esas diligencias se cometían a veces graves injusticias si la parte perjudicada no andaba alerta para fiscalizar los procedimientos, no cabe duda. En todo lo humano suele tener la habilidad mucha parte, y quien no sepa ponerla al descubierto cuando es ilegal sufrirá sus consecuencias. Pero esta es espada de dos filos que hiere por igual a ambas partes. En el caso de Báñez ya se ha visto cuán despierto andaba su contrario para delatar hechos y acumular sobre él acusaciones que sólo una suspicacia extrema podía sugerir. La imparcialidad del tribunal, a la que se ha recurrido en otras ocasiones para perjudicar la causa de Báñez, no vemos que sin agravio manifiesto se pueda poner en duda. La clave de toda esa obstinación radica en que la pérdida de la cátedra dejaba en situación desventajosa para luchar en la de Prima, que era el anhelo suspirado de los agustinos; y si ahora hubo lucha encarnizada, todo ello no era más que sombra de la que años después se había de entablar para obtener aquel puesto supremo de la enseñanza universitaria.

* * *

Recorriendo los libros de Claustros y de Visitas de cátedras de este año y de los siguientes, encontramos que Báñez hizo el juramento reglamentario el 1.º de mayo inmediato. El 3 de junio fué visitada su cátedra por el Rector y el maestro Rodríguez, levantándose la siguiente acta:

Visita de 3 de junio de 1577. Este día mes e año susodicho, estando leyendo su cátedra de Durando el dicho M.º Fr. Domingo Bañes, de tres a cuatro, con mucha copia de oyentes, el dicho señor Rector, en compañía de el dicho señor maestro Diego Rodríguez, se la visitaron e recibieron juramento de Diego González y Miguel Martínez, los cuales juraron de decir verdad y declararon lo siguiente: El dicho Diego González, natural de Arenas, diócesis de Avila, dixo que en llevando la cátedra comenzó a leer el artículo 5 de la q. 62 [de la 2.ª 2.ª] y agora va en el artículo 8 de la mesma q. e lee arreo sin hacer salto en su lectura.

Poco después de esta fecha, aunque estaba ya graduado de licenciado y doctor en Teología por Sigüenza (1565) y en la Orden tenía el título de Maestro desde 1571, renovó sus grados por esta Universidad para

conformarse con los estatutos de ella. Acerca de este punto se consig-nan en el acta del Claustro de 27 de junio de este año de 1577, los si-guientes pormenores:

Entró en él el muy Rev. P.^e Fr. Domingo Bañes, religioso de la Or-den de Sto. Domingo, presentado ya para Mtro. en santa teología, y dijo que pedía y suplicaba a la dicha universidad se le hiciese merced de man-darle dar prestados sobre prendas cuatrocientos ducados para se graduar de Mtro. por esta universidad, los ducientos para el grado de Mtro., y los otros ducientos para el de licenciamiento, atento que antes que se hiciese licenciado los había pedido para el dicho efecto los ducientos al Señor Rtor. y le había dicho que por entonces no los había. E que pues no le habían prestado para el grado de licenciamiento se le prestasen agora to-dos juntos. E no lo habiendo se le den a cuenta de las cátedras de los padres maestros de su casa; en lo cual se le hará toda merced. Y así lo pidió e su-plicó a la dicha universidad y claustro. E luego se salió el doctor Ambro-sio Núñez y dexó su voto al Señor Rector. E luego la dicha universidad e claustro proveyó e mandó que atento que en el arca no hay más que poder dar de ducientos ducados, éstos se le den y presten sobre prendas conforme al estatuto. Y los otros ducientos ducados le de e pague el ha-cedor Juan de Losca a cuenta de las cátedras del dicho monesterio de Santisteban. E no los dando e pagando el dicho hacedor como está dicho, el P. Mtro. Bañes acuda al claustro para que la universidad provea lo que más convenga para remediar este negocio. (Fol. 119 recto.)

La cátedra de Durando, según los estatutos universitarios de 1561, tenía de salario anual 25.000 maravedís, unos 67 ducados escasos. El desempeño de esta cátedra, con la obligación consiguiente de graduarse, era en sí económicamente ruinoso. Sólo las Ordenes religiosas, por las ventajas y crédito que de ello se les seguía, en especial cuando había esperanza de nuevos ascensos, podían afrontar un trabajo tan costoso. La Universidad, por otra parte, no cuidaba de mejorar sus salarios, no porque no diese una importancia muy principal a la Facultad de Teo-logía, como supone el padre Gregorio de S. Vela en su *Ensayo de una Biblioteca Ibero Americana*, volumen III, pág. 462, sino porque sin ese dispendio veía aumentar los aspirantes a estas cátedras, dignísimos en su mayoría y de personalidad muy superior a los canonistas y le-gistas que, aunque muchos y bien retribuidos, no dieron el resultado que de ellos se podía esperar. Esa superioridad, deducida del número de catedráticos y de sus salarios, como lo hace el mencionado historiador, la podría apreciar tal vez el mayordomo de la Universidad, pero no los que, viendo las cosas desde fuera, se atenían a los frutos. Un extran-jero, y seglar por añadidura, que viajando por España pasó por Sa-lamanca unos años antes, llegó a decir que la figura de Mancio obscu-recía a toda la Universidad. Y de la talla de Mancio fueron todos los

catedráticos de Prima de Teología en esta centuria, y no muy inferiores algunos otros maestros de la misma Facultad, incluso de la Orden agustiniana... Pero dejemos este asunto para continuar detallando lo más saliente que ofrece la actuación universitaria de nuestro teólogo en sus primeros años de regencia.

Durante el verano de este año de 1577 no sabemos que haya tenido vacaciones. Tanto en agosto como en septiembre lo encontramos ocupado en su cátedra (*Libro de visitas de este año*). Y de su laboriosidad nos da testimonio su meritisimo libro *Decisiones de jure et justitia*, de actualidad perenne, cuya materia había comenzado a explicar y prosiguió por indicación del Claustro en el curso de 1577-1578. Reproduciremos aquí el texto en que se consigna esa indicación, para que se vea en detalle la forma en que esto se hacía.

Claustro 18 de Octubre de 1577.

Asignaciones de lecturas de teología.

El Sr. Mtro. Medina en su catreda de prima de teología ha de leer y proseguir la tercera parte.—El Mtro. Fr. Joan de Guevara en su cat.^a de visp. ha de leer la primera parte.—El Mtro. Rodríguez en su cat.^a de Sto. Tomás ha de acabar la 1.^a 2.^a y comenzar la 2.^a 2.^a.—*El Mtro. Bañes ha de leer la materia de Justicia.*—El Mtro. Fr. Luis de León, que está ausente, ha de leer de Caritate él y su sustituto.—El Mtro. Fr. Pedro de Aragón ha de leer de Legibus.—El Mtro. Fr. Domingo de Guzmán ha de leer en su cátedra y partido escogiendo la lectura que le pareciere de leer con que no se encuentre con la lectura del Sr. Mtro. Rodríguez.—Item fecha la asignación hubo duda si el dicho Mtro. León tomaría de Caritate y diósele a escoger que lea de Caritate, en la lectura que escogiese con que no tome ni escoja ni se encuentre con la lectura del Mtro. Diego Rodríguez ni con las demás de los dichos lectores, y con esto se acabó la dicha asignación. Testigos unos de otros, y yo el dicho Andrés de Guadaluajara, Secretario, etc. (Fol. 147 v.)

Con el trabajo continuo de la cátedra desde esta fecha hasta julio de 1578, mas la labor penosa y apremiante de la corrección gregoriana del Calendario en la que estuvo varios meses ocupado nuestro profesor, debió resentirse su salud, ya de antes bastante quebrantada. En el Claustro del día 3 de dicho mes de julio “pidió e suplicó que se le diese y concediese el mes de gracia que se suele dar e conceder a los catedráticos desta Universidad”. En el acto se le concedió lo que pedía, pero aún continuó durante todo aquel mes en Salamanca, adonde le escribía Santa Teresa el día 23 desde Avila, contestando a la indicación que nuestro Catedrático le había hecho de ir a pasar allí las vacaciones. “En lo que toca a la venida aquí de V. m. —escribe la Santa— yo le digo que me dió tanta pena verle ir con quien le daba

tanta pesadumbre y la poca salud que aquí tuvo, que a no tener yo mucha necesidad, por hacerme merced, yo no le suplicara tenga vacaciones tan a su costa... Y así antes suplico a V. m. no venga, sino que mire a dónde podrá tener más contento, y ahí vaya, que hartó le ha menester quien trabaja todo el año."

Estas vacaciones se prolongaron por lo menos hasta la apertura del curso siguiente, según se indica en la asignación de las lecturas. "Hoy, día de San Lucas (18 de oct. de 1578), en la capilla de Escuelas mayores, presentes los señores maestros Guevara, Medina, Aragón e Guzmán, se asignaron las lecturas siguientes... Al señor maestro Báñez, *ausente*, la materia de *usuris*." En esta ausencia le sustituyó el padre Pedro de Ledesma, maestro de estudiantes de San Esteban.

En el curso de 1579-1580 volvió a resentirse su salud, por lo que no pudo asistir con puntualidad a su cátedra. El bedel le multó por ello, mas en el claustro de 23 de noviembre de 1580 se mandó devolverle el importe de la multa por haber justificado su falta por cédula de enfermedad.

OPOSICIÓN A LA CÁTEDRA DE PRIMA

Durante el siglo xvi era la cátedra de Prima de la Universidad de Salamanca el puesto más autorizado del saber teológico, y a quien la obtenía se le consideraba como campeón mundial en esa facultad. La hegemonía que en los siglos anteriores había ejercido la Sorbona, centro obligado donde se consagraban los maestros de la Teología, se había trasladado a Salamanca. El gran Cisneros hizo un esfuerzo gigantesco para que esa primacía que veía desaparecer de París quedase vinculada a su Universidad complutense. Mucho trabajó y logró el insigne purpurado, pero el empuje que dió a su fundación no fué suficiente o sus continuadores no procedieron con bastante celo para conquistar esa primacía. Prueba de que no lo lograron y de que la opinión de entonces daba la preferencia a Salamanca es el hecho de haber dejado el padre Melchor Cano la cátedra de Prima de Alcalá por la de Salamanca, lo mismo que hizo su inmediato sucesor el padre Mancio después de regentar diez y siete años la de Alcalá.

En tal estado de cosas se comprende la natural emulación que en las demás órdenes religiosas que intervenían en la Universidad salmantina se había despertado para arrebatarse a los dominicos la cátedra de Prima que hacía más de siglo y medio, desde su fundación, venían poseyendo sin más interrupción que la del desventurado Pedro de Osma. Los agustinos particularmente, acreditados por los excelentes profesores que venían dando a la Universidad y por el brillante colegio que sostenían en

aquella población, eran una fuerza respetable, suficiente para inquietar a los maestros y obligarles a tomar medidas de precaución. Ocupaba esa cátedra de Prima, desde 1576, el dominico Bartolomé de Medina, habiéndola llevado en lucha con el agustino Juan de Guevara. El padre Medina, aunque joven relativamente y de robusta complexión, tomó con tanto ánimo y bríos el desempeño de la cátedra, que a los tres años su salud comenzó a decaer. Después de un año de achaques, estando ya desahuciado de los médicos —dice el padre Alonso Fernández—, envió a llamar al padre Báñez y le habló de esta manera: “Padre maestro, yo me muero; pero creo que la voluntad de Dios es que vuestra paternidad suceda en esta cátedra. Estudie y trabaje como es razón y no repare en que le ha de faltar la salud y que se ha de morir en breve, porque muertes semejantes, tan en servicio de su Orden y de la Iglesia católica, muy gloriosas son” (*Historiadores*, tomo I, pág. 265).

La impresión que estas palabras debieron producir en una persona de carácter tan decidido y tenaz como el padre Báñez se colige por los resultados de esta contienda, en la que los valores de competencia y empeño rayaron a tan extraordinaria altura. No era leve la encomienda que asumía a su cargo nuestro personaje, teniendo que competir con un rival que llevaba veinte años más que él enseñando en aquella Universidad, que había hecho frente a Medina en la provisión anterior de esa misma cátedra, que, en fin, estaba dotado de extraordinario talento y de otras cualidades que le hacían ser muy estimado entre los estudiantes. Báñez contaba en su favor primeramente el crédito de su Orden, sancionado por la larga serie de catedráticos de Prima eminentísimos que por aquellas aulas pasaron; además, su brillante carrera y larga preparación para estas luchas, y en otro orden, con las fervorosas oraciones de Santa Teresa, la cual decía haber sido ésta, el triunfo de Báñez, la única cosa temporal que había pedido al Señor.

El padre G. S. Vela, queriendo hacer de esto argumento contra Báñez, escribe que “si se atribuye ese triunfo a las oraciones de la Santa, se rebajan las dotes del opositor” (L. c., t. III, pág. 461, nota). Precisamente el haberse interesado la Santa por Báñez con tanto empeño indica que le tenía por digno y hasta por el más digno; pero es condición de los santos y de todo buen cristiano encomendar a Dios sus asuntos, particularmente si son difíciles, por si les sale al paso algún malandrín que, con artificios y emboscadas, trate de malograr sus esfuerzos. Y bien quisiéramos no insistir sobre otras apreciaciones que encontramos en el mencionado padre Vela, pero nos mueve a llamar la atención del lector sobre ello el empeño con que dicho padre procura desvirtuar la historia gloriosa de los dominicos en Salamanca, ensañándose principalmente con Báñez por el imperdonable crimen de haber derrotado al agus-

stino Guevara, como antes le habían derrotado el padre Medina en esta misma cátedra y el padre Juan de la Peña en la de Vísperas. Uno de los argumentos en que hace más hincapié el padre Vela es que los dominicos, con su numeroso grupo de estudiantes matriculados en la Universidad, hacían que la balanza se inclinase hacia la parte por ellos apoyada. El hecho de tener un gran número de estudiantes matriculados ya se ve que no era en sí una acción vituperable. La inscripción en la matrícula era libre y quien más contribuía a su aumento se hacía más acreedor al aprecio del Claustro universitario. Lo que debiera probar el padre Vela es que en las provisiones de cátedras eran admitidos a votar más estudiantes dominicos que los realmente matriculados o que a los agustinos, aun siendo votos legítimos, se les recusaba ese derecho. Esa demostración no aparece por ninguna parte en su libro y a pesar de ello afirma con tanta insistencia como desconsideración que los partidarios de Báñez, por malas artes y hasta con perjuicios, trataban de darle la victoria. En realidad, para salir del atolladero de las excepciones en que solía quedar estancada la votación acudían generalmente los candidatos a una componenda, sacrificando para ello ambas partes un buen número de sus votos. Y no eran precisamente los dominicos los más favorecidos en tales arreglos. Para la votación de la cátedra de Durando en 1577 se presentaron, según hemos visto, ciento y tantos dominicos, todos ellos con derecho legítimo a votar, según lo atestiguó con juramento el prior de San Esteban; y sin embargo, en virtud de un arreglo entre los opositores, se sacrificaron cerca de 80 de esos votos, admitiéndose sólo 26. También se eliminaron en menor proporción los votos de los agustinos, admitiéndose sólo 12; pero téngase en cuenta que éstos solían oscilar alrededor de los 40, y no siempre alcanzaban a ser tantos, y con el sistema de reducción los dominicos perdían por término medio dos o tres votos por cada uno de los contrarios. Esta disposición, cuya arbitrariedad salta a la vista, tenían que soportarla los dominicos, aunque les perjudicaba tan gravemente, para vencer la irreductibilidad de sus contrarios. Y siendo esto así no acertamos a ver en qué se fundan los cálculos que propone el padre Vela cuando, al hablar de la provisión de la cátedra de Prima en 1576, dice: "En la presente votación tenían ellos (los dominicos) casi la cuarta parte de la totalidad de los votantes y, no obstante, el exceso no fué más que 53 votos, de los cuales, *restando* los 46 en que superaban a los agustinos, *resulta* que el padre Medina llevó la cátedra por solos siete votos personales" (L. c., t. III, pág. 448). Con cuentas tan galanas no hay victoria que no se pueda presentar como verdadera derrota y como tal estima el buen padre el triunfo de Báñez sobre Guevara cuando escribe: "Habrá observado el lector que los votantes dominicos excedieron como

siempre a los agustinos, siendo 27 más los del convento de San Esteban; es decir que, *equiparados los votantes, superaba* el padre Guevara en 13 votos personales al padre Báñez" (L. c., t. III, pág. 461). Conforme a esa nivelación de votos, que al padre Vela le parece muy lógica, el tribunal debiera haber dado la cátedra al padre Guevara. Pero resulta que la tal nivelación la inventa dicho padre *para su consuelo* y, por tanto, lo hecho estuvo bien hecho y ni al mismo padre Guevara se le ocurrió pedir semejante nivelación porque, de pedirla, le hubieran mandado a un manicomio.

Y no nos detenemos a especificar lo que el mismo padre Vela afirma acerca de la parcialidad del Rector, de los asesores y de cuantos en este pleito se inclinaron por Báñez, seguros de que la mejor refutación de todo es la exposición sincera de los hechos tal como constan en el proceso.

* * *

La vacante de la cátedra de Prima fué acordada en el Claustro de Rector y Consiliarios el domingo día 1.º de enero de 1581, publicándose al día siguiente en la misma cátedra de Prima que estaba leyendo el padre Juan de la Cruz, fraile jerónimo. He aquí el edicto leído para ese efecto:

Edicto que se puso e fijó en la dicha cátedra (de Prima de Teología).

In nomine Domini. Amen. Noverint universi presentes literas inspecturi atque lecturi quod in hac insigni salmanticensi academia vacat ad presens primae sacrae theologiae cathedra, obitu illustris domini F. tris Bartolomei de Medina in sacra theologia magistri ultimi possessoris, et jussu illustris admodum domini Henrici Henriquez predictae academiae rectoris et consiliariorum. Ideo ad eam se opponere volentes suaque tantummodo confidentes justitia compareant coram dicto domino Rectore seu ejus locum tenente, qui eos ad oppositionem legitimam admittet et jus suum unicuique servabit secundum statuta et constitutiones dictae academiae et coram notario et secretario infrascripto abhinc triginta dies computandos a data hujus edicti, quibus transactis nemo ad ejus oppositionem admitetur. In cujus rei testimonium presentes litterae sigillo dictae academiae munitae manuque Dni. Rectoris subscriptae affixae fuerunt Salmanticae die secunda mensis januarii anno millesimo quingentesimo octuagesimo primo hora septima cum dimidia ante meridiem. Mandato per quam illustris domini mei (*Firmado*) Bartholomaeus Sanctius notarius.

El 31 de diciembre anterior, para evitar la intromisión de votos ilegítimos en esta provisión se trató de comprobar qué número de religiosos con voto había en los conventos de San Esteban y de San Agustín,

resultando haber en el primero 99 y uno ausente, y 69 en el segundo, más cuatro ausentes. La misma diligencia se hizo al día siguiente en el convento de la Merced, donde figuraban 26 religiosos con voto, más tres ausentes, y en el de San Vicente, donde había 19.

El 25 de enero se presentó a oposición el padre Báñez, haciendo el juramento acostumbrado. Dos días después prestó el mismo juramento el padre Guevara, y el 1.º de febrero pidió, por medio de su procurador Antonio Gudino, copia de las calas o listas de los religiosos con voto, hechas por mandado del Rector, en los conventos de la ciudad.

El 3 de febrero tomó puntos el padre Báñez, estando presente el padre Pedro de Aragón, como representante de Guevara. El secretario del Claustro Andrés de Guadalajara abrió por orden del Rector el *Maestro de las Sentencias* en tres partes: la primera, en el libro I, dist. 27 y 28; la segunda, en el libro III, dist. 28 y 29, y la tercera, en el libro III, dist. 23. Báñez, "después de lo haber mirado y considerado", escogió la distinción 27 del libro I.

El 4 de febrero presentó el padre Guevara un memorial al Rector por el cual se obligaba con juramento a "que no obstante que él jubilaba de aquí a cuatro años e que leyéndolos conforme a la constitución desta Universidad no está obligado a leer más, pero que si nuestro Señor fuere servido de que en él se provea y lleve la dicha cátedra de Prima de sancta teología a que está opuesto, que él después de haber jubilado e no obstante el dicho jubileo leerá otros cuatro años más, que sean ocho, según y como los catedráticos de propiedad suelen y acostumbran a leer en esta Universidad". Al día siguiente, 5 de febrero, tomó puntos, escogiendo para leer de oposición el libro I, dist. 40.

La parte verdaderamente dramática de este proceso comenzó el día 6, al iniciarse la votación. El ansia con que ambos contendientes aspiraban al triunfo se puso de relieve en el rigor y fiscalización con que se procedía en la admisión de votos. La votación era presenciada por los mismos opositores o por sus representantes y antes que en el cántaro se echase ninguna papeleta puso excepción el padre Guevara a Sebastián Vázquez por haber dicho "que apostaría cien reales que llevaba la cátedra el P. M. Bañes", y a Martín Ibáñez, del Colegio Trilingüe, por afirmar "que apostaba ocho reales que llevaba la cátedra el padre M. Báñez". Se tomó declaración al bachiller Francisco Moreno acerca del cargo que se hacía al Vázquez y en su declaración dijo "que el día de las honras que la Universidad hizo por la Reina nuestra señora, estando este testigo con el dicho Sebastián Vázquez en la Rúa junto a casa de Antonio Moreno, estando hablando este testigo en los votos que había en San Agustín y San Esteban, porfiando sobre quién llevaría la cátedra, el dicho testigo dijo al Sebastián Vázquez que si quería apos-

tar que si no había en San Esteban más de noventa votos, que llevaría Fr. Juan de Guevara esta cátedra, y el dicho Sebastián Vázquez replicó que apostaba cien reales que la llevaba Fr. Domingo Bañes, aunque no hubiese más votos de los dichos. Y porque allí no se tenía dineros, pero que fuesen a su casa y que apostaría ducientos reales y aun dos mill que la llevaba el P. M. Ybañez. Y esto es lo que sabe y dijo y afirmó este testigo ser verdad". El padre Andrés de San Millán, procurador de Báñez, presentó después un alegato al Rector defendiendo la legitimidad de los votos exceptuados por Guevara, y el Rector, para dar forma jurídica al asunto, pidió parecer sobre ello al doctor Solís, en estos términos:

Suplico a V. md. me diga si es inhábil un voto a quien le prueban que dijo apostaría que llevaba la catreda un opositor, el cual nombró, y en efecto actualmente no hizo apuesta. Y vea V. md. el estatuto que en esto habla y firmelo V. md. aquí abajo.—D. Enrique Enríquez.

Parecer del doctor Solís a lo preguntado por el señor Rector.

Muy Itre. Sor.:

Paréceme que si a este voto no se le prueba que hizo apuesta actualmente, que por sólo decir que apostaría que llevaba la cátedra un opositor que nombró no es inhábil y puede votar. Porque el estatuto habla del que hiciere apuestas, y hase de entender de que las hiciere actualmente. Porque "*verba. L. vel statuti debent intelligi cum effectu.*" En ansi no basta decir que apostava, mayormente que ese estatuto es odioso que priva del voto, "*et pena privationis non habet locum nisi in casibus a jure expreis*"; y esto se confirma por el mesmo estatuto más abajo, donde pone penas a los que actualmente apostaren, y entre otras dice que si fueren votos sean inhábiles. Y así como en esta parte habla de los que actualmente apuestan, así destos se ha de entender el punto del estatuto "*vel una pars. L. vel statuti declaretur per alteram*".

Muy Itre. Sr.

Besa las manos de V. m. su servidor—El Dr. Solís.

Decidido por su parte el padre Báñez a no dejar pasar voto alguno, fuera en su favor o en favor del contrario, que no llenase todas las condiciones de la ley, puso excepción el mismo día 6 a Juan de Figueroa, acusándole de haber asegurado "que había de votar por quien mejor se lo pagase. Y en razón desto ha dicho que no puede dejar de hacer e votar en esta catreda y en las demás por el M. Guevara y por cualquiera que se opusiere de aquella casa, porque le daba el convento casa en que viviese de balde. Y junto con esto dijo que era hereje el que votaba por el P. Bañes y no por el M. Guevara. Por las cuales razones pidió le pronuncien por no voto".

Sin más incidentes dignos de especial mención prosiguieron admitiendo votos el día 6, que era lunes, hasta la tarde, y entonces, a hora avanzada, para evitar fraudes, fueron encerrados los cántaros de los vo-

tos en el arca de diez llaves, entregando dos de ellas a cada uno de los opositores y las demás a los que acostumbraban llevarlas. Como al día siguiente era martes de antruejo (carnaval) y al otro miércoles de Ceniza, y no esperaban que viniesen muchos estudiantes a votar, acordaron suspender la votación hasta el miércoles a las tres de la tarde.

Este día y medio de tregua lo aprovecharon los agustinos para urdir un habilidoso juego contra los mercedarios, a fin de restar a Báñez un gran número de votos. El miércoles de Ceniza presentaron un alegato contra ocho mercedarios acusándoles de perjurios por haber votado en la provisión de la cátedra de Escoto, que llevó poco antes el padre Pedro de Aragón, agustino, con menos cursos que en la provisión de la cátedra de Biblia, que había obtenido un año antes fray Luis de León. Y en consecuencia, pedían que se les declarase inhábiles para esta votación.

Molestados, como era natural, los mercedarios con esta grave acusación, que tenían por calumniosa, replicaron al día siguiente protestando de ello y amenazando con llevar el asunto a los tribunales por la infamia que se les ocasionaba. He aquí su alegato de queja y de defensa:

Memorial presentado el 9 de febrero de 1581, a las nueve de la mañana.

Fr. Pedro de Oña y Fr. Pedro Vejarano y Fr. Silvestre Pareja y los demás a quien está puesta excepción por parte del P. Mtro. Fr. Juan de Guevara, opositor que dice ser desta catreda de prima, decimos que la excepción y excepciones que tiene puestas el dicho Mtro. Fr. Juan de Guevara por su procurador son frívolas y nulas y por tales las debe V. m. sentenciar, atento a que somos oyentes ordinarios en esta Universidad e que no venimos a votar en más número del que venimos a oír de ordinario a esta Universidad al General de teología; siendo así que somos de los oyentes e votos legítimos conforme a los statutos y a la constitución veinte y seis que manda se provean las cátedras juxta vota studentium. Debe V. m. condenar la parte contraria, porque pedimos y suplicamos no admita V. m. excepciones frívolas que no lo son verdaderas, ni se contienen entre las que señala el título 33 de los statutos desta Universidad ni en ningún número dellos, porque decir que somos perjuros, lo cual es falso, es malicia notoria, y hecho con mala intención, sólo a efecto de nos infamar, haciendo libelo infamatorio, de lo cual protestamos en el tribunal que más nos convenga de nos quejar criminalmente de las palabras, injurias e infamias que por parte del P. Mtro. Fr. Juan de Guevara nos son hechas. Y otrosí decimos que caso negado por ser falso que alguno se oviera perjurado no era por eso inhábil para votar en esta otra cátedra, por haber echado menos cursos de los que tenía, ni hay tal excepción en el título 33 que habla de las calidades y condiciones que han de tener los votos. Especialmente que ninguna cosa de las contenidas en los procesos fechos en otra causa en diversa instancia y juicio, como fecha entre otros no nos puede perjudicar en esta causa, porque pedimos y supli-

camos a V. m. ponga perpetuo silencio a la parte contraria, y no permita que se nos haga nueva pregunta, sino solamente las que se contienen en los estatutos desta Universidad conforme al título 33, número VI, que dice: y no se puede hacer nueva pregunta ni añadir ni quitar...; y de usarse con nosotros más, y allende de lo que se contiene en el dicho título 33 como en razón de quebrantamiento de statuto apelamos de V. m. para el Sr. maestrescuela y para ante quien y con derecho devemos y protestamos el auxilio real de la fuerza, para lo cual y en lo necesario al muy ilustre oficio de V. m. imploremos y pedimos justicia.

Otrosí suplicamos a V. m. que atento que hay penas en los estatutos de esta Universidad para los que ponen excepciones y no las prueban, y para los que procuran de inhabilitar a los votos, mande a la parte del P. M. Fr. Juan de Guevara y su procurador depositen la cantidad que por los estatutos de esta Universidad está señalada para los que no prueban las tales excepciones, especialmente siendo frívolas y de ningún valor; y pedimos otrosí y suplicamos a V. m. no consienta poner cada vez nuevas excepciones, haciendo a su albedrío y antojo con malicia la parte contraria, sino una vez tan solamente; porque claro está que andando variando en las excepciones y en las personas y nombres que a nuestra parte se ponen o pusieren que es malicia, y es solamente a efecto de detenernos y hacernos molestia para no votar, el qual inconveniente V. m. ha de obviar y en las excepciones que se pusieren señalando un breve término, y pasado no las oír, ni dar dilación, la cual prohiben los estatutos de esta Universidad. Sobre todo, pedimos justicia.

Este asunto de los mercedarios dió mucho que hacer en los días sucesivos al tribunal, porque aunque las pretensiones de los agustinos eran abiertamente inadmisibles, había en esto un fondo de verdad que les daba aspecto de ser prestadas de buena fe, y al amparo de ello trataban de salir adelante en su empeño. Desde luego, para evitar que las excepciones se prodigasen a capricho y sin fundamento, el tribunal acordó, según lo habían pedido los mercedarios, que no se admitiesen nuevas recusaciones de votos sin depositar antes prendas, como garantía de que habían de ser suficientemente probadas. Después nombraron varios asesores para, con su ayuda, esclarecer mejor este asunto; pero ello fué motivo de nuevas discrepancias, por no convenir los dos contendientes acerca de las personas de notoria imparcialidad que pudiesen servir para el caso. La parte del padre Báñez procuraba, ante todo, que, se hubie-ra dado o no el perjurio en las votaciones anteriores, en ésta se llevasen las cosas con toda legalidad y a ese fin, mientras los mercedarios prestaban sus declaraciones, prentó el padre Lezcano una proposición al Rector, y éste la sometió al dictamen de cinco doctores. He aquí el texto de la proposición y el parecer que recayó sobre ella:

Pregúntase si uno que votó en una cátedra y echó en ella seis cursos y después votó en otra y no echó sino tres, o menos, si este tal era perjurio y

por consiguiente se le puede poner excepción de perjurio, la cual excepción le diese por inhábil para votar.

El que hubiere echado en una cátedra más cursos de los que echare en otra siguiente no es por esto perjurio, ni se le puede dar por tal, si no fuere convenciéndole en juicio del perjurio y por juez que le pueda declarar por tal. Y por el consiguiente, entre tanto que esto no está declarado en juicio oyéndole, podrá votar y echar los cursos que le pareciere conforme a Dios y su conciencia. Porque el haber echado menos una vez que otra, no concluye el perjurio. Salvo en todo el mejor parecer.—El doctor Solís.—Doctor Diego de Vera.—Doctor Bernal.—El doctor Valenzuela Pescador.—El doctor Navarro.

El padre Vela se admira de que hubiese en la Universidad salmantina cinco doctores que firmasen ese parecer, y explica el hecho por ser dichos doctores “partidarios y amigos probados de los dominicos”. Dejemos al buen padre en su ingenua admiración, haciendo constar tan sólo su temeridad al suponer parciales a los firmantes por el mero hecho de no avenirse a las pretensiones, notoriamente injustas, de Guevara. Sin pruebas terminantes nadie tiene derecho a suponer que cinco doctores, de común acuerdo, y en asunto que no les interesaba directamente, fuesen capaces de vender su conciencia, máxime cuando se sabe que algunos de ellos, no obstante “su parcialidad” hacia los dominicos, supieron hacerles frente sumándose a los agustinos, entre otras ocasiones, cuando se trató en claustro de la ida del padre Gallo a Roma.

Por las declaraciones de los mercedarios a quienes se había puesto excepción, se vió que, de ellos, algunos votaron con más cursos en la provisión de la cátedra de Biblia que en la de Escoto, en la creencia de haber ganado cursos que después no les fueron computados, por lo cual debieron rebajarlos al votar en la cátedra de Escoto; otros confesaron haber votado cada vez de diferente manera por ignorar lo que disponen los estatutos, y acerca de otros se comprobó lo que había dicho desde un principio el padre Lezcano: que los nombres de la primera votación, aunque idénticos a los de la segunda, se referían a personas distintas y hasta de otra Orden religiosa. En conformidad con ello, fueron dados por votos hábiles unos, y otros por nulos.

El padre Coscojales, procurador de Guevara, viendo que se malograban en gran parte sus esfuerzos, recusó al asesor Acosta, que había intervenido en este pleito, por suponerlo inclinado en favor de los dominicos, y fundado en ello pidió además que se diesen por nulos dos de los votos de los mercedarios que el tribunal había declarado ser válidos. El Rector y Consiliarios mandaron poner esta pieza en el proceso, pero no atendieron a lo que en ella se pedía por tratarse de cosa ya juzgada.

Y así terminó el día 14 de febrero la excepción puesta contra los mercedarios.

Otro de los asuntos que dió también bastante que hacer fué el nombramiento de asesores. El padre Coscojales había pedido que se nombrase uno o dos letrados imparciales que actuasen de asesores en la provisión de esta cátedra y ayudasen a decidir las dudas. El Rector y Consiliarios vinieron en nombrar al doctor Antonio Guerrero, catedrático de Cánones, y a Diego de Sahagún de Villasante, los cuales en un principio fueron admitidos por ambos opositores; mas luego Báñez recusó a Guerrero por ser apasionado de los agustinos, y otro tanto debió hacer Guevara con Villasante, puesto que dos días después, el 11 de febrero, pedía por asesor al doctor Moya y Báñez al doctor Navarro, sin llegar tampoco esta vez a una avenencia. El Rector, al ver aquella discrepancia, tomó el asunto por su cuenta, nombrando como asesor al doctor Miguel de Acosta, catedrático de Cánones. La mayor parte de los Consiliarios se avinieron a ello, pero otros pidieron que se nombrase también al doctor Moya. Se opuso el Rector diciendo que los Consiliarios "no eran voto en este particular", conforme a lo que dispone el estatuto 58 del título 33. Insistió Guevara en recusar a Acosta si no le asistía Moya, y replicó el Rector que no admitía esa recusación, "por cuanto se entiende que es fraude y dilación, y en la persona del señor doctor Acosta se tiene satisfacción de que conforme a justicia dirá lo que le pareciere en lo que fuere preguntado". Prosiguió aún la discusión, y para dar fin a este asunto, que tanto se prolongaba con desprestigio de aquella Universidad y cansancio del tribunal el mismo día 11 pronunció el Rector, en el claustro tenido a las cuatro de la tarde, el siguiente auto:

Atento que se han nombrado muchas personas de ciencia y conciencia para comunicar las dudas que hubiere en esta cátedra, y que entre las partes no ha habido conveniencia ninguna en los nombrados ni de ninguna manera se han conformado, y nombrándoles para este efecto personas suficientes el dicho señor Rector y los dichos señores Consiliarios ni dejándolo a su escoger se han querido concertar ni convenir en cosa alguna, por donde se entiende que pretenden dilación: atento que es muy gran perjuicio que la haya y por evitar el desasosiego de las escuelas e inquietud de las lecciones della e porque ha muchos días que se trata de la provisión desta cátedra e de cada día se ofrecen y resultan más y mayores inconvenientes... dijo que nombraba e nombró conforme al estatuto 58, título 33, de la provisión de las cátedras, al señor doctor Diego de Vera, catedrático de Prima de Cánones de esta Universidad por ser persona de ciencia y conciencia que dirá e informará lo que fuere justicia, según estatutos y constituciones desta Universidad. De lo cual se tiene evidente probabilidad del dicho señor doctor, atento a los muchos méritos de su persona e letras, las cuales son notorias; e ni más ni menos, por ser persona a quien los señores del muy alto Consejo en la

provisión desta misma cátedra cuando se proveyó al P. M. Medina por su provisión real mandaron asistir a semejante ministerio y aun le dieron voto decisivo aliende vel consultivo.

Otrosi dijo que nombraba e nombró conforme al dicho estatuto al señor doctor Miguel de Acosta, catredático de vísperas de Cánones...

Otrosi dijo que si acaso hubiere duda y discordia entre los dichos dos señores doctores arriba nombrados, juntamente nombraba al señor licenciado don Alvaro de Rivadeneira, catedrático de la sustitución de vísperas de Leyes...

Otrosi mandó notificar a las partes que tuviesen por segundo término para decir e alegar unos contra otros lo que decir e alegar quisieren y trayan votos a votar hoy en todo el día, con apercibimiento que no lo haciendo se abrirá el cántaro e se regularán los votos e con ellos se procederá a la provisión de dicha cátedra...

Como la forma en que intervino el Rector después de tantas tentativas frustradas era para zanjar de manera definitiva este asunto de los asesores, el padre Báñez se avino sin protesta a todo lo que el Rector proponía; pero no así el padre Guevara, el cual recusó al doctor Vera *por haber vivido en el monasterio de la Vera Cruz, cuyos frailes decia que eran apasionados del padre Báñez*, y también recusó a los otros dos asesores por motivos harto nimios. ¿Fué éste un formulismo estudiado para tener en qué amparar las protestas y recusaciones, si le acomodaba presentarlas una vez más? Todo es posible y aun verosímil, dada la facilidad con que se apartó, o le persuadieron que se apartase, de las recusaciones que había puesto, pues el mismo día 11, a las cinco y media de la tarde, se concertó con el padre Báñez, "e dijeron que por quitar y evitar inconvenientes, convienen y tienen por bueno que el dicho señor don Miguel de Acosta sea asesor en esta causa, y el P. M. Guevara se aparta e apartó de la recusación e recusaciones fechas al dicho señor doctor Acosta por su parte, e ambos lo firmaron de sus nombres". Con esto quedó arreglado el asunto del nombramiento de asesores. Todavía sonó una voz de protesta, la del padre Coscojales, procurador de Guevara, el cual el día 14, cuando vió que el tal Acosta no le hacía el juego en lo tocante a las excepciones puestas a los mercedarios y olvidándose del compromiso firmado por el padre Guevara, se atrevió a pedir al tribunal que "no le admitan (a Acosta) por asesor, ni consulten con él ninguna cosa de las tocantes a esta catreda, y si necesario es lo requiero, y no lo haciendo así, protesto la nulidad de todo lo que se hiciere". Como era razón, el tribunal no hizo caso de esta protesta.

Frente a semejantes lances de deslealtad y de proceder poco digno, resalta más la caballerosidad y rectitud de Báñez en todo este pleito, donde se da el caso que por haber oído asegurar a un tal Pedro Vélez de

Guevara que le votaría en esta cátedra, pidió que no fuese admitido como voto por no estar permitidas tales manifestaciones (1).

Para acelerar la marcha de la votación, el día 14, a las nueve de la mañana, mandó el Rector que se notificase a los opositores el tercer término perentorio, para que desde entonces a las tres de la tarde de dicho día "traigan votos a votar e digan e aleguen unos contra otros lo que decir y alegar quisieren, e yo el dicho notario se lo mostré, los cuales dijeron que apellaban por haber como hay muchos votos por votar así seglares como religiosos". De los religiosos habían votado ya, entre otros, 39 mínimos y 13 carmelitas el día 9, y estaban para votar aquel mismo día o habían votado ya anteriormente los mercedarios. Al decir los opositores que faltaban todavía por votar muchos religiosos, se referían a los de sus órdenes respectivas, capítulo muy digno de ser considerado con calma, pues aquí es donde cabía más fácilmente el fraude y el embrollo para salir gananciosos. Los dominicos, para evitar que en esta cátedra se consumase lo que intentaron hacer los agustinos cuando llevó el mismo Báñez la cátedra de Durando al padre Uceda, que trajeron religiosos de fuera para que votasen como si estuviesen matriculados, o en vez de los matriculados ausentes, hacía días que venían realizando ciertas informaciones acerca de los religiosos residentes en los conventos de agustinos más cercanos a Salamanca. La maniobra era ahora más de temer, dado el número extraordinario de religiosos agustinos que se habían matriculado en noviembre anterior en la Universidad, doble que el que solían matricularse en otros cursos, con miras, según parece, a estar bien pertrechados en caso de morir el padre Medina, como era probable por su falta de salud. Que la matrícula se amplió intencionadamente con ese fin no es una suposición aventurada, pues se deduce como corolario de que siendo más de 70 los inscritos en la matrícula, sólo asistían de 20 a 24 a las lecciones de la Universidad, según se hizo constar por varios testimonios perfectamente acordes, de que luego hablaremos, alguno de los cuales, entrando en malicia ante la desproporción entre los matriculados y los asistentes, se puso al acecho para ver en qué paraba este juego. Los dominicos, que conocían perfectamente lo que contra ellos se tramaba y tenían ya bien acoplados todos los informes, presentaron el día 15 de febrero, *al entrar a votar los agustinos*, el siguiente razonadísimo alegato:

Fray Pedro de Lazcano, en nombre del padre maestro Fr. Domingo Bá-

(1) Sobre este particular se tomó declaración a Francisco Rodríguez, el cual afirmó que el Vélez de Guevara a quien Báñez ponía excepción le había dicho: "Yo doy palabra, señor Francisco Rodríguez, de votar por fray Domingo Báñez en esta cátedra de prima. ¡Vive Dios de lo hacer!" (fol. 48 v. del proceso.)

ñez, opositor de la cátedra de Prima de Teología, digo que pongo excepción generalmente a todos los padres del monasterio de San Agustín de esta ciudad que están escritos así en la matrícula como en la cala para votar en esta cátedra por las razones siguientes:

Lo primero, porque en el dicho convento no puede haber tanto número de frailes moradores como están escritos en la dicha matrícula y cala por votos, lo cual es notorio y público en esta dicha ciudad de Salamanca, porque los ordinarios moradores del dicho convento son y suelen ser hasta el número de 40 a 50 religiosos, y sacando de éstos los padres maestros y Prior y viejos y novicios y frailes legos y otros oficiales, quedan pocos los que pueden ser votos en cátedras; y esto mismo consta de que ordinariamente votan de su casa arriba de 26 a 30 poco más o menos, y muchas veces han votado menos de 20.

Y esto mismo se comprueba del poco número de oyentes que ordinariamente van a escuelas, que suele ser el dicho número de 26 a 30. Lo mismo se comprueba de las salidas que hacen generales a actos públicos y procesiones entre año en esta universidad y ciudad que no suelen salir arriba de 40 a 50, con oficiales y novicios y los demás de la dicha casa; de donde se colige evidentemente que los dichos padres que están así en la matrícula como en la cala han sido llamados a matricularse y escribirse en la cala, siendo moradores en otra ciudad.

Lo segundo, les pongo excepción que muchos de los dichos padres no tienen cursos hechos en esta Universidad ni en otra aprobada, ni han oído enteramente las artes como lo piden los estatutos de esta Universidad.

Item lo tercero, pongo excepción en particular a los padres siguientes: Fr. Agustín de Figueredo. — Fr. Alonso de Sosa. — Fr. Alonso de Salmerón. — Fr. Alonso Rodríguez. — Fr. Bartolomé García. — Fr. Diego de Campo. — Fr. Francisco de Latorre. — Fr. Gregorio Barrientos. — Fr. Gaspar de Paz. — Fr. Gregorio de Hormaza. — Fr. Jerónimo de Salvatierra. — Fr. Jerónimo de Lafuente. — Fr. Fernando de Castro. — Fr. Jerónimo de Montoya. — Fr. Gregorio de Ludueña. — Fr. Juan Cabello. — Fr. Juan Ahumada. — Fr. Lucas Ortiz. — Fr. Miguel Amador. — Fr. Felipe de Palacios. — Fr. Felipe del Campo. — Fr. Tomás de Avila. — Fr. Sancho Sánchez. Todos los cuales y cada uno de ellos están escritos en la cala y no en la matrícula como consta por la matrícula y por la cala, de las cuales hago presentación en forma con la solemnidad necesaria, signadas y autorizadas del secretario de esta Universidad. De donde se comprueba que los dichos padres son inhábiles para votar en la dicha contienda y así no deben ser admitidos por votos legítimos, antes han de ser repelidos.

Item pongo excepción en particular a los padres siguientes: Fr. Alonso de Quirós. — Fr. Bartolomé de los Santos. — Fr. Diego de Sandoval. — Fr. Francisco Gómez. — Fr. Gregorio de Orduña. — Fr. Hernando de Villa Real. — Fr. Juan de Córdoba. — Fr. Juan Gutiérrez. — Fr. Melchor de Ribera. — Fr. Alonso Verdugo. — Fr. Bernardino de Palacios. — Fr. Diego Arias. — Fr. Francisco de Cisneros. — Fr. Jerónimo de la Fuente. — Fr. Rodrigo Moreno. — Fr. Fernando de Rojas. — Fr. Juan de Axpe. —

Fr. Luis de Pedrosa. — Fr. Miguel de Camora. — Fr. Alonso de Castro. — Fr. Diego de Corcuera. — Fr. Francisco de Córdoba. — Fr. Gonzalo Morgovejo. — Fr. Gonzalo Morgovejo (*sic*). — Fr. Jerónimo de Vega. — Fr. Fernando Gallo. — Fr. Juan de S. Juan. — Fr. Melchor de Paredes. Todos los cuales y cada uno de ellos están en la matrícula y no en la cala; de donde se colige que los sobredichos padres no estuvieron presentes a la muerte del P. M.^{tro} Fr. Bartolomé de Medina ni a la vacante porque no se escribieron en la cala; y a estar presentes se hubieran escrito y dado por memoria como todos los demás que están en la dicha cala, la cual se hizo a 31 de diciembre, al fin del año pasado y al principio del presente, y así no pueden ser votos en la dicha cátedra, y como tales si vinieren a votar, los debe V. m. repeler, mayormente que el P. Prior de S. Agustín y el P. M.^{tro} Fr. Pedro de Aragón con juramento declararon al tiempo de la dicha cala ante el presente escribano que de los religiosos que tenían voto en el dicho monasterio estaban solos cuatro ausentes como parece del juramento que está en la dicha cala.

Otrosi pongo excepción a los dichos cuatro padres ausentes que declararon los dichos P. Prior y el maestro Fr. Pedro de Aragón, que son siguientes: Fr. Francisco de Aragón, Fr. Francisco de Cisneros, Fr. Melchor de Paredes, Fr. Andrés Díaz, porque como parece por su declaración con juramento no se hallaron los susodichos presentes al tiempo de la vacante de la dicha cátedra y muerte del M.^{tro} Medina, antes en negocios de la dicha casa estaban ocupados sin que se supiese cuándo habían de venir; y cuando por el dicho maestro Guevara o por su procurador se negare la ausencia de los susodichos, presento por testigos de la dicha ausencia y de los demás ausentes a los padres Prior de S. Agustín y al P. M.^o Aragón, los cuales son tales personas que no dirán otra cosa de lo que tiene jurado en el primer juramento que hicieron cuando se hizo la dicha cala; demás y allende de otros testigos y probanzas que pretendo presentar contra todos los arriba dichos en prueba de las dichas excepciones.

Otrosi pongo excepción contra los Padres que abajo serán declarados, los cuales ni son votos ni lo pueden ser en esta cátedra, y contra toda razón y justicia quieren votar y sus superiores los pusieron en la cala por votos y en la matrícula están asentados, siendo como son moradores en las partes y conventos que abajo se declararán, y eran los tales moradores seis meses antes que muriese el padre Medina, y en el tiempo y día en que está hecha la matrícula, y lo que peor es siendo algunos de ellos prelados y uniendo otros oficios en ellos de Priors, superiores y predicadores, y de ellos no estando matriculados se han puesto en la cala, los cuales son los siguientes:

Del Convento de Segovia.—Fr. Martín de Bogas, superior de dicho convento, Fr. Fernando Robledo.

Del Convento de Madrigal.—Fr. Alonso Verdugo, prior del dicho monasterio; Fr. Diego Arias, que asimismo está en la matrícula de ogaño; Fr. Gregorio de Orduña, está en la cala y no en la matrícula; Fr. Francisco de Aragón, que el P. Prior le dió por ausente, pero por voto legítimo en la cala, siendo morador de Madrigal y no estando matriculado.

Del Convento de Hontineros.—Fr. Pedro de Monleón, Fr. Agustín de Figueredo, Fr. Felipe de Palacios.

Del Convento de Medina del Campo.—Fr. Tomás de Avila, superior de dicho Convento y está en la sala como legítimo voto; Fr. Jerónimo de Salvatierra.

Del Convento de Toro.—Fr. Diego de Espinosa, Fr. Diego de Corcuera, Fr. Hernando de Rojas.

Del Convento de Alcalá de Henares.—Fr. Felipe de Campo, Fr. Pedro Manrique, Fr. Luis de Coloma.

Del Convento de Dueñas.—Fr. Bernardino de Palacios, Fr. Juan de San Ildefonso, Fr. Juan de Córdoba.

Del Convento de Arenas.—Fr. Luis de Pedraza, superior de dicho Convento, Fr. Juan de S. Juan, predicador del dicho Convento, Fr. Juan Gutiérrez.

Del Convento de Valladolid.—Fr. Alonso de Quintanilla, Fr. Gonzalo de Morgovejo, Fr. Pedro Manrique, Fr. Hernando Galdo, El padre Morgovejo.

Item sin estos padres han venido otros muchos del dicho Convento de Valladolid y de Ciudad Rodrigo, Fr. Alonso de Castro y otros de estas mismas y de otras partes.

Los cuales dichos padres, todos según como arriba están contenidos contra toda razón están en la matrícula o sala, y con mucha menos razón quieren votar. A V. m. pido y suplico los pronuncie por inhábiles y no votos en esta cátedra, y me mande dar término competente para poder sacar las informaciones que están hechas contra los susodichos y contra otros cualesquier, en todos los lugares donde están los dichos Conventos. Las cuales están presentadas ante el Sr. Maestrescuela y con sus cartas requisitorias y con citación del padre M.^o Guevara.

Otrosí pongo excepción en particular a Fr. Juan de Castro, predicador que al presente es del monasterio de S. Agustín de Salamanca, el cual vivió en Toledo por predicador, y ha más de seis años que acabó de oír, y por esto no votó en la de Scoto próxima pasada.

Item a Fr. Diego de Tapia, morador de S. Agustín de Salamanca, el cual ha sido morador del Colegio de Alcalá, y ha más de seis años que acabó de oír, y por esto no votó en la de Scoto.

Item a Fr. Juan de Aspe, que no se halló a la muerte del P. M. Medina ni a la vacante de la cátedra de prima.

Item pongo excepción a los sobredichos y a los demás que no han residido aquí seis meses antes de la vacante de esta cátedra de prima, que son muchos, a los cuales nombraré a su tiempo, y pido se les tome juramento si han residido en esta ciudad los dichos seis meses antes de la vacante, y a todos se pregunte en particular esta cláusula, y para que a V. m. demás de las probanzas evidentemente le conste de la verdad que en esto mi parte trata, y de la sinrazón y injusticia de la parte contraria hallará V. m. que en este presente año, contando desde S. Lucas próximo pasado hasta San Lucas próximo futuro en la cátedra del padre maestro Aragón, fraile

de su mismo monasterio no hubo 35 frailes en el dicho monasterio que votasen en ella, lo cual no ha más de tres meses que pasó y ahora dan de cala 73 frailes, votos que dicen ser en esta cátedra y todos presbíteros si no son cinco o seis. Lo cual quienquiera que lo viera entenderá la sinrazón del dicho monasterio y la verdad de las excepciones de mi parte; y si V. m. en esto no va a la mano, es dar lugar a mal ejemplo y a que de aquí adelante quien no tuviere cristiandad muy sólida traiga muchos votos de fuera y se lleven las cátedras con los que no son votos legítimos; y asimismo le constará a V. m. de la misma verdad, porque hallará V. m. que en la matrícula de este año están matriculados 29 frailes que no se pusieron y nombraron en la cala que se hizo en el dicho monasterio, y estos 29 son los que arriba he puesto, y al contrario en la dicha cala están 21 arriba puestos y nombrados, los cuales no están en la matrícula que se hizo de los frailes del dicho monasterio. De donde se colige el fraude que interviene en la dicha matrícula y cala, pues se ve tanta contradicción, y que quisieron cumplir el número de los matriculados en la cala con los no matriculados; por las cuales razones y cada una de ellas y las demás que del hecho y derecho resultan a V. m. pido dé por inhábiles a todos los susodichos, pues consta que los 29 más están en la matrícula y no en la cala, y los 24 ó 25 susodichos están en la cala y no en la matrícula, y a otros que en particular tengo exceptuados y pienso exceptuar, y haciéndolo así hará V. m. conforme al derecho y constituciones y estatutos de la Universidad. Y lo contrario haciendo, hablando con el debido acatamiento, salvo el derecho de la nulidad y otro debido remedio desde ahora para entonces y desde entonces para ahora, apelo para ante Su Majestad y para los señores Presidente y Oidores de la Real chancillería de Valladolid, y pídolo por testimonio, y para eso, etc.—*Fr. Pedro de Lazcano.*

Para que el lector pueda comprobar por sí mismo los cargos y diferencias entre la matrícula y la cala que motivaron la recusación general puesta por Báñez a todos los agustinos, reproducimos en nota los testimonios complementarios que constan en el mismo proceso, donde figuren la matrícula oficial y la cala que han de servir de término de comparación (1).

(1) *Matrícula de San Agustín.* Yo, Andrés de Guadalajara, notario y secretario del muy insigne claustro del estudio e universidad de la muy noble ciudad de Salamanca y de la matrícula de los estudiantes de ella, doy fe y testimonio verdadero en cómo en la matrícula de este dicho estudio que comenzó por el San Martín del mes de noviembre del año de mil y quinientos y ochenta años y ha de fenecer por el San Martín del mes de noviembre venidero de este presente año de mil y quinientos y ochenta y un años, entre los colegios y monasterios de esta universidad, está escrito y matriculado el monasterio y colegio de San Agustín y religiosos de él en el tenor y forma siguiente: Fr. Juan de Castro, Presbítero.—Fr. Juan de Arcos, Presbítero.—Fr. Fernando de Villaverde, Presbítero.—Fr. Antonio Serrano, Presbítero.—Fr. Diego de Tapia, Presbítero.—Fr. Francisco de Córdova, Presbítero.—Fr. Juan de Córdova, Presbítero.—Fr. Jerónimo de la Puente, Presbítero.—Fr. Juan de Villarrubia, Presbítero.—Fr. Rodrigo Moreno, Presbítero.—Fray Bartolomé de los Santos, Presbítero.—Fr. Alonso

El padre Andrés de San Millán, procurador de Báñez, presentó al día siguiente una extensa documentación (son, en conjunto, once las piezas que la forman) con los testimonios y probanzas relativos a los religiosos agustinos que residían en los conventos indicados. También presentó los

Tardío, Presbítero. — Fr. Juan de Ritano, Presbítero. — Fr. Bernabé Pinto, Presbítero. — Fr. Diego de Espinosa, Presbítero. — Fr. Fernando de Quintanadueñas. — Fr. Toribio Rodríguez, Presbítero. — Fr. Luis Coloma. — Fr. Fernando de Rebollo, Presbítero. — Fr. Gonzalo Morgoviejo, Presbítero. — Fr. Alonso de Quirós, Presbítero. — Fr. Martín de Cogal, Presbítero. — Fr. Juan de Gamarra, Presbítero. — Fr. Francisco Gómez, Presbítero. — Fr. Alonso de Illescas, Presbítero. — Fr. Bernardino de Palacios, Presbítero. — Fr. Juan de Quebedo Presbítero. — Fr. Fernando de Villarreal, Presbítero. — Fr. Alonso de Castro. — Fr. Melchor de Ribera, Presbítero. — Fr. Andrés de Solana, Presbítero. — Fr. Pedro Mathias, Presbítero. — Fr. Gregorio de Orduña, Presbítero. — Fr. Juan de San Juan, Presbítero. — Fr. Nicolás de Olmedo, Presbítero. — Fr. Francisco de Cisneros, Presbítero. — Fr. Andrés Leal, Presbítero. — Fr. Melchor de Paredes, Presbítero. — Fray Alonso de Paz, Presbítero. — Diego de Corcuera, Presbítero. — Fr. Francisco de Tapia. — Fr. Juan de Bustamante. — Fr. Pedro de Yepes, Presbítero. — Fr. Juan de Lerma. — Fr. Pedro Manrique, Presbítero. — Fr. Diego de Sandoval, Presbítero. — Fr. Fernando Abad. — Fr. Gaspar de Villadiego, Presbítero. — Fr. Gaspar de Paredes, Presbítero. — Fr. Antonio de Urrieta, Presbítero. — Fr. Juan de San Ildefonso, Presbítero. — Fr. Fernando de Rojas, Presbítero. — Fr. Jerónimo Ortiz. — Fr. Diego de Villegas, Presbítero. — Fr. Juan de Vallebiera. — Fr. Antonio de Molina, Presbítero. — Fr. Diego Arias, Presbítero. — Fr. Juan de Aspe. — Fr. Juan de N. — Fr. Jerónimo de Vega. — Fr. Alonso Verdugo. — Fr. Francisco de Victoria. — Fr. Fernando de León, Presbítero. — Fr. Luis de Pedro-silla, Presbítero. — Fr. Fernando Galdo, Presbítero. — Fr. Pedro del Villar, Presbítero. — Fr. Andrés de Avila, Presbítero. — Fr. Andrés Díaz, Presbítero.

Todos religiosos y estudiantes teólogos del dicho monasterio del señor San Agustín de la ciudad de Salamanca, el cual dicho monasterio y colegio y personas arriba dichas y declaradas se matricularon con licencia de su prelado a veinte y siete días del mes de noviembre de mil y quinientos y ochenta años ante Bartolomé Sánchez notario, lugar teniente de mí el presente secretario, y en efecto, el dicho Bartolomé Sánchez, notario, ante quien pasó la dicha matrícula lo tiene firmado de su nombre en el Registro de la dicha matrícula a las ojas ocho a que me refiero.

Y después de lo sobredicho en la dicha ciudad de Salamanca, a veinte y cuatro días del mes de diciembre de este año de mil y quinientos y ochenta años ante mí el dicho Andrés Guadalajara, notario y secretario del dicho estudio, se vinieron a matricular dos religiosos agustinos y son los siguientes: Fr. Pedro de Monleón, Presbítero, Fr. Juan Martínez, de la misma Orden, Presbítero y teólogo. Item a veinte y nueve días del dicho mes, fin del dicho año, se matriculó Fr. Sebastián de Arellano, teólogo de la misma Orden.

En dos días del mes de enero de mil y quinientos y ochenta y un años se volvieron a matricular dos religiosos agustinos a la hora de las siete de la mañana, antes de la vacatura de la cátedra, y son los siguientes: Fr. Miguel de Zamora, Presbítero, agustino, Fr. Gonzalo Mogrovejo, Presbítero, y están escritos en la dicha matrícula general de los teólogos a las ojas ciento y tres a que me refiero.

* * *

Memoria y cala de los religiosos del señor San Agustín, que se hizo a treinta y un días del mes de diciembre, fin del año de mil y quinientos y ochenta años, presente el señor Gonzalo de Guevara, consiliario en esta universidad, y los muy reverendos padres Fr. Antonio de Muñón, prior del dicho monasterio y el maestro fray Pedro de Aragón, religioso asimismo del dicho monasterio.

Y después de lo sobredicho, en la dicha ciudad de Salamanca, a treinta y un

comprobantes de algunos de los cargos hechos el día anterior a los agustinos por el padre Lezcano, y entre ellos las declaraciones juradas de Francisco de Valencia, estudiante de Cánones; de Alonso de Galdó, legista; de Francisco de Castelló, clérigo, y de Juan de Solórzano, los cuales unánimemente afirmaron que los religiosos agustinos que solían asistir a las clases de la Universidad eran de 20 a 24, y el primero de los tes-

días del mes de diciembre, fin del año de mil y quinientos y ochenta años, el muy magnífico señor Gonzalo de Guevara, consiliario, por comisión y mandato del muy ilustre señor don Enrique Enriquez, rector de esta universidad, fué al monasterio del señor San Agustín a hacer cala y memoria de todos los frailes teólogos que había en el dicho monasterio al presente, y presentes los padres, el Prior y maestro fray Pedro de Aragón, la comenzaron a hacer e hizo mandando como mandó que se recogiesen todos en el Refectorio y de allí comenzaron a salir uno a uno y se hallaron en el dicho monasterio los religiosos siguientes: Fr. Hernando de Villaverde, Presbítero.—Fr. Diego de Tapia, Presbítero.—Fr. Jerónimo de Montoya, Presbítero.—Fr. Felipe de Palacios, Presbítero.—Fr. Fernando de Villarreal, Presbítero.—Fr. Rodrigo Moreno, Presbítero.—Fr. Alonso de Illescas, Presbítero.—Fr. Toribio Rodríguez, Presbítero.—Fr. Andrés de Avila, Presbítero.—Fr. Andrés Leal, Presbítero.—Fr. Agustín de Figuereda, Presbítero.—Fr. Diego de Espinosa, Presbítero.—Fr. Gaspar de Paredes, Presbítero.—Fr. Antonio de Molina, Presbítero.—Fr. Gregorio de Barrientos, Presbítero.—Fr. Juan de Ludueña, Presbítero.—Fr. Gerónimo de Salvatierra, Presbítero.—Fr. Alonso Tardío, Presbítero.—Fr. Francisco de la Torre, Presbítero.—Fr. Juan de Quevedo, Presbítero.—Fr. Pedro Mathías, Presbítero.—Fr. Francisco de Victoria, Presbítero.—Fr. Juan de Bustamante.—Fr. Jerónimo de la Puente, Presbítero.—Fr. Juan de Villarrubia, Presbítero.—Fr. Francisco de Tapia.—Fr. Diego de Campo.—Fr. Juan de San Ildefonso, Presbítero.—Fr. Diego de Villegas, Presbítero.—Fr. Gaspar de Paz, Presbítero.—Fr. Jerónimo Ortiz, Presbítero.—Fr. Hernando de León, Presbítero.—Fr. Hernando de Castro, Presbítero.—Fr. Juan de Arcos, Presbítero.—El P. Fr. Juan de Castro, Presbítero.—Fr. Alonso de Sosa, Presbítero.—Fr. Tomás de Avila, Presbítero.—Fr. Andrés de Solana, Presbítero.—Fr. Bernabé Pinto, Presbítero.—Fr. Alonso de Paz, Presbítero.—Fr. Alonso Salmerón, Presbítero.—Fr. Juan de Gamarra, Presbítero.—Fr. Fernando de Rebolledo, Presbítero.—Fr. Pedro de Yepes, Presbítero.—Fr. Sebastián de Arellano.—Fr. Antonio de Urrieta, Presbítero.—Fr. Gregorio de Orduña.—Fr. Sancho Sánchez, Presbítero.—Fr. Antonio de Serrano, Presbítero.—Fr. Pedro de Monleón, Presbítero.—Fr. Juan de Lerma.—Fr. Pedro del Villar, Presbítero.—Fr. Atanasio Rodríguez, Presbítero.—Fr. Nicolás de Olmedo.—Fr. Juan Vallebiera.—Fr. Juan de Ritana, Presbítero.—Fr. Fernando, Abad.—Fr. Juan Cabello, Presbítero.—Fr. Pedro Manrique, Presbítero.—Fr. Juan de Chaves.—Fr. Gaspar de Villadiego, Presbítero.—Fr. Juan de Ahumada, Presbítero.—Fr. Lucas Ortiz, Presbítero.—Fr. Luis Coloma, Presbítero.—Fr. Bartolomé García, Presbítero.—Fr. Miguel Amador, Presbítero.—Fr. Hernando de Saavedra.—Fr. Martín de Vogas, Presbítero.—Fr. Felipe de Ocampo.

Los cuales dichos sesenta y nueve religiosos oy dicho día parecieron estar en el dicho monasterio y el dicho señor Prior juntamente con el Padre Maestro Fray Pedro de Aragón dijeron ser votos legítimos y juraron en forma de sacerdote que todos ellos son estudiantes votos en la facultad de santa teología y lo firmaron de sus nombres; oy dicho día Fray Antonio Muñón, Gonzalo de Guevara, Fray Pedro de Aragón.

Item declararon estar ausentes Fr. Francisco de Aragón y Fr. Francisco Cisneros y Fr. Andrés Díaz y Fr. Melchor de Paredes, y el dicho P. Prior dijo y declaró estar ausentes en negocios de la casa y los espera de cada día, y lo firmó Fr. Antonio Muñón. Pasó ante mí, Andrés de Guadalajara, notario y secretario. Ante mí Bartolomé Sánchez, notario.

tigos añadió que él los había contado más de treinta veces desde San Lucas hasta entonces. ¡Tanto le intrigaba al mencionado canonista la forma sobremañera interesante en que se había de desarrollar este drama!

Fray Tomás de Avila, como procurador de Guevara, contestó el mismo día 16 a los cargos de Báñez, concediendo el hecho o hechos alegados y tratando de dar alguna explicación, a fin de desvirtuar con hábiles rodeos la argumentación del contrario.

Para esta fecha tenían ya ultimado los mismos agustinos el capítulo de culpas contra los dominicos, y con gran oportunidad, para deshacer el efecto deplorable de las acusaciones que sobre ellos recaían, presentaron el día 16 varios alegatos, haciendo a nueve religiosos de San Esteban el mismo cargo que habían formulado contra los mercedarios. Pero como el tribunal comprendió que todo ello era una maniobra estudiada y sin ningún fundamento, no dió oídos a lo que pedían los querellantes.

Todavía insistieron éstos una vez más reclamando de que los dominicos hubiesen votado anteriormente con más cursos que los ganados en la Universidad, contando también para ese efecto lo ganados en su convento. Respondieron los nuestros que tenían a su favor una real provisión por la cual los cursos ganados en casa eran equiparados a los ganados en la Universidad, y replicando los agustinos que aquella real provisión había sido derogada por la legislación posterior, cortó la discusión el Rector reconociendo a los de San Esteban el derecho que hasta entonces habían ejercido pacíficamente.

En tal estado de cosas transcurrió el día 17 sin que el tribunal de oposición, ocupado como debía estar en el estudio de los últimos documentos que le fueron entregados, urgiese a los opositores con nuevos apremios. El día 18 cambió totalmente la escena, pues "estando presente el padre maestro Fr. Domingo Bañes, opositor, el P. Fr. Pedro de Lezcano, e Fr. Andrés de San Millán, sus procuradores, e por parte del P. M. Guevara, el P. M. Fr. Pedro de Aragón, e el P. Fr. Martín Sierra, definidor, e Fr. Martín de Coscojales, e Fr. Tomás de Avila, procuradores, dijeron que las unas partes a las otras, e las otras a las otras han puesto muchas excepciones a los padres de ambos conventos de San Esteban y San Agustín, sobre lo cual tienen allegado e presentado ciertas probanzas. E por evitar los inconvenientes que desto se siguen e la dilación de la provisión de la dicha cátedra, dijeron que las unas partes con las otras se concertaban e concertaron en la forma e manera siguiente: Que del monesterio e convento de Santisteban voten sesenta y nueve religiosos, los que al dicho convento inviare a votar, siendo legítimos votos con juramento, sin que se les ponga excepción alguna. Y que del convento e monasterio de señor San Agustín, voten asimesmo sobre los que han votado [que eran veintitrés], voten otros diecinueve votos, siendo legíti-

mos votos con solo su juramento, sin que de nuevo se les ponga excepción ninguna, con que los unos y los otros sean de los escritos y contenidos en las calas fechas e escritas en este proceso; y en esto se convinieron las unas e las otras partes y lo firmaron aquí de sus nombres.

"Y así mesmo dijeron que en razón de todo lo contenido en este proceso en todas las excepciones de todos los religiosos de todas las órdenes, se remitían los unos a los otros, e los otros a los otros, para que *no lo puedan pedir ni demandar en ningún tribunal ni tratar más dello*, sino que conforme a este asiento e concordia nuestro Señor dé esta cátedra a quien fuere servido. Firmaron de sus nombres." (Siguen las firmas.)

Como se ve, en este arreglo amistoso los dominicos, a pesar de la sentencia favorable obtenida del tribunal, pasaban por sacrificar cerca de la tercera parte de sus votos, y en su deseo de acabar pronto con este pleito, hasta accedían a que sus contrarios figurasen con doble número de votantes que los de costumbre. El mismo día 18, después de votar los religiosos convenidos, comparecieron ambos contendientes ante el Rector y Consiliarios, procediéndose a ultimar las cosas conforme se indica en la siguiente acta, que reproducimos íntegra para reflejar más al detalle las formalidades de rúbrica en tales asuntos.

Conclusión y renunciación de este pleito y causa fecha por las dichas partes.

E después de lo sobredicho en la dicha ciudad de Salamanca, sábado a la hora de las cinco de la tarde, que se contaron diez y ocho días del mes de febrero del dicho año de mil y quinientos y ochenta y un años, fechas las dichas probanzas y concierto y recibidos los votos en este proceso contenidos y pasados los términos de que arriba se hace mención ante los dichos señores Rector y consiliarios e por ante mí Andrés de Guadalajara, notario y secretario de esta Universidad y testigos de yuso escritos, parecieron hoy presentes los dichos señores maestros fray Juan de Guevara, agustino, y fray Domingo Bañes, dominico, opositores que son y han sido a la dicha cátedra de prima de Teología, y dijeron que por cuanto ha muchos días que sus mercedes se han juntado y se han ocupado en la provisión de la dicha cátedra, y se han hecho las diligencias posibles para traer los votos que están tomados y rescibidos en ella, y no parece venir más de los que se han tomado y rescibido según estatutos de esta Universidad. Y atento lo susodicho, dijeron que concluyan e concluyeron este dicho pleito y causa, y lo hubieron por concluso y por renunciado. Y pidieron a los dichos señores Rector y Consiliarios lo hayan por tal, y sus mercedes provean la dicha cátedra con los que están recebidos y tomados; y la dé Dios al que más le hubiere de servir en ella. Testigos Bartolomé Sánchez, notario, vecino de Salamanca, y Diego Hernández, portero del claustro, e Pedro de Peralta, vecinos de esta ciudad, e otros muchos, e yo, el dicho notario y secretario.

E luego los dichos señores Rector y Consiliarios, visto todo lo susodicho y los muchos días que se han ocupado y detenido en la dicha provisión y

que se han hecho las diligencias posibles para que los votos que hubiese se tomasen y rescibiesen como consta por este proceso, al cual dijeron que se referían y refinieron, dijeron que lo habían e hobieron por concluso y por renunciado para proveer la dicha cátedra con los votos que están recebidos y tomados; y para lo hacer así, les mandaron citar a los dichos opositores para el lunes primero venidero que se contarán veinte días del dicho mes de febrero de este dicho año desde las nueve de la mañana en adelante, o para otro día que feriado no sea. Testigos dichos e yo el dicho notario y secretario.

Citación para sentencia.

Este dicho día, mes e año susodichos, yo, el dicho notario y secretario, por el dicho mandato cité para sentencia, según que está dicho, a los dichos señores maestros en sus personas, los cuales callaron. Testigos dichos e yo el dicho notario y secretario.

Cómo se cierran las escuelas para regular los votos.

El luego incontinentemente el dicho señor Rector mandó cerrar los generales y las escuelas como es de uso y costumbre de se hacer en semejantes cátedras de propiedad, y ansimesmo por ser ya casi de noche para se encerrar dentro del claustro para regular los votos que están tomados y recebidos, e así se cerraron. Testigos dichos y yo el dicho notario y secretario.

Regulación de los votos del cántaro bueno.

Y estando así cerradas las dichas escuelas, luego el dicho señor Rector, juntamente con los consiliarios y con el doctor Miguel de Acosta, catedrático de Vísperas de Cánones, asesor que es y ha sido en las ecepciones en este proceso contenidas, e por ante mí el dicho notario y secretario el dicho señor Rector dió dos agujas con sus hilos a dos consiliarios de los arriba contenidos para que enhilasen los votos que saliesen del dicho cántaro, y el dicho señor Rector puño a puño los sacó, y puestos sobre el arca-mesa que está dentro del dicho claustro, los iba abriendo y dando los votos a los consiliarios, los unos del padre maestro Guevara, al que tenía la aguja del dicho maestro, y otros al que tenía la aguja del maestro fray Domingo Bañes, y de esta manera procedió fasta que no quedó en el dicho cántaro voto ninguno; y al tiempo que los iba abriendo y dando, como dicho es, entre las dichas cédulas y votos buenos pareció una borrada y arrayada de seis cursos, la cual, por venir tan borrada y señalada conforme al estatuto, fué pronunciada por mala cédula, y era del maestro Guevara.

Tuvo el señor maestro fray Domingo Bañes, dominico, ducientos y doce votos personales, los cuales, reducidos a cursos y a calidades, sumaron y montaron mil y cuatrocientos y un curso y medio.

Tuvo el señor Maestro Fray Juan de Guevara, agustino, en esta cátedra ciento y noventa y ocho votos personales, los cuales reducidos a cursos y a calidades sumaron y montaron mil y ducientos diez y nueve cursos.

Exceso entre las dichas partes.

Por manera que restados los dichos cursos, el un número con el otro,

tuvo más el dicho señor maestro fray Domingo Bañes que el dicho señor maestro fray Juan de Guevara ciento y ochenta y dos cursos y medio, por los cuales los dichos señores Rector y Consiliarios le dieron e adjudicaron la dicha cátedra de prima de Teología de esta Universidad y conforme a la dicha cuenta y declaración que los dichos señores Rector y Consiliarios hicieron y declararon arriba dicha, dieron y pronunciaron sentencia en su favor del tenor siguiente:

Sentencia.

Visto por nós don Enrique Enríquez, Rector del estudio y Universidad de esta ciudad de Salamanca y Juan de Aranda y Cristóbal de Ulloa, Juan de Alvarado, Bartolomé Fernández, Lorenzo Junient, Gonzalo de Guevara y Gabriel Gallego, consiliarios de este dicho estudio, este dicho pleito y causa entre las dichas partes sobre la dicha cátedra de prima de Teología de esta Universidad de que arriba se hace mención, etc.

Hallamos la intención del dicho señor maestro fray Domingo Bañes bien y cumplidamente probada, y por tal la pronunciamos y declaramos, por cuanto excedió al dicho señor maestro fray Juan de Guevara, agustino, su opositor en votos personales y en cursos y en calidades como arriba está dicho, contado y declarado, por lo cual le hacemos provisión y colación y canónica institución de esta dicha cátedra de prima de Teología de esta Universidad por todos los días y años de su vida, por imposición de un vi-rrere que yo, el dicho Rector, le puse en su cabeza. Por lo cual mandamos al bedel y secretario de esta Universidad le den luego la posesión de la dicha cátedra; y al mayordomo que es o fuere de esta Universidad, le acudan con todos los maravedís a ella pertenescientes, y le condenamos en las costas de este proceso conforme a los estatutos de esta Universidad; y así lo pronunciamos y mandamos en estos escriptos, y por ellos Pro tribunali sedendo y lo firmamos de nuestros nombres en Salamanca, lunes, a veinte días de mes de febrero de mil y quinientos y ochenta y un años.—Enrique Enríquez, Rector.—Juan de Aranda.—Bartolomé Fernández.—Juan de Alvarado.—Cristóbal de Ulloa.—Lorenzo Junient.

Así terminó este larguísimo proceso, uno de los más reñidos que hubo en aquella Universidad. El padre Báñez tomó posesión el 20 de febrero. El padre Guevara, infiel a la palabra que había dado y al compromiso firmado con su nombre, al ver el desenlace, protestó de todo lo hecho, renovando cuantas excepciones y cargos había presentado anteriormente, y apelando de la sentencia y posesión que se había dado de la cátedra al padre Báñez ante el Rey y ante la Chancillería de Valladolid. Fué este un rasgo muy sintomático de la lealtad que se pretende suponer en quien con tan incalificable ligereza olvidaba *por segunda vez* los compromisos contraídos.

La apelación se llevó a efecto y con extraordinaria rapidez, pues al día siguiente, 21 de febrero, daba la Chancillería de Valladolid una real provisión ordenando que el escribano de la Universidad facilitase copia del proceso al Procurador del padre Guevara (1). Se hizo la copia, pero no sabemos que la apelación siguiese adelante.

FR. V. BELTRÁN DE HEREDIA.

(1) El intervalo de solas veinticuatro horas que mediaron entre la sentencia del tribunal salmantino y la fecha que se estampó en la provisión de la Chancillería induce a sospechar si todo ello estaba preparado y convenido de antemano por acudir con presteza antes que Báñez tomase posesión, o si retrotrayendo la fecha de la provisión se quiso invalidar o tener en suspenso el acto final de este proceso. La provisión se presentó en Salamanca el 3 de marzo, demasiado tarde para impedir que la toma de posesión y el desempeño de la cátedra sancionasen definitivamente el resultado de las anteriores diligencias.

BOLETIN DE SAGRADA ESCRITURA

NUEVO TESTAMENTO

Con gusto comenzamos nuestra reseña con una obra española (1). Es su autor el reverendo padre Adriano Simón, redentorista, lector en Sagrada Escritura por el Instituto Bíblico de Roma y profesor de la misma materia en el Colegio de Estudios Teológicos de Astorga. Este tomo es el primero de los cinco que el autor promete escribir para hacer un curso completo de Sagrada Escritura acomodado a las clases de Teología. El volumen primero trata de los cuatro Evangelios. El plan de la obra es en esta materia un tanto nuevo y tal vez más acomodado a las necesidades de los estudiantes, a lo menos según están distribuidos los cursos de Escritura en los Seminarios.

Varios son los modelos de textos escriturarios que conocemos. Unos, cuyo tipo puede ser el Cornely o mejor su Compendio, tratan las cuestiones de introducción general *máxima* histórica: historia del canon, texto y versiones, y luego la introducción especial de cada uno de los libros de la Escritura. En no pocas partes se contentan con esto; y como la introducción especial no suele hacerse con la Biblia delante, sino ateniéndose sólo a lo que el texto de clase dice, no hay que decir que los estudios escriturarios se terminan sin apenas haber saludado la Biblia, a lo menos sin haberse familiarizado con ella. De otros textos puede servir de ejemplar el *Manual bíblico* de Vigouroux, tantas veces reeditado. A las materias tratadas por los precedentes añaden éstos un resumen más o menos detallado del texto sagrado, con la aclaración o discusión de los puntos más principales. No cabe duda que este tipo reúne mejores ventajas, aunque todavía tiene el inconveniente de dar también ocasión a que profesores poco competentes o alumnos poco estudiosos se contenten con los resúmenes del texto y dejen casi en olvido el texto sagrado. El padre Adriano ha querido obviar este inconveniente añadiendo a la introducción especial, sobre cada uno de los Evangelios, no un

(1) *Praelectiones Biblicae ad usum Scholarum* a R. P. HADRIANO SIMON C. SS. R. S. Script. LECTORE CONCINNATAE. *Novum Testamentum*, Vol. I, *Introductio et Commentarius in quatuor Jesu Christi Evangelia*. Matrili ex officinis "El Perpetuo Socorro" et Barcinone apud Ludovicum Gili. 1920. Págs. xxiv, 560. :

resumen, sino un comentario del texto bíblico, cuyo estudio debe hacerse con el Evangelio ante los ojos, y que obliga a los alumnos a leerle y familiarizarse con él. Es esta una novedad que nos ha parecido digna de elogio y que, a nuestro juicio, hace este libro muy preferible a los dos tipos citados.

El plan general nos parece muy razonable. Trata primero de los tres Sinópticos, y luego, por separado, el Evangelio de San Juan. El método de estudiar los Sinópticos juntos, si puede traer el inconveniente de no percibir tan bien el carácter literario propio de cada uno de los Evangelios, evita las repeticiones y ayuda a penetrar mejor el sentido pleno del Evangelio, que es lo más necesario a los estudiantes de Teología, destinados, en su mayoría, al ministerio sagrado. Y el autor ha sabido ejecutar este plan con abundancia de doctrina y copia de erudición. No sólo las fuentes de la literatura antigua le son conocidas, sino que posee la literatura bíblica moderna, y de ello da en cada página pruebas abundantes. Su estilo es sobrio, claro y correcto. Las anotaciones homiléticas pueden servir de verdaderos planes de sermones.

Algunas observaciones debemos hacer en nuestro oficio de boletínero. Y es la primera sobre una omisión. Habla el autor del original arameo de San Mateo, escrito primero que ninguno otro de los Evangelios; luego de su traducción en griego por no se sabe qué autor, ni en qué año, aunque el padre Adriano asegure, no sin fundamento, que fué traducido en la edad apostólica, y la Comisión Bíblica admita que pudo haber sido hecha después de escritos los otros dos Evangelios. Pero no dice nada de las relaciones del texto arameo con la versión griega. La Comisión Bíblica dice muy bien "*certo probari possit ipsum Evangelium graecum identicum esse quoad substantiam cum Evangelio illo patrio sermone ab eodem Apostolo exarato*". Pero ya se ve que esa identidad *quoad substantiam* no implica una conformidad absoluta, y precisamente en esto se fundan algunos autores católicos para decir que la versión griega de San Mateo ha sido influida por el Evangelio de San Marcos. Ni contra ellos tienen valor los testimonios tradicionales de la prioridad del San Mateo arameo, ni la Comisión Bíblica, que desaprueba "*hypothesim vulgo duorum fontium nuncupatam, quae compositionem Evangelii graeci Matthaei et Evangelii Lucae ex eorum potissimum dependentia ab Evangelio Marci et a collectione sic dicta sermorum Domini contendit explicare*." Es este un punto de sumo interés, en cuanto mira la buena reputación católica de algunos de nuestros exégetas más señalados y que el padre Adriano no tuvo bastante en cuenta al escribir el número 50. Algo semejante ocurre en los números 63 y 64, al tratar de la historicidad de San Juan. El autor coloca bajo el epigrafe de *Rationalismus mitigatus* la doctrina de algunos católicos que "*existimant IV Evangelium orationes verborum Christi continere translationem et paraphrasium Sp. Sancti lumine factam* (en nota cita a Batiffol y Calmes), *et aliquod symbolicum sive allegoricum elementum huic Evangelio inesse*." Y lo confirma con un texto de Batiffol. Pero, bien miradas las cosas, la doctrina que luego expone con las palabras de Lepin, y lo que dice por su cuenta del valor simbólico de los milagros del Señor, no se diferencia de

la doctrina anterior, ni había por qué hacer esas clasificaciones. El autor confesará que es difícil definir hasta dónde llega esa *identidad substancial* entre los discursos del Señor y la exposición del Evangelista, y cuál ha sido la labor mental de San Juan sobre las palabras del Salvador, y lo que esta labor haya influido en esa forma especial y en ese sello propio de San Juan, que todos confiesan tienen los discursos del IV Evangelio.

Sobre la naturaleza y fin de las parábolas, la doctrina del autor necesita alguna aclaración. Su definición, que toma de Cornely, dice que la parábola es "*eo consilio proposita, ut veritas aliqua vividius proponatur et efficacius commendetur*", y entre los elementos de la parábola señala con el padre Fonck: "*veritatis sublimioris et quidem supernaturalis ordinis ad quam elucidandam sermo parabolicus instituitur.*" Pero es condición del lenguaje figurado, y más de las parábolas, alegorías y ejemplos, ilustrar, pero sólo a medias: ilustrar y oscurecer a la vez. Por eso es regla de lógica que en las definiciones, las cuales deben distinguirse por la claridad, se ha de desterrar el lenguaje figurado, y Santo Tomás añade que los ejemplos y las imágenes son necesarias para hacer entender a los rudos la verdad, que expuesta en forma desnuda no alcanzarían. De modo que la parábola es beneficiosa para el que, sin ella, no entendería nada o entendería mal; no lo es para quien, sin ella, puede percibir la verdad desnuda. Es beneficiosa para quien, por sus disposiciones morales, no podría recibir la verdad escueta, a fin de irle poco a poco introduciendo en ella; no lo es para quien está ansioso de conocer esa verdad en su plenitud. Entendidas a la luz de estas simples observaciones las palabras de Janseño que cita el padre Adriano, pueden concordar, como él bien dice, las dos opuestas sentencias acerca del fin de las parábolas evangélicas. Sobre este punto de las parábolas y los otros conceptos con las parábolas conexos, la doctrina del autor no nos parece bastante clara y precisa. Algunas distinciones serían necesarias a la explicación de la parábola, con las cuales se aclarase lo que dice en el número 138, c, sobre la confrontación de la verdad y la imagen en la parábola, y esto serviría para definir luego las reglas hermenéuticas para exponer las parábolas mismas.

Tal vez de aquí proceda la inexactitud en la exégesis de algunas parábolas. ¿Qué significa la parábola del Hijo pródigo? "*Doctrina spiritualis est immensa Dei in peccatorem poenitentem misericordia.*" Esto es claro. ¿Qué representan los dos hijos? "*Non eadem penes auctores concordia quoad utriusque filii significationem... ast communior et meo sane iudicio probabilior sententia est in duobus filiis justum et peccatorem depingi.*" El autor me permitirá calificar de falsa y contraria al texto evangélico (Luc., 15, 14) esta opinión más común. Y el mismo autor nos viene a dar la razón cuando escribe: "*Quod de fratris accumulatione dicitur non tam ad justos quam ad phariseos, qui sese justos dicebant referatur necesse est. Christus ex hoc loco dissumit occasionem ad eorum, hypocrisis perstringendam et scandalum, eo quod peccatores benigne esciperentur, diluendam.*" Esto es evidente para quien lea en su contexto la parábola, y de esto es preciso concluir que los dos hijos representan: el menor, los pecadores, y el mayor, los fariseos, "*qui in se confidebant tamquam justos*".

Una última observación sobre las anotaciones homiléticas que el autor intercala. Se nos antoja que no están sacadas, de ordinario, de la íntima raíz del texto evangélico, sino que éste, en la mayoría de los casos, sólo suministra un marco o esquema en que se van pegando ideas traídas de fuera, pero no sacadas *íntimis visceribus textus sacri*". Me parece que la homilía debe comenzar por el sentido histórico del texto, y de ahí pasar al sentido más alto y más teológico, que siempre, o por la vía de exposición literal o típica, es posible encontrar en las palabras del Señor. Todos estos son *peccata minuta*, que no quitan el mérito del libro ni nos impiden que felicitemos al autor y deseemos que pueda terminar cuanto antes su curso.

D. A. Hayes es, a juzgar por su obra, un metodista, que conserva todavía la fe en la Escritura y en la tradición histórica sobre los orígenes del Nuevo Testamento (1). Su libro trata de estudiar los caracteres de los tres evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas y de sus escritos. El fundamento teológico de este estudio es manifiesto. El Espíritu Santo, tomando a los autores humanos como instrumentos para la composición de la Escritura, perfecciona las facultades de éstos, las eleva y mueve, pero dejándoles su carácter personal en cuanto no se opone a los fines de la Escritura. Ni esto tiene nada que ver con la inspiración verbal rectamente entendida, aunque no pueda concordarse con la antigua idea que los protestantes se formaban de los orígenes de la Biblia, libro para ellos puramente divino, libre de todas las imperfecciones humanas, aun gramaticales y literarias.

El autor del primer Evangelio es Mateo el publicano, de quien nos hablan los Evangelios. Su carácter corresponde bien a la condición de esta clase de gente. "Era un judío renegado, asociado a otras personas de su misma condición, antes de convertirse; hombre de bienes de fortuna y dispuesto a emplearlos generosamente: una naturaleza robusta e independiente, severo en sus nociones acerca de la sanción contra toda desobediencia a la ley; pero, sin embargo de esto, amable con sus semejantes, y que después de su conversión vino a ser un israelita leal y un cristiano fiel, un modesto y callado seguidor de Aquel manso y humilde a quien creía el Mesías de los judíos y el Salvador de su raza. Si Mateo dirigió alguna vez la palabra aparte a su Maestro la Escritura no lo consigna; pero Mateo es el que más recuerda las palabras de Jesús a las ansiosas turbas de Galilea. Su profesión y su carácter le daban una aptitud especial para escribir su libro" (pág. 38). Los caracteres del libro corresponden a lo que nos hace esperar del autor el conocimiento de su psicología. El Evangelio de San Mateo es el Evangelio de los judíos, es el Evangelio del cumplimiento de las promesas, de las tintas sombrías, de la esperanza para los gentiles, de la Iglesia, de los publicanos, del orden sistemático, etc., etc. El autor va anotando

(1) *The Synoptic Gospels and the Book of Acts*, by D. A. HAYES, prof. of New Testament Interpretation in the graduate School of Theology Garrett Biblical Institute. The Methodist Book Concern. New York, Cincinnati. Págs. 354.

con mucha sagacidad las notas características del primer Evangelio, en las cuales halla reflejado el carácter de su autor.

El mismo método sigue en el estudio de San Marcos y de San Lucas. Tiene observaciones muy atinadas y curiosas, y sus conclusiones son, en general, tradicionalistas. Ni le faltan ciertos ribetes de burlón contra los críticos modernos, que han llegado a dejar chicos a los antiguos rabinos en su afán de contar las palabras de la Escritura, las veces que esas palabras son usadas, etc., sobre todo para resolver el problema sinóptico.

Benjamín W. Bacon, profesor en la Universidad de Yale, se distingue por sus radicalismos en lo que toca a los orígenes de los Sinópticos. Tenemos ante los ojos un estudio publicado en la colección *Harvard Theological Studies*, cuyo título es: *¿Es Marcos un Evangelio Romano?* (1), y que, a decir verdad, no se distingue por la claridad y la exposición. Su idea fundamental es que los Evangelios vienen a representar la fe de algunas principales iglesias: Jerusalén, Efeso-Antioquía y Roma. En la exposición de este concepto hay una idea fundamental digna de ser tomada en cuenta, y es la íntima conexión que existe entre los libros sagrados y la Iglesia, cuya fe representan, pero de una manera sólo parcial e imperfecta y a cuya autoridad deben, por consiguiente, estar sujetas las interpretaciones de los mismos Evangelios. Es este un concepto que cuadra muy bien con la doctrina católica sobre la tradición eclesiástica. Pero otro es el fin de Bacon al exponer esta doctrina, a saber: desligar los orígenes de los Evangelios de los personajes apostólicos determinados a quienes se atribuyen para atribuirlos a la masa de los fieles de una ciudad. De este modo se explicaría mejor su origen tardío y la formación de todos los relatos sobrenaturales, cosa que tanto interesa a los críticos radicales. Estas varias tradiciones de las iglesias tienen cada una su sello propio, pero todas convienen en una profunda unidad. En esto pretende Bacon que su doctrina se distingue de las hipótesis antiguas de los tuingianos. En esta forma San Marcos es un Evangelio romano porque representa la fe de la Iglesia de Roma, en la cual habrá sido escrito hacia los tiempos de Trajano, cuando tantos Evangelios ortodoxos y gnósticos salieron a la luz pública. El atribuírselo a San Marcos, discípulo e intérprete de San Pedro, se debe a varias causas: 1.º San Marcos, en los *Hechos*, aparece como compañero de San Pablo, a quien luego abandona para tornarse a Jerusalén y volver a misionar más tarde con Bernabé. 2.º En la I Petr., que el autor finge escrita en Roma, se hace mención de San Marcos, llamándole hijo de San Pedro. 3.º De aquí debió sacar Papías su idea de que el Evangelio de San Marcos había sido dictado o aprobado por San Pedro. 4.º Esta misma idea se amplió acentuando la parte de San Pedro en el Evangelio, la fundación de la Iglesia romana por el mismo Apóstol y hasta su muerte en Roma. De todo, lo único que hay de cierto es el origen romano del Evangelio segundo, el cual tiene más afinidad con la doctrina y estilo de San Pablo que con el de San Pedro.

(1) *Is Mark a Roman Gospel?*, by BENJAMIN W. BACON BUCKINGHAM, Prof. of New Testament Criticism and Interpretation in Yale University. Cambridge, 1919. Págs. 106.

De todo este estudio los únicos puntos que nos parecen atendibles, aunque no sean nuevos, son: la conexión que establece entre la composición del Evangelio de San Marcos y la Iglesia romana, la explicación del *Marcus interpres Petri*, según otros pasajes análogos de los *Hechos* y la parte que la lucha entre los gnósticos haya podido tener en estrechar más las relaciones de los dos evangelistas, San Marcos y San Lucas, con los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Muy otro es el valor que tiene el comentario de Swete sobre San Marcos, cuya tercera edición tenemos en las manos (1). Los especialistas en los estudios del Nuevo Testamento ya conocen esta obra, que es, sin duda, uno de los mejores estudios que se han hecho sobre el segundo Evangelio, que, dicho sea de paso, ha sido el menos estudiado y comentado por los expositores antiguos.

La obra de Swete consta de dos partes: la introducción y el comentario. En la primera estudia las cuestiones que son propias de la introducción especial: la persona del evangelista, su obra, sus caracteres literarios, su plan, su valor histórico, sus relaciones con los otros escritos evangélicos y la historia del texto en el seno de la Iglesia cristiana. Todos estos puntos están tratados con gran copia de erudición, con perfecto conocimiento de las fuentes y con criterio grave y moderado. Más bien que aventurarse a buscar cosas nuevas, el autor se aplica a poner en claro las ideas comúnmente recibidas. La ciencia no consiste en decir cosas nuevas sino en conocer las razones de la verdad, que no cambia. Notemos algunos puntos de la introducción.

El autor del Evangelio es Juan Marcos, de quien nos hablan los *Hechos*, San Pablo y San Pedro; es el compañero de San Bernabé, el fiel auxiliar de San Pablo en Roma, el servidor de San Pedro. La tradición dice que el Evangelio fué escrito en Roma y para uso de la Iglesia romana, sin que valga nada contra esta aserción la de San Crisóstomo, que lo dice escrito en Alejandría. Cuanto a la fecha, Swete retiene el testimonio de San Ireneo, que lo escribió después de la muerte de los apóstoles San Pedro y San Pablo. "La viveza de su colorido, la sencillez de las enseñanzas, la ausencia de toda indicación sobre la caída de Jerusalén parecen señalar una fecha anterior al verano del año 70" (pág. xl). Cuanto al plazo, parece claramente deducirse de las muchas indicaciones geográficas y cronológicas, que el evangelista quiso darnos una narración ajustada a la realidad. Junto con esto, que se debe entender en general, la ley del progreso es regularmente seguida en el ministerio de Galilea. Comparado con los otros evangelistas, San Marcos le parece a nuestro autor preferible en el orden. Sobre este punto Swete resume sus investigaciones en estos términos: "Las relaciones de San Marcos con los otros Sinópticos son las de un relato primitivo, pero fragmentario con otros relatos de posterior origen y de carácter más com-

(1) *The Gospel according to St. Mark*. The Greek Text with introduction notes and indices by HENRY BERCLAY SWETE D. D. D. Litt., F. B. A. Regius Prof. of Divinity and Fellow of Gonville etc. Third edition. Macmillan and Co., London, 1920. Págs. cxviii, 434.

plejo. En extensión San Marcos es más breve que los otros; pero los supera en aproximación al orden cronológico y en una más viva representación de los hechos. Su narración se mueve en un campo más estrecho; él no refiere por entero sino uno de los discursos más largos de Nuestro Señor y relativamente pocas de sus parábolas y sentencias. Pero donde los tres Sinópticos convienen San Marcos se distingue de ordinario por un conocimiento más detallado, que proviene de un conocimiento personal de los hechos o del contacto personal con un testigo ocular" (pág. LXXV).

Cuanto el concepto que de Nuestro Señor y de su misión nos da San Marcos, Swete confiesa que el evangelista "no ha escrito con un fin dogmático. Pero la Persona cuyos sucesos pinta con tan vivos colores aparece como hombre, y más que hombre. En todos sus hechos y palabras se revela Cristo en el segundo Evangelio como el Soberano Hijo del hombre y el único Hijo de Dios. Ningún otro evangelista pone tan en claro la perfecta humanidad del Señor... Las palabras del centurión expresan la convicción que el estudioso de San Marcos saca del examen de su Evangelio: *verdaderamente éste era Hijo de Dios*. Pero para aquellos que tienen delante de sí toda la historia de esta soberana vida humana, tiene esta frase un significado que el soldado romano no podía soñar; nosotros podemos comprobar que esta filiación es única y esencial. No es Jesús el siervo enviado en último término para recibir los frutos del divino Viñador, sino el Hijo único, que es el heredero de Dios, XII, 2-7" (pág. xciv s.). Por aquí vemos que Swete es todavía del número de aquellos expositores protestantes que conservan la fe en Jesucristo y en lo sobrenatural. De las varias conclusiones del Evangelio de San Marcos que se conservan en los varios códices y versiones Swete deduce que San Marcos no terminó su obra y que ésta fué concluída más tarde con un texto de Aristian, personaje apostólico autorizado, de quien Papias hace mención y que en un códice armenio es citado como autor de la final de San Marcos.

El comentario está basado en el texto griego, que analiza y explica con gran copia de erudición filológica y exegética. Los Padres antiguos y los expositores modernos, los documentos bíblicos y profanos todos son sabiamente y discretamente utilizados para declarar el texto evangélico. Sobre todo el texto mismo de San Marcos es el que suministra los principales medios de exégesis. Los resultados de esta exégesis son, en general, conformes con la verdad católica; algunas veces, sin embargo, exige del lector alguna atención, v. gr., sobre VI, 1-6 nos deja muy en duda sobre la solución que propone a la dificultad de los *hermanos del Señor* y hasta algún lector pudiera creer que consideraba también él muy católica la sentencia de Tertuliano. Algo semejante ocurre con la institución de la Eucaristía (XIV, 17-25). El autor, atento a la forma gramatical del texto, no trata siquiera de señalar los misterios que en él están encerrados: a lo más cita o remite a las varias exposiciones de los Padres o autores modernos, cuyas varias sentencias refiere cuando hay lugar para ello. Por esto el comentario de Swete es una obra consumada desde el punto de vista filológico e histórico, pero no así desde el punto de vista teológico. En la Escritura se debe comenzar por la gra-

mática y por la historia como fuentes principales de la hermenéutica racional; pero luego es preciso pasar adelante en la investigación de lo que constituye la substancia del texto sagrado.

Comparable en el mérito a la obra de Swete sobre San Marcos es la que el padre Lagrange acaba de publicar sobre San Lucas en la colección que él dirige, *Etudes bibliques*, y en la cual lleva ya publicados siete volúmenes (1). El libro del padre Lagrange sobre San Lucas consta de dos partes: introducción y comentario. En la primera estudia el evangelista y su obra desde los varios puntos de vista de su composición, fuentes, valor histórico, etc.

Sobre el evangelista las conclusiones del padre Lagrange son las comunes, que expone con gran erudición. La fecha precisa en que el Evangelio fué compuesto no es posible determinarla. "Los católicos admiten generalmente que el Evangelio y los *Hechos* estaban terminados hacia el año 64 y es la opinión que nos parece hoy la más probable, con sólida probabilidad" (pág. xxi). Es preciso reconocer sobre este punto el mérito de Harnack en haber reaccionado contra las opiniones corrientes entre los protestantes y haber colocado la conclusión de las dos obras antes de resolverse la causa de San Pablo. "La razón principal que alega es que el autor, siendo como es un buen escritor, no habría terminado su libro dejando en suspenso a sus lectores sobre la muerte de San Pablo, después de habernos interesado tanto con otras peripecias de menor monta. Este argumento pudiera ser retorcido contra el que lo aduce, porque en este caso tampoco se comprende que San Lucas haya terminado y dado a la publicidad su libro en la vigilia de la solución de la causa. Más bien se debe decir que San Lucas, que tan benévolas para San Pablo pinta siempre las autoridades romanas en este proceso, con la conclusión de su libro indica discretamente la libertad de San Pablo tal vez sin las solemnidades de la comparecencia ante el tribunal. Las postreras palabras de San Lucas, que San Pablo enseñaba en su prisión, *cum fiducia et sine prohibitione*, no las hubiera podido escribir en tiempo de la persecución neroniana, el año 64.

El plan del Evangelio tiene, como el de los textos, una nota característica de unidad y de encadenamiento. "El tercer Evangelio es en toda la fuerza del término un Evangelio, es decir, una buena nueva. Es ésta la nueva de la venida del Mesías, cuya obra es la salud ofrecida a todos los hombres. En los *Hechos* esta nueva parte de Jerusalén y a través de múltiples peripecias llega a Roma: en el Evangelio baja del cielo a Jerusalén, a Nazaret, luego a Belén. La palabra se derrama por el país de Israel y llega a Jerusalén, donde la obra de salud es consumada" (pág. xxxiv). En el desarrollo San Lucas, fiel a su idea de escribir una historia ordenada, sigue el orden cronológico, que toma de ordinario de San Marcos. Hay una sección (IX, 51; XVIII, 20) en la cual este orden no está claro. En ella se nota la marcha del Señor hacia Jerusalén, pero "hay que confesar que ofrece un exiguo apoyo para fijar el encadenamiento de los hechos o sus modalida-

(1) *Evangile selon Saint Luc*, par le P. M. J. LAGRANGE, des Frères Prêcheurs. Paris, J. Gabalda, 1921. Págs. CLXVII, 630.

des históricas. En vano se buscaría en estas páginas dónde nos hallamos; una cosa sabemos: que nos encontramos en el territorio de Israel, del cual ninguna cosa indica que hayamos salido. Ninguna indicación de lugar, fuera de las dichas" (pág. xxxviii).

"No quiere esto decir que esta sección no contenga espléndidas bellezas: las obras maestras de San Lucas, casi todas las parábolas y las más hermosas de todas. Es que aquí la enseñanza ocupa la mejor parte. Jesús se ha manifestado al mundo con suficientes milagros; es hora de oír sus palabras más útiles a la salud. Es verosímil que San Lucas haya tenido este pensamiento. Pero habiéndose mostrado tan indiferente a todo lo que es característico de la acción y de la vida ¿nos ha dispuesto a creer que había colocado estas preciosas palabras por orden cronológico? Tal vez pensó que todas se referían a una segunda fase del ministerio; pero ¿están ordenadas entre sí en un orden rigurosamente cronológico? Parece más bien que no.

"Es fácil comprobar que varias sentencias y hechos están ordenados por grupos. Ahora bien: si es bastante verosímil que Jesús haya dado varias instrucciones sobre la misma materia, por ejemplo, sobre la oración, o por medio de parábolas, que se suceden de dos en dos, es poco verosímil que las tres solas vocaciones se presenten seguidas (IX, 57-62). Es posible, sin embargo, que temas un poco diferentes se hayan unido por la circunstancia fortuita de un banquete (XIV, 1-24), y que ciertos episodios, sin enlace lógico con el contexto, hayan aparecido en la realidad al mismo tiempo que en el relato" (xxxix).

Más importante que los precedentes es el capítulo que trata de las fuentes del tercer Evangelio; como que éste se relaciona con la historicidad del mismo Evangelio. Divide este asunto el padre Lagrange en varios puntos. Primero: *San Marcos y San Lucas*. Su conclusión es la siguiente: "Lucas conoció el Evangelio de San Marcos y le siguió de cerca en gran número de páginas." Esta conclusión, puesta en duda o negada por algunos autores, la trata de demostrar comparando varias secciones de ambos Evangelios: la primera Luc., IV, 31; VI, 19, y Marc., I, 21; III, 12. Tenemos aquí una serie de quince perícopes, en los cuales San Lucas sigue a San Marcos sin omitir una sola perícopa, ni siquiera una sola idea de alguna importancia. Otra sección semejante es Luc., VIII, 4; IX, 41, y Marc., IV, 1; IX, 41. Aquí hay diez y ocho perícopes en el mismo orden y con una sola adición, que no es, en realidad, sino una transposición: los verdaderos parientes de Jesús (VIII, 19-21), en parte, según Marc., III, 31-35. Pero el motivo de esta transposición salta a la vista. El pasaje se encontraba en una sección de Marc., que Luc. omitió por razones que luego diremos; Lucas le ha puesto aquí en un contexto literario excelente, donde se habla de la palabra de Dios. El orden de San Mateo es completamente diferente (pág. 1). La otra sección es XVIII, 15; XXI, 38, que corresponde a Marc., X, 13; XIII, 37. Contiene veintitrés perícopes, que siguen fielmente el orden de San Marcos, sin transposición alguna en las perícopes, aunque San Lucas se aparta algo de San Marcos en el modo de presentar la llegada y la permanencia del Señor en Jerusalén (pág. 11).

Cuanto al estilo, se puede notar que San Lucas no suprime de las palabras

de San Marcos nada que toque a las ideas, a la fisonomía religiosa del hecho, a su alcance sobre los espíritus sinceros; pero omite los detalles innecesarios para este fin suyo. Estos hechos prueban bien la dependencia literaria de San Lucas respecto de San Marcos. Si tales hechos debieran de atribuirse al azar, sería preciso renunciar a toda demostración por las causas finales (pág. LII).

La cuestión de la dependencia de San Lucas con respecto a San Mateo la resuelve el padre Lagrange negativamente. La comparación entre los dos relatos de la infancia y las genealogías, donde tantas dificultades se presentan, así como la diferencia entre las apariciones después de la resurrección, que San Mateo refiere a Galilea y que San Lucas pone en Judea, parécete que bastan para demostrar esta tesis. Pero hay en San Lucas y San Mateo ciertos pasajes en que ambos evangelistas convienen entre sí y se apartan de San Marcos, y esto probaría una dependencia literaria. Para resolver esta dificultad, el padre Lagrange recurre al texto de Papías, en el cual dice: "Mateo puso en orden los discursos del Señor en lengua hebrea, y cada uno los interpretó como podía." De aquí quiere inferir que San Lucas pudo tener a su disposición, no precisamente el Evangelio de San Marcos, pero sí algún extracto de él, algunas secciones de esos discursos que él había puesto en orden, que cada uno traducía como mejor podía y cuya existencia separada del Evangelio parecía confirmar los trozos hallados en los papiros (págs. LXXX y sigs.). Esto no es volver a la hipótesis de las dos fuentes, tal como prevalece entre las críticas protestantes, porque este sistema lleva consigo la negación de la autenticidad del primer Evangelio, en lo que va contra la tradición.

Queda todavía por averiguar las fuentes históricas de San Lucas en aquellos puntos que le son propios. Como el evangelista decía en su prólogo haber conocido y tratado muchos de los testigos oculares de la vida del Señor y según ellos escribir su historia, a ellos es preciso recurrir: a la Virgen María, de quien dice dos veces que "conservaba aquellos sucesos en su corazón"; a las otras mujeres que menciona en su Evangelio; a los discípulos y Apóstoles, con quienes en Jerusalén, en Antioquía, etc., tuvo ocasión de tratar y a quienes le llevaba a preguntar el mismo interés que dice había puesto desde mucho tiempo hacía por informarse de las "cosas cumplidas entre nosotros". El estilo semítico, que en estas partes se nota, no es debido a ningún documento arameo, que él haya traducido, sino al arte de San Lucas, que quiso y supo escribir su Evangelio imitando el estilo bíblico, que había aprendido leyendo la Biblia griega de los Setenta.

Y este punto lleva consigo otro, el del lenguaje de San Lucas. Hay en el tercer evangelista argumentos que prueban ser un escritor correcto, conocedor de la lengua griega como ninguno de los evangelistas, y hay abundancia de semitismos, mayor que en el mismo San Marcos. La mezcla de estos dos caracteres no permite afirmar la existencia de un original arameo, que San Lucas hubiese traducido en griego. La explicación más razonable es que San Lucas juntaba a una cultura griega más que regular y a un gusto exquisito para escribir la historia, una familiaridad grande con la Biblia griega, y que, puesto a escribir la historia evangélica no quiso hacerlo según el estilo de los griegos sino imitando el estilo bíblico. Los semitismos, pues, que hay en

San Lucas no vienen de un texto semítico, sino de la tradición evangélica y de la cultura bíblica del evangelista.

El valor histórico de San Lucas es el punto más importante. La crítica independiente ha querido, después de descartar a San Juan, reducir los Sinópticos a sólo San Marcos, para anular mejor su valor histórico. El de San Lucas depende de dos cosas: de las fuentes que utilizó y de la diligencia y juicio en usarlas. Las fuentes ya las hemos dicho y el evangelista las menciona en su prólogo, diciendo que eran testigos oculares, de los cuales él había puesto todo su cuidado en averiguar la historia evangélica. Pero esos críticos liberales pretenden que San Lucas, artista de la pluma, y, como griego, hábil en contar fábulas, vino a hermosear con nuevos elementos imaginarios los muchos que la historia auténtica de Jesús había ya recibido de los predicadores y escritores galileos. El padre Lagrange distingue tales asertos, mostrando primero la seriedad y competencia de San Lucas como historiador y comparándola luego con los otros para mostrar su fidelidad a la tradición apostólica y que no existe en él el prurito de embellecer la historia del Señor con elementos imaginativos.

El comentario que sigue está basado en el texto griego, el cual analiza filológica e históricamente para precisar el sentido del evangelista. Desde este punto de vista es el mejor comentario que se ha escrito, a lo menos entre los católicos, y necesario para quien desee conocer a fondo el tercer Evangelio. El mismo autor lo expresa en el prólogo y con verdadero sentimiento de tener que limitarse a esta parte del texto sagrado. "Tenemos conciencia —dice— de ofrecer al lector un comentario más literario que teológico. Sin olvidar jamás el carácter sagrado de un libro del cual es Dios el autor, hemos proseguido, tanto como hemos podido, el estudio del estilo y el humilde sentido gramatical de las frases y aun de las palabras, con el intento de comprender todo el trabajo humano de San Lucas. Nada nos sería más lisonjero y grato que ver un teólogo conceder algún crédito a nuestro estudio y servirse de él para penetrar más adentro en la inteligencia de la palabra de Dios. *Non omnia possumus omnes.*"

Sobre el mismo evangelista San Lucas tenemos a la vista un libro de S. C. Carpenter (1). Es una serie de artículos reunidos, algunos de los cuales, según dice el autor, habían sido temas de sermones predicados en una iglesia protestante de Cambridge. El título general, *Cristianismo según San Lucas*, se halla dividido en tres partes, en las cuales distribuye los diez y seis capítulos de que consta la obra. De los temas tratados, unos hay de carácter propiamente teológico; otros, de carácter histórico o literario. En las ideas teológicas hay casos dignos de nota, v. gr. el capítulo primero, sobre la Iglesia y los evangelistas, trata de las relaciones que existen entre la una y los otros. La Biblia es la expresión de la fe de la Iglesia, es posterior a ésta y no se puede concebir sino dependiendo de ella. No se convierten las almas, y se las agrega al cuerpo de la Iglesia con multiplicar las Biblias, ni es éste el método que

(1) *Christianity according to S. Luke*, by S. C. CARPENTER, B. D. London. Society for promoting Christian knowledge. New York. The Macmillan Company. 1919. Págs. xii, 239.

los Apóstoles siguieron. Sobre la natividad del Señor, narrada por San Lucas, tiene observaciones atinadas, como es la de que la fe en el misterio de la concepción sobrenatural no depende sólo del testimonio de San Lucas, antes está ligado al misterio mismo de la Encarnación (caps. XI-XII). No nos parece tan claro cuando trata de la conciencia que Nuestro Señor tenía de su Divinidad. Parece querer deducir el autor la imposibilidad de una perfecta conciencia por parte del alma de Jesucristo de la imposibilidad de comprender la esencia divina (cap. IV). No sé si me equivocaré al decir que los teólogos protestantes, aun los más ortodoxos, con su aplicación a la Biblia, estudiada, sobre todo, como hoy suele hacerse, con un criterio literario e histórico más que teológico, suelen quedar con ideas muy vagas sobre los altos misterios de la fe.

Acerca de las fuentes del Evangelio, sostiene nuestro autor las hipótesis corrientes entre los críticos sobre la prioridad de San Marcos, utilizado por San Lucas y San Mateo. Por lo demás, mantiene su historicidad. En resumen, no es un libro de un especialista ni para especialistas, es una obra que pretende divulgar y promover entre los protestantes el conocimiento del Cristianismo, y que podrá ser de utilidad entre aquellos a quienes va dirigido.

Con ser más pequeño el volumen, hemos leído con más gusto y provecho el estudio de N. P. Williams sobre la *primera mañana de Pascua*, publicado en la colección BIBLICAL STUDIES (1). Su objeto es reducir a un cuadro armónico los cuatro relatos evangélicos que, como todos saben, ofrecen no pocas dificultades.

Veamos el plan de esta armonía:

Primero busca establecerla entre San Marcos y San Lucas; las mujeres se dirigen muy de mañana al sepulcro, llevando ungüentos para ungir el cuerpo del Señor; las viene al pensamiento el obstáculo de la piedra, pero no desisten. Al llegar, notan admiradas que está abierta la cámara sepulcral; penetran dentro y quedan consternadas ante una visión de los ángeles, los cuales las dicen que el muerto ha resucitado, "añadiendo para los discípulos el mandato de ir a Galilea a encontrarle; es posible que hubiera aquí una referencia a la predicción de la Pasión pronunciada en Galilea". Las mujeres, ya sobreexcitadas por los sucesos de la Pasión, lo quedan más todavía con esta visión y esta nueva, y no saben darse cuenta de lo que las ocurre. Se alejan del sepulcro, pero sin atreverse a dar a nadie parte de lo sucedido, hasta que ya, un tanto repuestas, lo comunican a los Apóstoles, algunos de los cuales van a visitar el sepulcro, que hallan vacío. Los sucesos se desarrollan en un orden lógico y natural, que parece corresponder al orden histórico.

La concordia de éstos con el relato de San Marcos sería como sigue: Los soldados puestos el viernes por los sacerdotes continuaban en su puesto, sin que nada especial hubiera ocurrido en la noche del sábado al domingo. Hacia la aurora, un terremoto les viene a sorprender, el cual remueve la piedra que cubre el sepulcro, y una aparición sobrenatural contribuye a aumentar el te-

(1) *The First Easter Morning*. A suggester harmony of the Gosiel narratives by N. P. WILLIAM Fillon of Exeter College etc. London. Society for promoting Christian Knowledge. New York. The Macmillan Company, 1920. Pág. 91.

rror de los soldados, que huyen a la ciudad a dar parte a los sacerdotes de lo sucedido. Ya día claro, vienen las mujeres, ignorantes de la guardia de los soldados y sólo preocupadas con el obstáculo de la piedra; sin ser molestadas se acercan, ven con admiración que el sepulcro está abierto, entran y con mayor maravilla advierten que está vacío, y ven también la visión angélica, que les da cuenta de lo ocurrido. Desoladas se alejan del sepulcro, cuando la aparición del Señor las viene a detener y a calmar; el Salvador les renueva el encargo del ángel sobre la cita en Galilea.

Nos queda el punto más difícil, la armonización de los Sinópticos con San Juan. Para lograrla enuncia un hecho psicológico sobre la memoria de ancianos, como lo era San Juan al escribir el Evangelio; esta ley es que los ancianos retienen los hechos aislados, pero no suelen acertar a ligarlos unos con otros. Pues bien, esta ley tendría su aplicación en San Juan, que escribía su Evangelio no según los documentos escritos sino según sus recuerdos personales. El nos cuenta detalladamente la visita suya y de San Pedro al sepulcro, y la aparición de los ángeles y del Salvador a María Magdalena; en cambio no menciona la aparición a las otras mujeres. La explicación propuesta es como sigue: Al huir las mujeres del sepulcro, María se separó de sus compañeras dirigiéndose a la morada de Pedro y Juan; con esto no vió al Señor resucitado ni pudo dar a los Apóstoles otra nueva que la del sepulcro vacío; éstos se encaminan al sepulcro y María los sigue y se queda allí, y es agraciada con la doble visión de los ángeles y del Señor.

En cuestiones de este género es difícil dar una solución que no presente puntos débiles. Indudablemente que, para resolver este problema y lograr la armonía de los Evangelios, es preciso, algunas veces, dejar a un lado el sentido estricto de las palabras evangélicas para concordarlas con otras; pero ¿dónde se debe hacer esto? ¿Cómo se las debe interpretar? Los principios están puestos ya por San Agustín, pero la aplicación presenta siempre materia de objeciones. Lo que principalmente notamos en el estudio de Williams es el modo poco correcto con que nos parece habla de la inspiración y del estado psicológico de las mujeres, sobre todo en la percepción de las visiones angélicas.

El padre Juan Rovira, profesor en el Colegio Máximo de San Ignacio de Sarriá, ha publicado un largo discurso latino de apertura de curso titulado *De opere messianico* (1). El plan nos lo expone el autor en su proemio: "De Messia deque ejus opere agendum est, ac primo quidem de ratione ac fine missionis Messianicae deque primis promissionibus redemptionis: secundo de populo Messiae: tertio de ipsa persona Messiae deque nominibus ejus: quarto de ejus opere, id est, de regni messianici descriptione: quinto demum; de opere Messiae quatenus ab ipso Messiae procedit, id est, de regni messianici constitutione ac fundatione, de ejus propagatione, ac denique de ipsius consummatione imperfecta in terris, perfecta in caelis" (pág. 5).

El plan, como se ve, es amplio; abarca todo cuanto del argumento se puede

(1) *De Opere Messianico*. Oratio habita in Collegio Maximo Sarrianensi S. Ignatii Societatis Jesus a R. P. JOANNE ROVIRA, S. J. in solemnibus studiorum esordio 1919-1920. Barcinone, 1920. Págs. 152.

decir; la erudición bíblica es abundante; dudo que ningún texto escriturístico referente a su argumento se le haya escapado al autor. La doctrina teológica, con que argumento tal está desarrollado es sólida y copiosa, y el latín, suelto, correcto, sin afectación. Un teólogo escolástico no tendría *pero* alguno que ponerle. Pero un exégeta encontraría varios. Precisamente el encadenamiento de las ideas no es el que tiene en la Escritura, sino el de la Teología. Y esto es un defecto, si no para conocer la verdad divina *en sí*, para darse cuenta de su desenvolvimiento histórico. La exégesis de los textos es a veces poco exacta o típica, no literal, como debía de ser en una obra científica. Allá van algunos ejemplos: "Certe de matre Messiae aliquando fit mentio in sacri litteri V. T. Est enim illa mulier, quae cum maligno serpente perpetuos et impiacabiles habet inimicitias (*Gen.*, 3-15), est illa parturiens, quae pariet. (*Mich.*, 5,3; 5, 2), est mysteriosa illa, quae circundabit virum (*Jer.*, 31, 22), est illa virgo concipiens et pariens filium Emmanuel (*Is.*, 7, "14" (págs. 18 sigs.)). Es cosa clara que en el texto del Génesis la Madre del Mesías se halla contenida sólo en un sentido consecuente o deducido por razonamiento teológico; el texto de Jeremías tiene en latín un sentido tan misterioso, que los expositores se fatigan en vano por aplicarle razonablemente, y el griego tiene un texto del todo distinto. El padre Condamin, en su reciente comentario sobre Jeremías, traduce: *la mujer se volverá al marido*; expresión metafórica que expresa la conversión de Israel a Dios en los días del Mesías. El pasaje es mesiánico, pero no habla ni de la persona del Mesías, ni menos de su Madre.

En la misma página hallamos otro texto, que se nos antoja mal explicado: "Nam minus recte dixi ego in V. T. libris nullum reperiri textum, qui de patre Messiae loquatur. Habemus profecto hac de re textum clarissimum in Ps. 2.º, v. 6: Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Quid his verbis clarius desiderari potest? Continent enim decretum Jahve; in decretis enim claritas et proprietates verborum attendi solet. In hoc decreto Jahvè Messiam filium suum vocat: Filius meus es tu; Filium vero non adoptione alicui, sed vera generatione, et sic addit: Ego hodie genui te, ideoque ei ut Filio promittit haereditatem: Postula a me et dabo tibi gentes haereditatem tuam et possessionem tuam terminos terrae. Est ergo Messias et filius hominis et filius Dei. Hemos copiado todo el pasaje para mostrar la exégesis del autor, que siendo, sin duda, teólogo de profesión, interpretaría las palabras de un cántico heroico, cual es el salmo segundo, como interpretaría las palabras de un Concilio. "In decretis autem claritas et proprietates attendi solet." Y siguiendo este principio en la exposición del autor habrá que decir que el Mesías es Hijo de Dios *por un decreto del Padre* y que obtuvo del mismo *con sus súplicas* el señorío de los hombres.

Entre los nombres del Mesías pone el de *Brazo del Señor*. Con perdón del autor y de fray Luis de León, que tan hermosamente explica este punto en los *Nombres de Cristo*, en los nombres citados, *Brazo del Señor* es el poder del Señor, que se manifestará en la salud mesiánica; pero no es precisamente el Mesías, por más que éste sea el ejecutor de esta salud de Dios (pág. 21). Por lo común nuestro autor lee los textos en la *Vulgata*;

las graves dudas y discusiones que existen sobre la lectura e interpretación de muchos textos ni los cita ni siquiera nos los hace suponer conocidos. Por esto decíamos que su obra es buena como obra de conjunto teológico; pero no corresponde a los métodos de la exégesis y de la teología histórica.

En la colección BIBLISCHE STUDIEN publicó, ya en fecha atrasada, 1916, un trabajo sobre la autenticidad de la segunda epístola a los Tesalonicenses el doctor José Wrzol (1). Esta epístola paulina fué en el siglo pasado y en los primeros años del corriente duramente impugnada por los críticos alemanes: hoy ya es defendida comúnmente como obra de San Pablo. En este sentido casi puede decirse que el doctor Wrzol defiende una causa ya ganada. Su trabajo consta de dos partes: la primera trata la historia de la impugnación y las razones en que ésta se apoyaba, la segunda responde a las dificultades y demuestra la verdad de la tesis tradicional que atribuye a San Pablo la segunda como la primera epístola.

La primera razón de los críticos estaba sacada de la escatología de una y otra epístola. En la primera (V, 1-11) el Apóstol exhorta a la vigilancia, fundado en incertidumbre del día del Señor, que vendrá como ladrón; en la segunda (II, 1-12) más bien exhorta el autor a no inquietarse, porque el día del Señor no está tan cercano y debe ir precedido de ciertas señales. La lectura atenta de las dos epístolas nos intriga sobre el estado de la iglesia de Tesalónica y nos explica bien claramente la razón de este al parecer contradictorio modo de hablar, sin que sea preciso acudir a diversos autores. La mención de una carta enviada a los de Tesalónica en nombre del Apóstol (II Tes., 2-2) y la contraseña que el mismo Apóstol da para autenticar sus cartas (3, 17), serían, a juicio de los críticos, los más graves argumentos de que la dicha epístola no era de San Pablo. Cualquiera puede ver que si esto pudiera hacerlo un falsario para dar apariencias de sinceridad, también lo pudiera hacer el mismo Apóstol, obligado por una necesidad verdadera. Otra dificultad sería el carácter impersonal de la Epístola, que contrasta con la intimidad afectuosa y verdaderamente paternal de la primera.

Estudiada con los datos de los *Hechos* y de las epístolas la formación y las vicisitudes por que pasó la comunidad de Tesalónica, analiza luego cada uno de los argumentos que a la autenticidad se oponen y explica los argumentos positivos internos y externos que abogan por la misma. Es un estudio este del doctor Wrzol docto, ordenado y sólido del problema, que se había propuesto estudiar.

En la colección BIBLICAL STUDIES, H. L. Goudge ha publicado tres conferencias sobre la epístola a los efesios (2). Las conferencias habían sido

(1) *Die Echtheit des Zweiten Thessaloherbreefes*, untersucht von Dr. JOSEF WRZOL, Religionslehrer in Freistadt (Osterr. Schlesien). Herder Friburgo in Br. 1916. Págs. XII, 152.

(2) *Three Lectures on the Epistle to the Ephesians*, by H. L. GOUDGE D. D. London, Society for promoting Christian Knowledge. New York. The Macmillan Company, 1920. Pág. 84.

primero leídas al clero protestante de la diócesis de Wakefield. En ellas expone la doctrina de la epístola con frecuentes digresiones sacadas de la misma epístola que resultan instructivas para conocer las preocupaciones y la mentalidad teológica y religiosa de los protestantes. ¿Cómo se ha de enseñar al pueblo inglés la paternidad divina, cómo la continuidad entre la Iglesia del Antiguo y la del Nuevo Testamento, cómo la divinidad de Jesucristo? Pues poniendo de relieve los hechos históricos, las experiencias en las cuales esas verdades toman cuerpo. Las altas especulaciones no entran en el ánimo del pueblo, que percibe mejor los hechos concretos y está más dispuesto para percibir en ellos las verdades altas de la fe. Pero sobre la Iglesia y su necesidad para alcanzar la salud no conviene insistir mucho; podrían pensar que abogamos por la influencia del clero. Y luego las grandes divisiones que existen en la Iglesia de Dios y las relaciones de la iglesia anglicana con el Estado son un obstáculo que impide la inteligencia de aquellas altas verdades que San Pablo enseña en su epístola. Confesiones éstas que muestran el estado del protestantismo en la actualidad.

El padre Vosté, que antes publicó un comentario sobre las epístolas a los tesalonicenses, acaba de dar a luz otro sobre la epístola a los efesios con el mismo método y principios que el primero. La obra comprende dos partes: la introducción y el comentario. Todos los puntos de la Introducción están tratados con singular erudición, orden y exactitud. Pero hay en la introducción a esta epístola algunos puntos que merecen especial atención. Y es el primero el que toca a los destinatarios. La sentencia, que pudiéramos llamar tradicional, implica una grave dificultad, y es el carácter tan impersonal, la ausencia de los saludos en su epístola dirigida a una Iglesia fundada por el mismo Apóstol. Para resolverla el padre Vosté se inclina al parecer de los que la consideran dirigida a los laodiceenses. He aquí su argumentación: La atribución a los efesios se basa en las palabras de la epístola *sanctis, qui sunt Ephesi, et fidelibus*, etc. Ahora bien: *Efeso* falta: a), en varios códices griegos, entre ellos el Vaticano y el Sinaitico; b), Orígenes y San Basilio no leían en sus textos el nombre de la ciudad; c), igualmente San Jerónimo leía de dos modos: con o sin Efeso; d), lo mismo puede deducirse del modo de hablar y del silencio de otros padres y escritores griegos y latinos. A estos argumentos extrínsecos se añaden los intrínsecos: a), la ausencia de toda alusión a la Iglesia de Efeso, que San Pablo había fundado y donde había predicado tres años, debiendo conocer mucha gente; b), la multitud de expresiones que parecen indicar una Iglesia no evangelizada por él, ni conocida más que por relaciones de otros. Estos argumentos militan contra la atribución de la epístola a los efesios; pero ¿a quién se debe decir escrita? A los laodiceenses. Así lo piden, primero el testimonio de Marciano, que, aunque hereje y corruptor de las epístolas, en este punto parece que era digno de fe: luego la frecuente mención de los laodiceenses en la epístola a los de Colosas. ¿Qué motivos habrán existido para cambiar el nombre de los destinatarios de la epístola? El decaimiento religioso de la Iglesia de Laodicea, la represión que sufre en el Apocalipsis y la proximidad e importancia de la metrópoli del Asia, Efeso. Tal

es, en síntesis, la tesis de muchos expositores modernos, católicos y protestantes, que el padre Vosté abraza con resolución.

La doctrina de esta epístola es la de nuestra incorporación con Cristo y la naturaleza de la Iglesia como una expresión de la gracia capital de Jesucristo, y ésta expone sintética y ordenadamente en el párrafo V de su introducción.

El problema de la autenticidad, suscitado y resuelto en sentido negativo por muchos críticos protestantes, a causa de la semejanza que tiene con la epístola a los colosenses, de la cual sería una ampliación, ha cambiado bastante, sobre todo entre los críticos ingleses, que abogan por el origen paulino de nuestra epístola. El padre Vosté no tiene dificultad en probar la tesis tradicional católica con los testimonios de la antigüedad y con la semejanza de doctrina, lenguaje y estilo de esta epístola con las demás epístolas de San Pablo.

Su comentario se ajusta enteramente al de las epístolas a los tesalonicenses. En lo alto de la página pone el texto griego y latino; sigue el comentario basado sobre el texto griego, pero con referencia constante al latino. El comentario comienza por el análisis filológico de las palabras, que ejecuta con gran cuidado; pasa luego al sentido más hondo de las palabras sagradas con ayuda de todos los elementos de interpretación: la Biblia, los padres que expusieron esta carta y los intérpretes posteriores, antiguos y modernos, católicos y protestantes, de todos los cuales procura sacar provecho para la inteligencia del texto inspirado.

Varios apéndices completan la obra. Es el primero sobre las palabras de la epístola II, 3: *et eramus natura filii irae*, que suele aducirse para probar el pecado original y que el padre Vosté, con los mejores expositores, demuestra se refieren a la condición de los judíos por su inobservancia de la ley divina; el segundo discute y explica el otro texto, V, 32: *sacramentum hoc magnum est, etc.*, con el que muchos teólogos entienden probar que es Sacramento el matrimonio, cuando el intento manifiesto del Apóstol, según reconoce la tradición antigua y los exégetas modernos, es poner de relieve el amor de Cristo por la Iglesia. Finalmente, en el apéndice tercero el padre Vosté quiso romper lanzas en la contienda sostenida estos años pasados sobre el origen jeronimiano de la versión latina de San Pablo. Después de un largo análisis y confrontación de textos, el padre Vosté se inclina resueltamente por la síntesis tradicional: San Jerónimo corrigió las epístolas luego de los Evangelios, pero ligeramente, luego en sus comentarios defendió sus correcciones anteriores y las completó.

Es el Apocalipsis el libro de los siete sellos y el que más excita la curiosidad de los mortales, deseosos de conocer los misterios del futuro. Dos comentarios tenemos a la vista sobre este libro: uno católico y otro protestante, aunque ambos convienen en el método de interpretación y se acercan mucho en las conclusiones.

Las dificultades del Apocalipsis proceden de su carácter literario totalmente distinto de los otros libros canónicos del Nuevo Testamento, aunque algo parecido a algunos libros y trozos de la literatura canónica del Antiguo,

y, sobre todo, a una buena parte de la literatura apócrifa del judaísmo. El que sin un serio conocimiento de esta literatura llamada *apocalíptica* tome el libro y se ponga a explicarlo, necesariamente tiene que tropezar con graves dificultades, y más todavía si espera hallar en él la revelación de aquellas cosas que el Señor dijo haberse reservado el Padre celestial, sin duda porque sabía que no nos eran necesarias para nuestra santificación. La exposición del Apocalipsis ha ganado mucho con la aplicación del método histórico y con la confrontación de este libro y de los otros escritos similares. Por esto la primera cosa que se nota al tomar en la mano los antes citados comentarios es la importancia que sus autores conceden a la introducción especial, que viene a ocupar la mitad o más de la mitad de la obra. Empecemos por el comentario católico, que es el del padre B. Allo, O. P., profesor de la Universidad de Friburgo (1).

La introducción, que ocupa 268 páginas, estudia en otras tantas capítulos el ambiente religioso en que nació el Apocalipsis y el fin de este libro, los caracteres personales del autor y su teología, los destinatarios del Apocalipsis, la forma apocalíptica del mensaje de San Juan, los materiales simbólicos del Apocalipsis y el origen de éstos, las mutuas relaciones de los símbolos en el Apocalipsis, el procedimiento literario del mismo, su contenido y plan, su comparación con los demás libros del Nuevo Testamento desde el punto de vista escatológico, el lenguaje del Apocalipsis, su unidad, la autenticidad de las visiones que contiene, su autor, sus comentadores y su texto. El padre Allo, que desde hace años viene publicando artículos sobre el Apocalipsis, ha estudiado profundamente cuanto al argumento se refiere, el libro sagrado, los comentadores y cuanto a la inteligencia del libro puede servir. Por este capítulo puede decirse que la obra no deja nada que desear. Sólo se nos antoja que el estilo es demasiado difuso, de donde nace un tanto de obscuridad y dificultad a veces en precisar el pensamiento del autor. Notemos algunos puntos de los más importantes que contiene la introducción.

El Apocalipsis fué concebido en el Asia Menor, en los últimos años del siglo I, cuando la fe se había difundido por todos los países mediterráneos, y los fieles, declarados enemigos del género humano por Nerón y perseguidos más sistemáticamente por Domiciano, esperaban con ansiedad la gloriosa aparición del Señor, que los redimiese de tantas persecuciones y les diese el triunfo definitivo. La forma apocalíptica que adopta el mensaje de San Juan tiene cierto parecido con la antigua profecía, pero también se diferencia de ella. "La profecía pertenece esencialmente al género oratorio, aunque en algún caso excepcional haya sido comunicada por escrito. Cuando Isaías busca apartar a Judá de la alianza egipcia, o anuncia que Senaquerib no entrará en Jerusalén..., todos estos hombres de acción miran a obtener un objetivo inmediato para bien de su pueblo. Y aun cuando su inspiración los traslade totalmente al porvenir, ellos hablan de él para obrar

(1) *L'Apocalypse*, par le P. B. ALLO, des Frères Prêcheurs, prof. à l'Université de Fribourg (Suisse). Paris, J. Gabalda, Págs. CCLXVIII, 373, en 4.º

primero prácticamente sobre sus contemporáneos. Todas las profecías mesiánicas y aun las escapadas que tienen las videntes sobre el fin de las cosas y sobre el otro mundo, tienen por ocasión circunstancias históricas determinadas, alguna obra religiosa o moral que es preciso emprender en el acto, alguna situación crítica a la que es necesario poner remedio."

Muy otra es la impresión que nos producen los más conocidos Apocalipsis apócrifos. Se diría que están destinados a satisfacer la curiosidad de algunos más que de llevar las almas a Dios, porque sin omitir alguna predicción particular, trasladan su lectura al fin de los tiempos, sobre el cual no pueden pretender influencia alguna. Ni es siquiera el fin de la humanidad el que les interesa muchas veces, cuanto el fin del mundo físico. Por esto ellos son pseudónimos y pretenden una antigüedad que no tienen (págs. xxi y sigts.).

El Apocalipsis de San Juan tiene ciertamente muchos puntos de contacto con los principales escritos del género apócrifo; v. gr., como ellos se compone de visiones, con partes descriptivas y otras proféticas; su estilo es figurado y misterioso y emplea en buena parte los lugares comunes de la apocalíptica judía; salvo las cartas del principio, todo él se refiere a la escatología y opone al siglo presente el futuro. Pero a estas semejanzas hay que añadir las diferencias; porque, en primer lugar, no es pseudónimo y, por tanto, el Apocalipsis es un libro de grande actualidad; su unidad de doctrina es perfecta; las imágenes, tomadas de otros libros, llevan impreso el sello personal del autor, que no se ocupa jamás de cosas inútiles, sino de anunciar la buena nueva, el triunfo definitivo de Cristo y de sus fieles, teniendo siempre presentes las palabras del Señor: *Confiad, que yo he vencido al mundo* (págs. xxv y sigts.).

Las imágenes en que tanto abunda el Apocalipsis pertenecen al estilo del libro, son maneras de hablar en las cuales no se debe buscar un significado distinto para cada detalle, sino mirarlas en un conjunto como las parábolas. En esta cuenta entra la división en períodos, la sucesión de las visiones, las cuales no se deben tomar ni por tiempos cronológicamente distintos, ni por expresiones de realidades nuevas, sino por nuevos aspectos de una misma realidad (pág. xxx).

El origen de estas imágenes es vario. O bien están tomadas del Antiguo Testamento, o bien de la literatura apócrifa, o de las leyendas corrientes en el pueblo, y entre unas y otras algunas puede haber que pertenezcan al fondo común de la mitología semítica, aunque ya hubiera perdido su naturaleza mitológica y pasaran sólo por figuras retóricas. Pero en cualquier caso el conocer su naturaleza y origen ayuda mucho para penetrar su significado. Pero se debe notar que como la misma realidad puede expresarse con diversos símbolos, así el mismo símbolo puede representar varias realidades. Es preciso, pues, estudiarle en su contexto para definir bien su significado (págs. lix y sigts.).

Cuanto al procedimiento literario empleado en la composición del libro, varias cosas se deben notar primero de todo, el empleo frecuente de ciertos números, *tres, cuatro, siete, doce* y los múltiplos de éstos; luego lo que el autor

llama *ley de inclusión* (*loi de l'emboîtement*), en virtud de la cual las visiones están ligadas unas a otras y más bien incluídas unas en otras, y se van poco a poco desenvolviendo; v. gr., la visión de los *dos testigos* (XI) contiene ya la *bestia que sube del mar* (XII); la caída de Babilonia (XVI-XIX) está anunciada en XIV, 8; las siete copas, que significan el castigo del mundo (XV-XVI), se hallan aludidas en XIV, 10; la copa sexta (XVI, 12-16) tiene por resultado reunir los reyes de Oriente indicados ya en IX, 13-19; las bodas del Cordero, que forman el argumento de la postrera sección (XXI-XXII), se leen ya predichos (XIX, 7-9). Conexión con ésta tiene la otra ley que llama de las *ondulaciones*, en virtud de la cual una visión esquemática, que contiene toda la revelación intentada, se va explicando en divisiones más amplias, idénticas a la primera por su fondo, pero que van dando más precisión y claridad. Otra ley es la de la *antítesis*, que muestra siempre el perpetuo antagonismo entre las *dos ciudades*, que diría San Agustín. Esta *antítesis* resulta sobre todo con cierta regularidad periódica, como al fin de las visiones preparatorias y a cada *sexto* momento de los septenarios (LXVIII y sigts.).

Todo esto tiene estrecha relación con el plan del Apocalipsis que el padre Allo analiza en las págs. LXXXV y sigts. La división general es fácil de notar: 1.º, I, 1-8, es el prólogo de la obra; 2.º, I, 9; III, 22, contiene las siete epístolas a la Iglesia de Asia; 3.º, IV, XXI, 8, forma la parte principal de la obra; 4.º, XXI, 9; XXII, 5, la parte tercera, y 5.º, XXII, 6-21, la conclusión de todo el libro. La dificultad está en mostrar la conexión que existe entre las varias secciones de la parte principal, pues esto está ligado a la exposición misma del libro. Los capítulos IV-V constituyen una visión introductoria: VI-XI, 18 contienen una primera sección y es la ejecución de los decretos divinos relativos al conjunto del mundo. En el principio el caballero triunfador representa las victorias del Evangelio, siguen los azotes que Dios envía al mundo y termina describiéndonos la ciudad de Jerusalén, figura del mundo, donde luchan los dos testigos que figuran los fieles; en medio de la ciudad está el Templo, que simboliza la Iglesia, cuyos atrios exteriores son hollados por los gentiles y perseguidores, mientras en su atrio interior vive tranquila, porque contra ella nadie prevalecerá. Es este el cuadro general de la lucha del mundo contra la Iglesia durante todo el curso de su existencia y de la firmeza de ésta en medio de las persecuciones. La sección segunda (XI, 19; XX, 8) abarca la ejecución de los decretos divinos contenidos en el pequeño volumen que el profeta recibe para que de nuevo participe a las naciones y a los reyes (XI, 1). Comienza esta sección por el nacimiento de Cristo y su Ascensión, nos presenta la Iglesia y sus hijos que quedan en la tierra, el dragón que la persigue y las dos bestias, en las cuales se encarna el espíritu del dragón infernal. Son las fuerzas que entran en lucha, no precisamente en una lucha distinta de la pasada, sino en la misma presentada bajo un aspecto distinto; es la lucha con Roma, la gran prostituta, con sus emperadores; la gran bestia de varias cabezas, con dragón que a éstas da alientos contra la Iglesia (XI, 19; XIV, 20). Siguen la serie de las plagas con que Dios amenaza la ciudad enemiga.

hasta su ruina total, la derrota de las bestias y de su ejército, y, finalmente, la reclusión del dragón en el abismo por espacio de mil años (XV, 1; XX, 3). A continuación viene el reinado de Cristo y de sus mártires por espacio de mil años, y al cabo de los mil años el dragón, libre, reúne de nuevo sus huestes, Gog y Magog, y las lanza a las luchas contra la Ciudad de los Santos para ser deshechos por el seplo de Cristo, y el dragón sepultado en el lago de fuego, donde las dos bestias sufren día y noche por los siglos de los siglos (XX, 4-10).

El padre Allo lleva hasta el extremo su teoría de la *inclusión* de las *ondulaciones*, y quiere incluir el reino de los mil años, en que el diablo está encarcelado provisionalmente, la bestia y su profeta sumergidos en el lago de fuego, dentro de la época anterior de lucha. Es este un punto que no podemos admitir porque nos parece enteramente contrario al texto sagrado y a la concepción que del reino de Dios nos presentan los profetas. La diferencia entre éstos y los apocalípticos canónicos, cuyo coronamiento es San Juan, no excluye una unidad fundamental en el modo de concebir y representar el desarrollo del reino de Dios en la tierra. Unos y otros ven en el límite extremo del horizonte la aparición de Dios o de su Mesías, que vienen a poner fin a las iniquidades presentes, a establecer en el mundo el imperio de la justicia, de la paz y de todos los bienes. Este imperio lo representan de una manera ideal, como si entonces hubieran de cesar los males todos. Sabido es que tales expresiones no pueden tomarse como suenan, que es preciso distinguir entre la expresión y su significado real; pero siempre queda bien asentado que San Juan, heredero del espíritu y del oficio de los profetas, nos describe las luchas actuales y al fin de ellas la derrota de los enemigos de Cristo, y el reino de Cristo y de sus fieles, y que la paz que seguirá a la derrota no puede identificarse con la época de la lucha. Y así como la descripción de los profetas tuvo el principio de su cumplimiento en el nacimiento de Cristo, así el tiempo de lucha que el evangelista describe y la paz que a esta lucha sigue debe tener su principio en otro suceso culminante, en la victoria de Cristo sobre el Imperio pagano y en el reinado social de Jesucristo comenzado en Constantino. Desde esta fecha el diablo no está ciertamente encadenado de suerte que no turbe la paz de la Iglesia y de sus hijos; pero su acción no es la que antes ejercía, y en la vida de la Iglesia ha habido un cambio, que ningún historiador deja de sentir, y que era de especial interés para aliento de los que sufrían las persecuciones del Imperio. Por esto creemos que esta sección debe terminar con la reclusión del dragón, correspondiendo como lo anterior, históricamente, a los primeros siglos de luchas con el paganismo, y que el milenario corresponda a la época siguiente, de lucha ciertamente, pero de paz relativa, de mayor dominio social de la Iglesia en el mundo. De modo que si atendemos al modo como el autor ha concebido las cosas, la lucha que nos pinta es la que entonces afligía la Iglesia y la paz la misma que había de seguirse a la victoria sobre el actual enemigo. Ahora que si, dejando esa concepción del evangelista, miramos a la realidad íntima de las cosas, entonces esta diferencia desaparece, porque desde el principio

Cristo y sus mártires reinan no sólo en el cielo sino también en la tierra, y a su reino y a la paz, que lleva consigo, se junta siempre la lucha, y la bestia, vencida y muerta bajo una forma, reaparece bajo otra forma distinta. Pero esta segunda consideración teológica debe apoyarse en la precedente histórica, la cual busca explicar el texto tal como el autor lo concibió.

Otra cuestión de no pequeño interés es la que toca a la autenticidad de las visiones. En la literatura apocalíptica apócrifa las visiones son una parte esencial de su estilo, un modo de decir, un artificio literario. ¿Ocurre lo mismo en San Juan? El padre Allo está por la autenticidad y rectitud de esas visiones, aunque luego hayan sido ordenadas y escritas por el evangelista según un plan concebido ya con calma y sosiego por el mismo autor bajo la acción inspiradora de Dios, como es claro. La realidad de las visiones divinas, que el profeta atestigua desde el principio hasta el fin, no puede ponerse en duda por el arte que preside a la trama del libro, pues, aparte de que esta trama pudiera corresponder al desarrollo mismo de las visiones, la traza de las mismas en el libro concebida por el autor inspirado no cambiaría substancialmente la verdad de las visiones mismas. Cuanto a la erudición bíblica y apocalíptica del autor, se explicaría por las lecturas precedentes, las cuales habrían suministrado los materiales para las visiones, como se halla en los profetas antiguos y en los santos.

Las cuestiones de la autenticidad del libro son estudiadas con gran cuidado y erudición y resultan en sentido tradicional. Es instructivo el capítulo consagrado a la exégesis del libro. Sobre todo en aquella parte en que pone en claro los principios tradicionales que imperaron en la exégesis del Apocalipsis y que los principios, que no pocos tendrán hoy por tradicionales, no van más allá del siglo xv. Es Nicolás de Lira el primero que pretendió ver en el libro inspirado una profecía de la historia detallada de la Iglesia y del mundo hasta el fin de las cosas, que a cada visión asignó un período correspondiente, a cada símbolo un hecho o un personaje saliente de la historia. No hay que decir que cada autor lleva hasta su época la historia profética del Apocalipsi y así tiene que cambiar por necesidad la significación de sus partes a medida que corren los siglos y nuevos sucesos se producen. Semejante sistema de interpretación tiene sus raíces de una parte en la literatura apocalíptica judía y de otra, en la insana curiosidad de descubrir los misterios del porvenir y no allanarse a recibir la palabra del Señor: *De die autem et hora nemo scit nisi solus Pater*.

Los principios de exégesis del padre Allo son aquellos en que la tradición exegetica ortodoxa está conforme: 1.º "El Apocalipsis representa las últimas fases de la lucha contra el Bien y el Mal después de la Encarnación, terminando con el triunfo eterno de Cristo y de la Iglesia." 2.º "Al mismo tiempo es un libro de enseñanza espiritual, como los primeros padres y la mayor parte de los intérpretes católicos lo han mostrado con más o menos felicidad en muchos pasajes." 3.º "El Apocalipsis es un libro esencialmente escatológico... No es una historia en imágenes de las peripecias que atraviesa a la Iglesia en las diversas épocas; es más bien una filosofía de

la historia religiosa para todos los tiempos. San Juan ha predicho claramente el carácter y las fases de la lucha comenzada en su tiempo, la caída del Imperio pagano y la ruina de la Roma perseguidora, tipo de todo poder que después de ella se oponga a Cristo." 4.º "Para comprender la serie de las escenas apocalípticas no se debe desdenar demasiado la *teoría de la recapitulación* de Victoriano y de Ticonio, admitida por San Agustín." 5.º Finalmente, hay que conocer su parte de razón a los exégetas modernos que recurren a las historias de las religiones, de las leyendas, y a la astrología. Sus teorías pueden ser a veces útiles para explicar el origen de los símbolos materiales y la razón de su uso. Esto es lo más saliente de la introducción.

El plan del comentario es como sigue: Nos da el texto en griego, acompañado de una traducción francesa. El texto griego lleva un aparato muy completo de variantes y una discusión sobre las divisiones del texto y las teorías de los críticos modernos acerca de la composición del Apocalipsis. El comentario discute las variantes del texto para escoger las más autorizadas, el origen y el sentido material de los símbolos y luego su significado en el libro según la mente del autor. Los puntos más difíciles son tratados en *excursos* distintos del comentario. En esto hace alarde de gran erudición y de gran sagacidad; pero no sé si se extremará algún tanto en no observar las leyes de la parábola y alegorizar demasiado buscando hasta en los pequeños detalles un significado simbólico, que habría sido intentado por evangelista. Sería imposible descender a detalles en esta parte, ni el autor pretende en cosa tan difícil dar todas sus explicaciones por razones. En lo que toca a las líneas generales de su interpretación, como resulta de la aplicación de los principios antes mencionados, sólo una cosa no podemos aceptar y es la identificación del *millenium* con la época de la lucha. Creemos más bien que representa aquél una época de paz relativa, consiguiente a la victoria sobre el enemigo que entonces tenía el autor y sus lectores ante los ojos. Este segundo período llega hasta la última lucha, que apenas puede decirse que lo sea, pues los ejércitos enemigos serán destruidos en un instante por el fuego bajado del cielo. A esto seguirá el triunfo definitivo sobre el mal y la muerte con la resurrección.

Un profesor de New-York, I. T. Beckwith (1), ha publicado otro comentario sobre el mismo libro, que es digno de llamar nuestra atención, porque con pequeñas diferencias viene a confirmar los principios exegéticos del padre Allo y sus explicaciones. El autor ha dedicado la mayor parte de su obra a la introducción, la cual está bien concebida. Trata en ella de las esperanzas escatológicas a través de la historia bíblica, comenzando desde la época de los patriarcas hasta el Nuevo Testamento; sigue el estudio de la literatura apocalíptica, los tiempos de San Juan, su intento

(1) *The Apocalypse of John*, Studies in Introduction with a critical and exegetical commentary by ISON T. BECKWITH, Ph. D. D. formerly, prof. of interp. of the N. T. in Theological General Seminary, New York, and of Greek in Trinity College, Hartford, New York, The Macmillan Co. Págs. xv, 794, en 4.º

al escribir el libro, la unidad de éste, los caracteres literarios del mismo, el análisis del Apocalipsis, la diferencia entre el valor permanente y transitorio, su teología, la historia de su interpretación, la difusión del libro en los primeros siglos, su autor, un estudio especial sobre la bestia apocalíptica y el texto. Las ideas del autor tanto en lo que se refiere a la parte literaria e histórica como a la teológica y exegética es moderada y tradicional. Esto en general, pues no deja de haber puntos en que un autor católico tendría que señalar o la inexactitud de la expresión o la falsedad de la idea. Por ejemplo, exponiendo la escatología evangélica no tiene dificultad en admitir que el misterio de la Encarnación, que implica una general adaptación a las leyes de la vida humana, según la sentencia del Apóstol, que dice haber enviado Dios a su Hijo, *factum ex muliere, factum sub lege*, no sólo la mosaica sino la humana, entendiendo por tal todas las leyes a que la vida humana está sometida, lleva consigo también una limitación en la esfera del conocimiento. Sólo en el orden moral y espiritual se puede decir que su unidad con el Padre le preserva de todo error. Pero la perfección religiosa no implica la omnisciencia. El tiempo definitivo del reino de Dios era para El cosa cierta; pero el *cuándo* de este triunfo y las circunstancias históricas del mismo eran cosas que ni los ángeles ni el Hijo conocían; son el secreto del Padre (págs. 146 y sigts.). La eternidad del castigo reservado a los impíos es cosa demasiado dura, que los modernos teólogos buscan atenuar, y nuestro autor se une a ellos, y cree que no son sino expresiones enfáticas, que otros textos paralelos inducen a interpretar en sentido restringido (págs. 154 y sigts.).

¿Cuál es el fin de San Juan al escribir su libro? Porque, como todos los libros del Nuevo Testamento el Apocalipsis fué compuesto con fin inmediato, para satisfacer a necesidades del momento, las cuales determinan la primera significación del libro. La lucha a muerte en que el Cristianismo se vió comprometido con el Imperio, a fin del siglo I, y la necesidad de confortar los fieles constituyen las circunstancias de la aparición del Apocalipsis. Su autor se presenta a sí mismo, recibiendo de Dios las visiones. La visión es la forma literaria constante de los apocalípticos, de donde infieren algunos que tal debe ocurrir también en San Juan. Pero si nosotros aceptamos la realidad de tales visiones en los profetas antiguos, si las aceptamos en los apóstoles San Pedro y San Pablo, ¿por qué no en San Juan, cuyas palabras revelan una fortísima experiencia, que no podría explicarse sin la realidad de sus visiones? La dificultad que se opone del plan regular y del desarrollo erudito de la obra, se explica teniendo en cuenta que el profeta, mientras está en visión, no escribe, sino después que ésta ha pasado; entonces se esfuerza por haber inteligibles con los medios que tiene a la mano las altas realidades que superan la comprensión humana (págs. 214 y sigts.). Todavía podría añadir que la misma formación de las visiones lleva consigo de ordinario el empleo de los materiales almacenados en la imaginación.

La unidad del libro es mantenida por nuestro autor, pero de una manera armonizable con el libre uso de fuentes literarias, y aun con la construcción de párrafos enteros sobre la base de tales materiales. Las reminiscencias del Antiguo Testamento son más frecuentes que en los otros libros. Más de la mi-

tad de los versículos contienen alguna alusión, imagen, figura, expresión tomada del Antiguo Testamento. Especialmente es frecuente el uso de Daniel, y de las partes apocalípticas de Isaías, Ezequiel y Zacarías, y la misma literatura no canónica ha dejado sus huellas en el libro (pág. 221).

El plan del libro en el cual viene a resumirse su interpretación es en el fondo común con el del padre Allo, a lo menos en sus líneas generales. Dos puntos más salientes hemos notado en que difieren. El padre Allo se esfuerza por demostrar que la visión del templo y de los testigos representa la Iglesia, segura en su interior, mientras es hollado en el exterior por sus enemigos; los testigos serían los ministros de la misma Iglesia predicando al mundo la penitencia. Su duración corresponde a la vida toda de la Iglesia. Beckwith comienza por aplicar aquí sus principios sobre la unidad del libro y sobre el empleo de fuentes. La visión dicha sería judía en su primer origen, donde su autor representaría los fieles de Israel, tranquilos en medio de la persecución; los testigos serían la Ley y los Profetas, es decir, la revelación del Antiguo Testamento que predicán y la fidelidad a Dios. San Juan, tomando este trozo y adaptándolo a su obra, habría querido expresar el pueblo escogido de Dios, reservado para alcanzar la salud al fin de los tiempos; según las enseñanzas de San Pablo, los testigos no son otros que la Revelación por ellos recibida para conducirlos a Cristo. Al presente, el autor ve el pueblo arruinado y disperso; pero el Señor no faltará a sus promesas.

Sobre la cuestión de los mil años, la solución de nuestro autor difiere también algo de la del padre Allo. La literatura apocalíptica judía habla a veces de una realización parcial del reino de Dios en la tierra antes de su pleno cumplimiento en el cielo. Viene a ser esta idea como una puerta para unir la antigua representación profética del reino de Dios en la tierra y la concepción escatológica de su realización en el cielo. Pero no hay que pensar que nuestro evangelista fuese a entender esto en el sentido material, como se halla en ciertos documentos judaicos y cristianos; este reino de Cristo y de sus mártires por espacio de mil años, que no se deben entender a la letra, es una imagen para significar la dignidad de los mártires, que sostenían entonces con su vida la causa de la fe, y a quienes era preciso alentar para las batallas que los aguardaban. La entrada de los mártires en esta gloria sería la primera resurrección, que duraría hasta la universal y definitiva (págs. 535 y sigts.).

Beckwith, comparando el Apocalipsis con los antiguos profetas, distingue en él su valor histórico, que es la verdad profética, limitada a las circunstancias en que el autor hablaba, y como encerrada en la materia que estas circunstancias le suministraban, y luego esa misma verdad desprendida de esas circunstancias y aplicable a todos los tiempos, lo que constituye el valor perpetuo del libro inspirado. Esta distinción es muy fundada y es muy necesaria para la recta explicación de las profecías; pero tal vez el autor, al igual que muchos modernos, no insiste bastante en la naturaleza del conocimiento profético, que trasciende con mucho las contingencias de los hechos históricos y de las formas literarias en que se encarna, como que es una participación del conocimiento divino. Pero ya se comprende que quienes limitan el conoci-

miento de Jesucristo del modo que lo hace Beckwith, mucho más limitará el de los profetas.

El comentario está planeado casi como el del padre Allo, aunque omite totalmente el texto continuo. Ambas son obras de mucho estudio, de inspiración sólidamente científica y cristiana, salvo en algunos puntos, por lo que toca a Beckwith. El que desee estudiar a fondo estos misteriosos libros encontrará en ellos una grande ayuda y una guía segura, y comprenderá que, si el libro sagrado continúa siendo obscuro, lo es sólo en detalles secundarios. En sus líneas generales, en el espíritu que le anima, en aquella doctrina que el evangelista deseaba enseñar a sus fieles, los podemos hoy leer con fruto y con inteligencia.

FRAY ALBERTO COLUNGA, O. P.

Salamanca.

BOLETIN DE DERECHO CANONICO

A LA MEMORIA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XV

Justo es que comencemos el presente Boletín dedicando dos líneas siquiera al llorado Pontífice, que la muerte arrebató a la Iglesia cuando aún se esperaba tanto de aquella clara inteligencia e infatigable laboriosidad que distinguían a Benedicto XV, el cual murió santamente, ofreciendo su vida al Señor por la pacificación del mundo, a cuyo objeto había consagrado sus fatigas durante su tan breve cuanto glorioso pontificado.

En la terrible guerra que asoló a Europa se mostró verdadero Padre de todos los afligidos, y supo darse trazas de socorrerlos a todos y enjugar sus lágrimas, sin distinción de nacionalidad ni religión. Aunque no es nuestro objeto hacer un recuento de los hechos extraordinarios que tanto abundan en la historia de este Papa, todavía no nos resignamos a poner punto final sin transcribir antes algunas frases de personas tan autorizadas como son el eminentísimo cardenal Pompili, vicario general de la diócesis de Roma, y el insigne secretario de cartas latinas a los Príncipes, ilustrísimo y reverendísimo don Aurelio Galli.

El primero, en su alocución al pueblo romano comunicándole la infausta nueva de la muerte de Benedicto XV, se expresaba en estos términos: "El nombre de este Pontífice permanecerá siempre en la historia como símbolo de aquel celo, sabiduría y fortaleza incomparables que desplegó durante su glorioso pontificado, en promover por todos los medios que estaban a su alcance los supremos intereses de la Iglesia y de su inagotable caridad, que no omitió cosa alguna que pudiera contribuir a mitigar las penas de los pueblos castigados con el terrible azote de la guerra."

El segundo dice así en el elogio fúnebre que se le pondrá de epitafio: "*Quoniam orbem terrarum invenit maximo post hominem memoriam bello fragrantem, viscera induens caritatis Christi ad tantam calamitatem minuendam totus incubuit pacem belligerantibus suadere paterno studio insistit, nihilque reliqui fecit quod ad reconciliandos inter se populos pertineret. Interea mirifice alacer ad suscipienda quaecumque miseriae omne genus bello natas mitigarent, incredibilem egenis ex quavis natione liberalitatem praestitit, praecipueque in populis ad inopiam redactis, parvulos innumerabiles fame enectos mise-*

ratus, ipse eis largissime subvenire et communem largitatem implorare non cessavit."

Tiene también Benedicto XV una nota particular que lo hace acreedor al eterno agradecimiento de todos los amantes del derecho, y que es también el motivo principal por que hemos creído un deber dedicarle estas breves líneas. Esta nota, sobremanera simpática y que bastaría por sí sola para inmortalizarle, fué la promulgación del Código de Derecho Canónico, que había sido comenzado bajo los felices auspicios de Pío X.

Cumplido este gratísimo deber para con el difunto Pontífice, damos la más cordial y entusiasta enhorabuena a su dignísimo sucesor Pío XI, antes cardenal Ratti y arzobispo de Milán, al cual deseamos un tan largo como glorioso pontificado para bien de la Iglesia y de la humanidad entera; y dirigimos al Cielo la súplica que todas las semanas se repite por él en los conventos dominicanos: "Dominus conservet eum et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in manibus inimicorum eius."

I

COMMISSIO PONTIFICIA DE RE BIBLICA

DECLARATIO

De additione variarum lectionum in editionibus versionis Vulgatae Novi et Veteris Testamenti

In Praefatione ad Lectorem editionis Clementinae versionis Vulgatae Sacrarum Scripturarum legitur:

"Porro in hac editione nihil non canonicum... nullae ad marginem concordantiae (quae posthac inibi apponi non prohibentur) nullae notae, nullae variae lectiones, nullae denique praefationes... Sed sicut Apostolica Sedes industriam eorum non damnat, qui concordantias locorum, varias lectiones, praefationes S. Hieronymi et alia id genus in aliis editionibus inseruerunt; ita quoque non prohibet, quin, alio genere characteris in hac ipsa Vaticana editione eiusmodi adiumenta pro studiosorum commoditate atque utilitate in posterum adiciantur; ita tamen, ut lectiones variae ad marginem ipsius textus minime adnotentur."

Quum autem sint qui putent ultimis hisce verbis prohiberi additionem variarum lectionum non solum in margine laterali, verum etiam in inferiore seu ad calcem textus, quaesitum est a Pontificia Commissione Biblica: utrum liceat in editionibus versionis Vulgatae tam Novi quam Veteris Testamenti lectiones varias aliave huiusmodi studiosorum adiumenta ad calcem textus adicere?

Re examinata, Pontificia Commissio Biblica respondit:

Affirmative.

Quam resolutionem Ssmus. D. N. Bened. Pp. XV in audientia diei 17 novembris 1921 adprobare dignatus est.

Henricus Laurentius Janssens, O. S. B., Ep. Bethsaiden.

Consultor ab Actis.

II

SUPREMA SACRA CONGREGATIO S. OFFICII

DECRETUM

*Damnatur quoddam opus P. Nivardi Schlögl, Ord. Cisterc.
Feria IV, die 16 novembris 1921.*

In generali consessu Supremae Sacrae Congreg. S. Officii Emi. ac Rmi. Domini Cardinales in rebus fidei et morum Inquisitores generales proscripserunt, damnaverunt atque in Indicem librorum prohibitorum inserendum mandarunt opus cui titulus: *Die heiligen Schriften des Neuen Bundes: Aus dem Urtext übersetzt mit Erläuterungen und einer Einführung*, von Dr. Nivard Schlögl, Ord. Cist., o. ö. Professor an der Wiener Universität. Bungeverlag Richter und Zollner, Wien, 1920.

Et insequenti feria V, die 17 eiusdem mensis et anni, Ssmus D. N. Bened. divina Providentia Papa XV, in solita audientia R. P. D. Assessori S. Officii impertita, relatan sibi Emorum Patrum resolutionem approbavit, confirmavit et publicandam mandavit.

Datum Romae, ex aedibus S. Officii, die 16 ianuarii 1922.

Aloisius Castellano, *Supremae S. C. S. Officii Notarius.*

III

SACRA CONGREGATIO RITUUM

De ratione recitandi vel cantandi Litanias Lauretanas.

DUBIA

Expostulatum est a S. Rituum Congregatione pro opportuna declaratione:

I. An in Litanis Lauretanis ita cantari possit prima tripla invocatio ad personas Ssmae Trinitatis, ut Sacerdos cantet *Kyrie eleison, Christe eleison*, et populus repetat *Kyrie eleison, Christe eleison*, et postea idem Sacerdos prosequatur *Christe audi nos, Christe exaudi nos?*

II. An loco dicendi ter *Agnus Dei* in fine Litaniarum, semel tantum dicatur: "Agnus Dei qui tollis peccata mundi, parce nobis Domine, exaudi nos Domine, miserere nobis?"

Et Sacra eadem Congregatio, audito specialia Commissionis sufragio, omnibus perpensis respondendum censuit; *Negative* iuxta Decreta, et servetur integer Ordo Litaniarum cum indulgentiis adnexis adprobatus, nempe: *Kyrie eleison, Criste eleison, Kyrie eleison*, etc., suque ad finem.

Atque ita nescripsit ac declaravit.

Die 10 novembris 1921.

A. Card. Vico, Ep. Portuen. et S. Rufinae.

S. R. C. Praefectus.

Alexander Verde, Secretarius.

La presente respuesta viene a corroborar la decisión del 21 de julio de 1919, con la cual declaró la S. Penitenciaría que no se ganan las indulgencias, si se omite el segundo *Kyrie eleison*, y si no se responde *ora pro nobis* a cada una de las invocaciones, y mandando expresamente a los Ordinarios suprimir esa costumbre donde existiera. Veremos si ahora quedan estas letanías libres de las arbitrariedades de que no pocas veces eran objeto por parte de algunos compositores y cantores, más atentos al efecto musical, que después de todo no deja de ser un mero accidente, que a las leyes litúrgicas, las cuales con el mismo cuidado con que prohíben repeticiones inútiles, imponen que no se omita lo que está mandado recitar.

Procedimientos eclesiásticos (1).—Cuando leímos los dos primeros tomos de esta obra concebimos la esperanza de que el tercero nos había de gustar más aún que aquéllos. Afortunadamente no hemos sido defraudados y podemos afirmar sin restricciones que este volumen sobrepuja en mérito a los anteriores, no obstante versar sobre la materia más difícil e intrincada del Derecho, cual es la de *Processibus*. Y aunque sea verdad que no contiene un tratado fundamental, a lo Lega, por ejemplo, todavía nos permitirá el señor Arcipreste de Jaén que le manifestemos nuestra disconformidad con el calificativo que él da a su libro en la nota a la pág. 57, donde dice: "...nosotros tratamos sólo de *procedimientos*, o sea del molde donde se vacía la masa, o si se quiere el alambique por donde corre el líquido"; ciertamente que es bastante más que eso este libro, y los empleados en las curias de justicia eclesiásticas no vacilarán en darnos la razón cuando vean el buen servicio que les prestará en el desempeño de su delicado cargo.

Contiene el comentario a la 1.^a y 2.^a parte del Libro IV del Código Canónico; de la 3.^a se ocupó en el primer tomo. Consideramos dignos de especial alabanza los capítulos XVII y XXXI, que tratan de la *Contestación del pleito, el dubio y la reconvencción* y de *La discusión de la causa* y todos los del *Juicio criminal*.

Mas para que el lector vea que no somos víctimas del entusiasmo, vamos a hacer también algunos reparillos a ciertas cosas que acá y allá hemos encontrado, y que no nos parecen del todo exactas.

En la pág. 451, al designar los días que abarca el plazo concedido para proseguir una apelación, dice: "...Al día siguiente (al en que se interpuso la apelación ante el juez *a quo*) comienza a correr el plazo de un mes que el apelante tiene para proseguirla (can. 1883); de forma que la apelación interpuesta y admitida el último día del mes, ha de proseguirse dentro del mes siguiente, tenga éste veintiocho días, veintinueve, treinta o treinta y uno; la interpuesta el día primero u otro del mes ha de proseguirse dentro de los treinta días siguientes, sea cualquiera el número de los que tenga el mes (can. 34, § 3)". Confesamos que no podemos comprender por qué no se ha de aplicar la misma norma en todos los casos. Estamos de acuerdo con el autor en que el plazo comienza siempre a correr al día siguiente de interpuesta la apelación, en cualquier hora que haya sido interpuesta, aunque

(1) Por T. Muñiz, arcipreste de la S. I. C. de Jaén. Tomo III, 972 págs. 4.º Sevilla, Impr. y Libr. de Sobrino de Izquierdo, Francos, 43-47, a. 1921.

fuera a media noche en punto, lo cual, tal vez, él no admita; concedemos asimismo que el número de días varía según sea el mes y la fecha en que se interponga la apelación, como veremos dentro de poco; pero no podemos admitir lo que pone después. Según nuestro humilde sentir, la regla es la misma y única para todos los casos, o sea que el mes concedido por el can. 1883 se ha de tomar siempre tal como está en el calendario, es decir, que se aplica el núm. 1.º del § 3 del can. 34, o lo que es igual, la excepción indicada en el § 2, can. 32. Para mayor claridad transcribiremos lo que hace al caso de estos cánones: "In iure nomine mensis venit spatium 30, anni vero spatium 365 dierum, nisi mensis et annus dicantur sumendi prout sunt in calendario. Can. 32, § 2. Si tempus constet uno vel pluribus mensibus... et terminus a quo explicité vel implicité assignetur: 1.º Menses sumantur prout sunt in calendario; 3.º Si terminus a quo non coincidat cum initio diei... primus dies ne computetur et tempus finiatur expleto ultimo die eiusdem numeri; 4.º Quod si mensis die eiusdem numeri careat, ex. gr., *unus mensis a die 30 ianuarii* tunc pro diverso casu tempus finiatur incipiente vel expleto ultimo die mensis" (can. 34, § 3). De donde se sigue que el plazo será de 31, 30, 29 ó 28 días, de conformidad con los meses y días en que se interponga la apelación. Según los diversos casos que pueden ocurrir, resultan las siguientes combinaciones: 1.ª Plazos de 31 días: corresponderá este número a las apelaciones hechas en *cualquier día* de los meses de julio o diciembre, y en cualquier día, excepto el último de los restantes meses de 31 días, exceptuando enero, en el cual sólo tendrá esto lugar si la apelación se hace antes del día 29, exclusive en los años no bisiestos, inclusive en éstos. 2.ª Plazos de 30 días: este espacio abarcará el tiempo hábil para proseguir la apelación interpuesta en cualquier día de los meses que tienen 30 días, y en el último de los de 31, excepción hecha de los tres meses expresados en el número anterior. 3.ª A la apelación hecha en febrero, o el 31 de enero, en los años no bisiestos, sólo le corresponden 28 días, y 29 en los bisiestos.

Tal vez a más de un lector se le haya ocurrido pensar que incurrimos en manifiesta contradicción, pues habiendo dicho al principio que optamos por aplicar una sola norma, hemos presentado luego esa variedad de cómputos; pero tranquilícese el que tal crea, y fíjese que todo sale del mismo principio, es decir, de que el mes se ha de contar como está en el calendario (can. 32, § 2, y can. 34, § 3, 1.º) porque "implicité assignatur terminus a quo", que es el día en que se interpone la apelación; y como, puesto este principio único, pueden ocurrir diversos casos, según rezan los números 3.º y 4.º del último lugar citado, de ahí la variedad de plazos, sin que influya nada, por regla general, el hecho de que la apelación se haya interpuesto el último día del mes o en cualquiera otra fecha. Y dispénsenos el lector que hayamos repetido tanto la misma frase.

En la pág. 507, donde se trata de la ejecución de la sentencia, se encuentra lo siguiente: "2.ª Por excepción puede el Tribunal mandar ejecutar la sentencia antes que se haga firme: a), en lo que se refiere a la honesta sustentación del ordenado *in sacris*" (1), cosa que nos maravilla porque, a

(1) Subraya el autor.

nuestro juicio, el canon 1917 concede ese favor a todos cuando dice: “§ 2. *Judex tamen potest sententiam, quae nondum transiit in rem iudicatam, provisionariam executionem iubere: 1.º si agatur de provisionibus seu praestationibus ad necessariam sustentationem ordinari*”, y creemos que este *ordinatis* afecta a *provisionibus* seu *praestationibus*, y no ad *necessariam sustentationem*; y, dato sed non concesso, que se refiriera a los ordenados o clérigos, aun en ese caso sería ilegítimo restringir tal provisión a solos los ordenados *in sacris*, porque, según el can. 950, las palabras *ordinare*, *ordo*, *ordinatio*, *sacra ordinatio* valen para designar hasta la simple tonsura, “nisi aliud ex natura rei vel ex contextu verborum eruatur”, lo cual no ocurre en el caso presente, porque aquí el contexto sería el can. 122, donde se contiene el privilegio llamado de competencia, concedido a todos los clérigos sin distinción, y para pertenecer a esa categoría basta la simple tonsura (can. 108, § 1).

Tampoco nos satisface del todo lo de la regla 8.ª, pág. 509; pero lo pasaremos por alto para dedicar dos líneas a la nota de la pág. 633, concebida en estos términos: “El precepto dado de palabra cesa al cesar en el cargo el que lo impuso, y no puede exigirse su cumplimiento en los tribunales (can. 24)”. Tal como está expresado esto, es inexacto. Aunque el precepto se imponga de palabra, si se hace ante testigos tiene el mismo valor y surte iguales efectos que el impuesto por escrito; sobrevive al que lo impuso, y puede exigirse judicialmente su cumplimiento. No somos nosotros quienes lo decimos, sino el can. 24: “*Praecepta, singulis data, eos quibus dantur, ubique urgent, sed iudicialiter urgeri nequeunt et cessant resolutio iure praecipientis, nisi per legitimum documentum aut coram duobus testibus imposita fuerint.*”

Tal vez se haya intentado decir esto mismo en la citada nota; pero como de hecho no se expresa, hemos creído conveniente llamar la atención del lector, por tratarse de un asunto de mucha importancia.

De tempore (1).—No es raro ver las obras que consiguen el honor de ser reeditadas precedidas de cartas-elogios de alguno o de varios personajes ilustres y seguidas de juicios críticos o reseñas de la prensa relativas a la precedente edición; con la diferencia de que aquéllas, aunque hayan de ocupar varias páginas, se ofrecen íntegras al lector, ¿cómo no?; la gratitud no le permite al autor suprimir nada de tan preciados documentos. En cambio, por lo que hace a los juicios críticos, si contienen algo menos favorable, se lo sustituye bonitamente por unos cuantos puntos suspensivos, y se copia sólo lo restante. Después de todo, si alguien tiene interés en ver lo demás, puede acudir al sitio de donde se tomó; para eso se citan las fuentes.

El presente folleto ofrece la originalidad de presentarse ya pertrechado de elogios en la primera edición; cinco nada menos; uno en verso del inspirado poeta e himnógrafo de la Congr. de Ritos, y los otros cuatro de otros tantos insignes profesores de Derecho de Roma, a quienes está dedicado el

(1) Joannes Lacou, S. C. J., *Juris Canonici Doctor et Professor*.

In Tit. III, Libri I, *Novi Codicis Juris Canonici*: “*De tempore*” *Dissertatio Philosophico-Scientifico-Juridica*, págs. 52, 4.º; 2,75 fr. *Augustae Taurinorum-Romae Sumptibus et typis Petri Marietti, Editoris. S. Sedis et S. RR. Congr. Typographi, 1921.*

opúsculo. Vaya por delante nuestra protesta de que en manera alguna criticamos a estos beneméritos señores, que por su parte no hicieron más que cumplir con mucha delicadeza un deber de cortesía al enviar tales elogios a su antiguo discípulo. Ni tampoco censuráramos a éste por haberlos publicado, si no fuera por el subido precio del libro. Por esto nos desagrada ver (y el público será de la misma opinión) tantas cosas, que muy bien se pudieran haber omitido sin el menor perjuicio al comentario sobre el cómputo del tiempo, que es, o debiera ser, el objeto único del libro. En efecto, ¿qué necesidad había de emplear primero media página en expresar los títulos de los cuatro susodichos profesores, y volver luego a repetirlos casi totalmente a las dos páginas? ¿Y qué falta hacía para decir una cosa tan sencilla como es que los días de la semana se designan con los nombres de los planetas (págs. 30-31), añadir una nota aclaratoria y confirmatoria, diciendo lo mismo que en el texto, sin más diferencia que ponerlo primero en prosa y después en verso? ¿A qué ese prurito de erudición de poner en dos lenguas (págs. 19 y 28) cosas que en una bastaban, por no decir que aun así están de más? Y por fin, ¿qué luz proyecta sobre los cánones ese tratado filosófico del tiempo que ocupa la primera parte, y en el cual se emplean seis páginas, nada menos, en una obra que consta de 52?

Por eso, atendiendo a la súplica que el autor hace al fin del prólogo, nos tomamos la libertad de aconsejarle que en ediciones posteriores, y se las deseamos muy numerosas, procure omitir, si no todas, al menos algunas de estas cosas, y en especial esa disquisición metafísica del tiempo, aunque le sea preciso modificar el título del libro, cual parece deducirse de lo que pone en la pág. 10. Convénzase de que ni al comentario propiamente tal se le seguirá el menor perjuicio, ni los lectores echarán de menos un tratado que tiene su lugar propio en una obra de Filosofía. Por lo demás, todos sabemos que ya pasó de moda el uso de comenzar los sermones por el relato del pecado original.

La parte segunda es verdaderamente científica y sinceramente la alabamos.

La tercera, o sea el estudio propiamente jurídico, también la juzgamos digna de elogio, excepción hecha de una pequeña cosa, con la cual no estamos conformes. Es motivada nuestra discrepancia por lo que dice el padre Lacan en la pág. 43, comentando el núm. 3.º del § 3, can. 34: "*Secunda regula: Terminus a quo non coincidit cum initio diei, sed ponitur alio quolibet diei momento, ex. gr. 1) 1^{us} aetatis annus, pro illo qui natus non est praecise ad mediam noctem; 2) annus novitiatus, qui incipit a momento ingressus; sed iste ingressus non solet fieri media nocte... Tunc, in istis exemplis et similibus, primus dies ne computetur quia est mancus (et dies inceptus numquam haberi potest pro completo), et tempus finiatur expleto ultimo die eusdem numeri*" (can. 34, § 3, núm. 3.º). Por consiguiente, admite la posibilidad de que tales actos puedan coincidir con el principio del día, en cuyo caso se debería incluir éste en el número respectivo, cosa que a nosotros nos parece de todo punto imposible, y creemos firmemente que ninguno de los ejemplos aducidos en dicho núm. 3.º del lugar citado, ni acto alguno que por la misma norma se rija, pueda coincidir nunca con el principio del

día; y, por tanto, afirmamos que el primer día, o sea aquel en que se realicen, debe ser excluido, sea cual fuere el momento en que hayan tenido lugar; y por eso creemos también que entre los números 2.º y 3.º, § 3 del citado canon hay una diferencia radical, y que son inconfundibles, y separados por un abismo intransitable, los campos de acción de cada uno. Para probar esto, debemos repetir algo de lo que ya en otra ocasión dijimos con motivo parecido.

El cómputo del tiempo establecido por el Código se rige por principios matemáticos que excluyen el tan repetido “*parum pro nihilo reputatur*”; y a diferencia de lo que antes se estilaba, los días han de ser completos; de otra manera no se cuentan. Ahora bien, así como el número 5, v. gr., deja de ser tal cualquiera que sea la cantidad que se le reste, ya sea una infinitésima parte, ya sea una unidad entera, así también el día, que canónicamente consta de veinticuatro horas exactas, lo mismo deja de ser completo jurídicamente si le faltan cinco minutos, por ejemplo, como si le falta una milésima parte de minuto. Damos por supuesto que ni aun los de criterio más amplio se atreverían a tener por día contable, de los diez que se conceden para apelar de una sentencia, el en que ésta se dió, si cuando se acabó de pronunciar pasaban ya cinco minutos de las doce de la noche; pues si esto es así, ¿por qué no se ha de decir lo mismo respecto de la otra fracción, que, a pesar de su insignificancia, basta, sin embargo, para destruir la integridad del día, y, por otra parte, si bien se considera, puestas ambas en parangón con veinticuatro horas, no es gran cosa la diferencia que va de una a otra?

¿Por qué, entonces, en un caso se ha de poder contar el día y en el otro no, si ambas deficiencias bastan para dejar el día incompleto? Además, ¿cómo es posible que un acto que ha de ponerse en un tiempo determinado del día (y téngase muy presente esta particularidad, que es en lo que se distinguen los dos números varias veces citados del can. 34), y de este género son todos los que se regulan por el núm. 3.º dicho; cómo es posible, repetimos, que coincida con el principio del día? Porque, o al primer sonido del reloj que anuncia las veinticuatro está ya realizado, v. gr., pronunciada la sentencia judicial, o no; si para aquel instante está terminado, no hay caso, pues no coincide con el principio del día que entonces comienza, sino que se realizó en el día que terminó; y si para aquel instante no está terminado, ya no coincide con el principio del día, porque en tal caso ya ha comenzado éste cuando el acto se acaba de realizar. ¿Verdad que esto resulta un poco embrollado? Culpa es de los que quieren sostener que alguna vez se puede contar el primer día; negado esto de plano, se simplifica todo admirablemente. He ahí por qué nos confirmamos cada vez más en nuestra opinión, aunque no por eso la damos como indiscutible. “*Unusquique in suo sensu abundet*”; pero mientras no se aleguen razones fuertes en contrario que manifiesten ser otro el sentido del canon, continuaremos interpretándolo de este modo.

Otra cosa muy distinta es si se trata del núm. 2.º; respecto de ése, aceptamos sin dificultad mayor amplitud de criterio. Pero basta por hoy, no sea que el Director eche mano de la inexorable tijera, y *corte por lo sano*.

FR. SABINO ALONSO, O. P.

CRONICAS CIENTIFICOSOCIALES

ESPAÑA

LOS ÚLTIMOS PAPAS.

En los dos meses transcurridos desde la aparición de nuestra Crónica última han sobrevenido dos acontecimientos de importancia mundial, tan triste uno como alegre el otro: la muerte de Benedicto XV y la elección de Pío XI.

La prensa católica ha tenido ocasión de enlutar sus páginas durante doce días que estuvimos sin Pontífice y de orlarlas en señal de gozo más tarde, cuando se llenó el vacío que la muerte de Benedicto XV nos dejara. Nosotros, los menos oportunistas en dar noticias, tenemos que usar una vez más el triste privilegio de suprimir todo eso, ya que es una misma la página en que tenemos que hablar de cosas tristes y alegres. El haber pasado ya todo y el estar publicado hasta el menor detalle nos releva también del deber de poner muchas cosas que sería imperdonable callar en los días que acontecieron.

Nació Benedicto XV en noviembre de 1853; por consiguiente, en noviembre del año pasado había cumplido sesenta y ocho años, edad que desmentía su buena salud y la viveza de sus movimientos. Su patria era Génova, donde se ordenó de sacerdote en 1878; cinco años más tarde vino a España, donde estuvo de secretario de la Nunciatura hasta 1887. En 1907 fué nombrado Arzobispo de Bolonia; en mayo del 14, Cardenal, y a principios de septiembre de ese mismo año, Jacobo de la Chiesa fué electo Papa, tomando el nombre de Benedicto XV. Aconteció su muerte el 23 de enero de 1922, después de brevísima enfermedad.

La caridad para con los pobres y para con los que sufren fué su virtud favorita. De él se cuenta que cuando estaba en Madrid visitaba los barrios bajos para socorrer a los pobres y enseñar la doctrina a los niños. Sus actos de misericordia, sobre todo durante la guerra, son incontables; en 1920 dió 20.000 liras para las Catequesis de Roma, y no pasaba día que no enviase socorros a los desventurados niños que quedaron sin amparo después de la catástrofe europea.

Al empezar su pontificado publicó el Código de Derecho canónico, obra cuya importancia aprecian en su justo valor los que conocen los montones de legajos que había que revolver antes para atinar con una ley cuya aplicación urgía.

En España hay especial motivo para conservar de él grata memoria, y es la ampliación que dió a los privilegios de la Bula de la Santa Cruzada.

(Como diplomático nadie le escatima dotes excepcionales. Cuando subió al solio pontificio estaban representadas en el Vaticano 14 naciones y al morir eran 26, casi el doble; contándose entre éstas Francia, de la cual nadie hubiera creído su aproximación a Roma hace una docena de años.

Pero entre todas sus obras se destaca su labor pacifista; su nombre pasará a la Historia unido al dictado de Pontífice de la paz. El Señor lo escogió para dejar oír su voz de reconciliación durante los años de guerra; y verdaderamente pareció a todos un ángel del cielo, un hombre cuya patria era el mundo y cuya familia fué toda la cristiandad, mejor dicho, la humanidad entera. Cuando los hombres de todas las naciones se dejaban llevar de una especie de vértigo o locura por la guerra, sólo el Papa hacía llamamientos a la paz y se esforzaba por convencer al mundo que iba al abismo, verdad que hoy reconocen todos, aunque demasiado tarde para el remedio.

El 1.º de agosto de 1917 dirigió un llamamiento paternal a los beligerantes, proponiendo ciertos puntos que debían ser adoptados por todos. No se le hizo caso, y después de mil desengaños y de un millón de inútiles lamentos se quiso copiar y dar como nuevo el documento pontificio, cuando ya todo estaba deshecho y tenía que venir la paz por ser imposible la guerra. El llamamiento en agosto del 17 fué el último y más importante de Benedicto XV, y está averiguado que si aun a éste se hubiera atendido se ahorraran medio millón de vidas y 130.000 millones de francos. No alcanzó lo que deseaba, pero no sería por no haber hecho cuanto pudo; la gloria de ser el único soberano que vió claro en los negros años de guerra no se la podrá quitar nadie.

Respecto de los prisioneros, sólo Dios sabe los millares y millares de familias que guardan eterna gratitud a Benedicto XV. En 1914, el primer año de guerra, propuso el intercambio de prisioneros, y en menos de seis meses fueron devueltos a su patria respectiva 2.500 alemanes y 9.000 franceses. Más tarde consiguió la devolución de las mujeres y hombres inútiles para la guerra; de los italianos tuberculosos, que estaban expuestos a morir en los campamentos, y, en fin, la prensa de todos los colores se ha hartado de copiar hechos parecidos al que citaba estos días *El Universo*, copiando una carta de Benedicto XV al señor Marqués de Comillas, en la que pide su cooperación para lograr el reembarque a sus hogares de 10.000 prisioneros faltos de todo recurso.

Tal fué la vida del último Papa: una obsesión por la paz. Al llegar sus postreros momentos, próximo ya a expirar, abrió los ojos y dijo estas palabras, que retratan todos sus actos: "Con perfecta conciencia ofrecemos gustosamente la vida por la pacificación del mundo."

Como testimonio de la bondad y grandeza de Benedicto XV nos queda el monumento levantado en Constantinopla en su honor, con el siguiente epitafio: *Al gran Pontífice de la hora trágica mundial — Benedicto XV, — Bienhechor de los pueblos, — sin distinción de nacionalidad y Religión, — en señal de agradecimiento: — el Oriente. — 1914-1919.*

En este caso, al hablar del Papa, aun los extranjeros más distanciados del Vaticano han dejado a un lado parcialismos y han cantado himnos de gloria y alabanza a Benedicto XV. En este coro inmenso formado por la prensa española y extranjera no hemos oído más notas discordantes —con tristeza lo decimos— que las de algunos periódicos de por acá, cuyos redactores siguen pensando (y con razón) que abdicen de sus convicciones si dicen la verdad. No necesitan nuestros lectores de más señas para saber adónde apuntamos. Para confusión de nuestros *clerófobos* terminaremos estos datos biográficos copiando algunas frases del artículo que apareció en el órgano del Partido socialista italiano, cuya traducción publicaba *El Debate* del 17 de febrero. Son tan extraordinarias que dudáramos de su autenticidad si no las viéramos en periódico tan serio y bien informado como *El Debate*:

“Benedicto XV ha muerto entre el obsequio universal, como un gran Papa. El fué el vencedor, porque fué el Papa de la guerra y no tomó parte en ella. No fué comprendido, o mejor, no quisieron comprenderlo. Fué la Cruz Roja más verdadera y mayor de la guerra... Casi todos los periódicos han tributado su elogio al Papa neutral. El Papa cumplió con su deber: cumplamos el nuestro de reconciliarnos, humillados, con la Cátedra eterna de la conservación religiosa y social. Hemos sido ciegos, hemos sido locos; para hacer la guerra de nuestros groseros apetitos materialistas hemos dado tremendos hachazos a los puntales del orden. Hemos embriagado las muchedumbres sin fijarnos en lo que las muchedumbres harían después. Ahora es tiempo de que volvamos al buen camino..., etc.”

El 23 de enero murió Benedicto XV y el 7 de febrero fué elegido para sucederle el cardenal y arzobispo de Milán monseñor Aquiles Ratti, nacido en Disio (Milán), en marzo del 57. Tiene, pues, ahora sesenta y cuatro años, y el 31 de dicho mes, en este año, cumplirá sesenta y cinco. La nota predominante en él, hasta 1918, fué la de un hombre sabio, preocupado de archivos y bibliotecas, donde procuraba satisfacer sus ansias de ciencia. Fué Director de la Biblioteca Ambrosiana de Milán y, desde 1914, Prefecto de la Biblioteca Vaticana. En 1918 fué a Polonia como enviado especial de Benedicto XV, el cual elogió después su labor diciendo que “había sabido estrechar la concordia entre la Iglesia y el Estado en momentos difíciles y en circunstancias peligrosas, con dulce firmeza, con tacto exquisito y con imperturbable serenidad”.

En junio del año pasado recibió el capelo cardenalicio; en septiembre tomó posesión del arzobispado de Milán, y el 7 de febrero de este año sucedió en el Pontificado a Benedicto XV. Es de notar que el tiempo que permaneció

en Polonia activó el movimiento científico, que vino luego a parar en la fundación de una Universidad católica, y en los cinco meses que estuvo en Milán sacó a flote la Universidad del Sagrado Corazón. En cuanto a nosotros, tenemos que agradecerle el habernos honrado con clases de Teología en ambas Universidades.

EN FAVOR DE LAS MISIONES.

La guerra europea no se contentó con destrozar las conquistas del progreso en el antiguo mundo civilizado; sus perniciosos efectos llegaron también a los países infieles, donde comenzaba la aurora de la civilización. La cuestión de vencedores y vencidos obligó a muchos misioneros a abandonar el campo de sus trabajos, y otros, que no los abandonaron, se hallaron sin recursos para atender a las necesidades más perentorias de la misión. El difunto Pontífice, así que terminó la guerra, volvió sus piadosos ojos a las misiones y empezó a investigar los medios que pudieran resolver problemas tan apremiantes.

En enero de 1920 escribió una carta encareciendo al mundo católico la falta de operarios evangélicos, y cómo eran millones los infelices que yacían en tinieblas de muerte, por no haber quien les mostrase el camino de la verdad.

El arzobispo de Burgos, señor Benlloch y Vivó, respondiendo a los deseos del Papa, inauguró en la capital de su archidiócesis un Seminario para las misiones, el 3 de diciembre de 1920. Un año más tarde se celebraba en Burgos una Asamblea magna para activar el celo de todos en favor de las misiones. Uno de los acuerdos que allí se tomaron fué invitar a los Prelados españoles que formaran en sus respectivas diócesis la "Unión misional del Clero". Esto era en diciembre del 21, y en enero del 22 el Obispo de Madrid-Alcalá convocó una Junta del Clero secular y regular, en la que se acordó celebrar un Congreso en favor de las misiones del 22 al 25 de febrero, que es el que actualmente se está celebrando.

Ayer 22 tuvo lugar la primera sesión con asistencia de muchas señoras, de brillante representación de ambos cleros, del señor Obispo de Madrid, de dos obispos dominicos y un capuchino que accidentalmente se encontraban en Madrid, y que se disponen a continuar su labor de apóstoles en las apartadas regiones de China.

Aunque sean nuestros, no debemos ocultar la verdad de los hechos, y bien podemos decir que ayer la nota saliente fué la presencia de esos dos obispos dominicos, el padre Prat y el padre Aguirre. El primero lleva veinticinco años en China, y el segundo, treinta y cinco. Para hablar no tenían más que contar lo que vieron, lo que han sufrido. La misma dificultad en encontrar la expresión adecuada en castellano les atrajo las simpatías del público, que veía en esos dos apóstoles, revestidos del blanco hábito episcopal dominicano, a los legítimos sucesores de los mártires que santificaron con su sangre aquellas apartadas regiones. Los dos empezaron por pedir benevolencia al público; pues, como dijeron ellos, después de hablar y pensar en chino durante tantos años, no era de extrañar que hubieran olvidado algo el castellano. Con todo, bien se vió no necesitaban de benevolencia. El ilustrísimo señor Aguirre, con una sencillez:

encantadora, nos recreó, por mucho tiempo, ayudado de las proyecciones, con la narración de las costumbres, creencias y filosofía chinas. También nos habló de sus apuros pecuniarios para llevar adelante la obra, y expuso el medio de remediarlo. En esta parte contrastó la abundancia de medios con que cuentan los protestantes y la escasez que padecen ellos. El cuadro desolador que nos dibujó, de mano maestra, en el que aparecían la miseria, los trabajos y la suerte que corren los niños y la mujer china, conmovió verdaderamente al público. ¡Los niños asesinados por sus madres!...

Para que nada faltase al señor Aguirre, rezó en chino el *Avemaría*, o mejor dicho la cantó; pues, por la variedad de notas, en chino no se reza sino cantando.

Este rasgo del señor Aguirre arrancó multitud de aplausos. ¡Qué hermoso era ver a Su Ilustrísima cantar, con toda sencillez, el *Avemaría*!

"Con estos obispos da gusto tratar", decía a mi lado un sacerdote, sin sospechar que quien le oía era un dominico.

Dios oiga los deseos de los padres Aguirre y Prat y haga que alguna persona caritativa les ayude en su empresa.

También leyó su *Memoria* el padre Domínguez y el señor Jiménez.

En los intermedios la *Schola Cantorum* del Seminario, dirigida por la inteligente batuta del padre Iruarrizaga, constituyó las delicias del público.

FUERZAS SINDICALISTAS.

Aunque en la anterior Crónica anunciábamnos nuestro propósito de suprimir en las siguientes toda clase de comentarios sobre acción social, en este número nos obliga a suspender el acuerdo un imperativo de conciencia. Han llegado a nuestras manos diferentes documentos del *Sindicalismo Libre* de Cataluña, y por diversos conductos y en repetidos ejemplares, el que pudiéramos llamar histórico *Manifiesto de la Corporación general de Trabajadores Unión de Sindicatos Libres*. Y con esos documentos, otros más, en que se indica que está sobre el tapete la unión de dichos Sindicatos con los *Sindicatos Católicos Libres* establecidos en muchas poblaciones de España, especialmente en el Norte. Sobre el *Manifiesto* y sobre la unión, por cortesía y aun por conciencia, no podemos dispensarnos de unos ligeros comentarios.

Hay que tener en cuenta que se trata de 150.000 obreros que se llaman *libres*, porque han conseguido libertarse de las garras del SINDICATO UNICO, por la inhonesta actuación de sus directores y por su ideología sectaria; de obreros que han cambiado la vida del trabajo en un sentido más noble, más espiritual y más justo; de obreros que están dispuesto a no dejarse vencer jamás, en nobleza y en dignidad, por ninguna suerte de beligerantes; de obreros que en un manifiesto sindical, donde todo suelen ser adulaciones, exclaman valerosamente: "Nosotros, que utilizamos el arma lícita de la huelga y el bloqueo del boicot contra el enemigo, condenamos el sabotage, que perjudica a fuerzas no militantes, lo mismo que la huelga general, que ataca a seres inocentes. Consideramos que la huelga general o es la revolución o es una farsa criminal y nefasta."

No es menos noble y valiente esta otra confesión, doblemente laudable

en un Manifiesto: "*Recordamos que en tiempo de un dictador, Pericles, Grecia llegó a la culminación de envidiables delicias y se hizo digna de la admiración de los siglos; y sabemos que bajo la gobernación de un llamado Comisario del pueblo, Trostki, Rusia se ha presentado ante el mundo, en nuestros días, toda cortezosa de muge y de miseria.*"

Ante estas frases y otras por el estilo, que cualquiera creería arrancadas del programa de los *Sindicatos Católicos Libres* y viendo que algunos de éstos escriben en la *Unión Obrera*, encuentra uno naturales los conatos de confederación entre los *Sindicatos Libres* de Barcelona y los *Sindicatos Católicos Libres* aragoneses, navarros, vascongados, palentinos, etc. Como entre éstos y nosotros han mediado tantas comunicaciones ordenadas a salvar la cristiana espiritualidad en medio de la organización liberadora y obrerista —aquella perseguida por el socialismo y ésta por el amarillismo—, no hemos de ocultar un consejo que algunos nos piden, en el momento más decisivo acaso de la existencia de los *Sindicatos Católicos Libres*. Nuestro consejo es muy sencillo: si la pujante Corporación de trabajadores catalanes acepta su ideario fundamental y, con su programa por base, enarbola la bandera de la sindicación de obreros españoles, exentos del *materialismo en bancarrota* de los socialistas y del patronalismo de los amarillos, la unión será un sueño de gloria para los obreros españoles, a los que espera una era de equilibrio, de justicia, de prosperidad material y moral. Esta prosperidad, que es la más importante y que ha de resolverse eficazmente en el corazón de cada individuo, necesita un amoroso velador que en el desarrollo de la acción, en el cambio de los acontecimientos, en la obscuridad de las discusiones, en el desenfreno de nuestros egoísmos, nos marque la senda de la verdad y nos inculque el sacrificio necesario en la vida, para que los hombres no sean fieras. Ese amoroso velador es la *Iglesia Católica*. Si los obreros se alejan de ella, aun cuando ahora parezca que se nutren y se organizan con sus doctrinas, no tardarán en volver al antiguo materialismo, a la lucha de fieras, a poner el ideal de la fuerza en el trono del ideal de la virtud. Conserven los *Sindicatos Católicos Libres* el ideario de estas tres mágicas palabras: *Organización fuerte, amor cristiano, independencia*; vayan con esta triple bandera a todas partes, y aunque no les falten contrariedades, les acompañará la victoria. No se fíen tanto de las buenas doctrinas que vayan a prescindir del guardián amoroso, tan acreditado en veinte siglos, que exigirá por caridad hasta lo que los obreros no pueden a veces exigir por justicia; que ha cultivado y cultiva mercedarios y trinitarios contra la esclavitud, hermanas de la Caridad para los hospitales, becas para la instrucción y manutención de los pobres que quieren estudiar, y que no se detiene en las leproserías y manicomios, donde la caridad es el todo.

Y porque alguien no piense que nuestros consejos son un sermón más de oficio, oigan cómo habla un socialista italiano en el órgano oficial de su partido, a mediados de febrero: "El orden reclama principios seguros, absolutos y eternos. La Iglesia es su depositaria por institución divina. Ella es la fuente de la autoridad. El estado debe reconciliarse con ella; el Estado que la ignora se condena a no disponer de más fuerza que su incierta fuerza física."

CUESTIONES OBRERAS.

Teníamos tomadas algunas notas sobre las huelgas de Medina del Campo y Granada para darlas en la presente Crónica y desistimos de ello por poner un poco sobre las fiestas celebradas en Valladolid por la Asociación General de Empleados y Obreros de los ferrocarriles de España con motivo del XXIV aniversario de su fundación. Figuran en las fiestas el Arzobispo, el Gobernador y otras personalidades de gran representación social.

Un secretario leyó el balance de la mencionada entidad, en el cual se aprecian datos tan importantes como éstos: Hoy cuenta la Asociación con 43.460 socios, 3.000 más que en 1920. En el último año se abonaron 6,102 pensiones, que importaron 3.211.079 pesetas. Desde que se fundó van abonados casi 26 millones de pesetas. Después de leídas estas cifras tan consoladoras se levantó a hablar el señor Arzobispo en los mismos tonos y con igual valentía que otras veces lo hizo cuando en actos similares dirigió la palabra a los obreros. Nuestros lectores podrán recordar la orientación francamente paternal y obrerista del señor Gandásegui en otros discursos que hemos tenido el gusto de reseñar en este mismo sitio.

Y ya que de discursos hablamos, recordaremos aquí el del señor Vázquez Camarasa en la Academia de Jurisprudencia, primero del *cursillo* organizado por el Consejo asesor de los Sindicatos femeninos de la Inmaculada. Habló sobre el feminismo, sin exagerarlo por un lado ni otro; dando, a nuestro juicio, el verdadero sentido al feminismo cristiano, prefiriendo el que más ampara a la mujer y no la envanece tontamente con la oferta de grandes conquistas, de cuya cantinela estamos llenos ya hasta los ojos.

NOTAS MADRILEÑAS

En el último Anuario de la Estadística del trabajo que publica la Junta local de Reformas Sociales hallamos observaciones muy curiosas sobre el movimiento industrial y obrero en la capital de España.

Una de las cosas más lloradas y lamentadas por los interesados en saber cómo anda nuestra Península, es la falta de estadísticas en nuestra patria. Hasta hace poco el culpable de todo era el Gobierno, que no tomaba a pechos la inscripción detallada de cuantos datos merecieran figurar en estadísticas. Actualmente nos vamos convenciendo de que la culpa de nuestras trapisondas está en los de abajo más que en los de arriba. El no tener estadísticas tan completas como otras naciones pecado es de todo español, siempre perezoso y reacto a dar su nombre y apellido para cosa ninguna. Que lea quien tenga humor el calvario de los *anuaristas* para recoger los pocos datos que dan al público y verá cuánta razón nos asiste para lo que decimos.

Los Inspectores del Trabajo, cuyo fin es, como todo el mundo sabe, andar de la ceca a la meca, por fábricas y talleres, vigilando el cumplimiento de la ley, topan con las mismas dificultades en el cumplimiento de su misión: patronos y obreros, mujeres y niños, menores y mayores de edad parece que se conjuran para no decir qué tal marchan. Comprendemos que hay razones a veces para explicar el silencio de los pobres y el egoísmo de los patronos; pero es indudable que tenemos cierto instinto de independencia que nos ladea siem-

pre hacia los prevaricadores; que lo digan si no los policías de Madrid cuando echan mano a un golfo o detienen a un cochero. Con esto no nos salimos del campo que nos corresponde como cronistas; aquí es donde pega recordar, de cuando en cuando, cómo seguimos siendo.

Y vamos ya a lo de los datos curiosos sobre Madrid.

Los comercios madrileños ascienden, por lo menos, a 16.539. Si, según es público por estas tierras, tiene Madrid un millón de habitantes, resulta que a cada sesenta o sesenta y tantas personas nos corresponde un comercio; y como el comerciante, para poder vivir él y su familia, necesita cinco o seis mil pesetas, que ha de sacar de su tienda, ésas son, poco más o menos, las que nos cobran por sus buenos servicios. Apuramos un poco estas cifras algo cabalísticas porque acabamos de leer un artículo de periódico lamentando la profusión de comercios en Madrid y la monomanía de hacerse tendero el que viene con 200 reales a la Corte.

Los industriales que han logrado clasificar los compositores del Anuario son 6.167, aunque sospechan, con fundamento, que hay muchos más. Imprentas tenemos 146; bien pocas por cierto, y bien abarrotadas de trabajo, tanto, que no hay medio de lograr la impresión de diez líneas a fecha fija.

Los obreros madrileños que se han tomado la molestia de inscribirse, son 25.039. Esta información nos parece la más incompleta. Sólo en el ramo de albañilería ascienden a más de 18.000 los *carhets* repartidos en la Casa del Pueblo; además, el año pasado se dijo que pasaban de 1.500 las casas en construcción en Madrid; si cada una emplea aunque no sea más que 30 obreros, tenemos casi duplicada la estadística del Anuario con sólo los que trabajan en el ramo de edificación. Las sociedades patronales andan por las 50, y las de obreros con finalidades benéficas, de resistencia, de mejoramiento, etc., son tres veces más que las patronales. Los salarios, en alza estos años pasados, al presente se estancan, y diríamos mejor que tienden a disminuir. El jornal medio del obrero madrileño es de ocho pesetas y céntimos; parece que el trabajo menos retribuido sigue siendo el de la mujer.

En 1920 declararon 34 huelgas, en el 19 fueron 62. De las 34, en 31 pedían aumento de jornal; lo consiguieron en 5, perdieron en 19 y de las otras 10 no se conocen los resultados.

Los accidentes del trabajo en 1919 fueron 7.694; el año siguiente, 229 menos. En este trágico recuento la peor parte corresponde a los albañiles, a los cuales siguen los mecánicos. El 99 por 100 de esos accidentes produjeron incapacidad temporal, y sólo 0,06 por 100 la muerte.

El año 1920 murieron en Madrid 18.055 personas, 275 menos que el año anterior: 1.450 eran obreros; la tercera parte de éstos murieron tuberculosos, y el 23,03 por 100, de otras enfermedades del aparato respiratorio. Los crímenes entre obreros no pasaron de dos. Dice el Anuario que la preponderancia de la tuberculosis entre los obreros se debe a la falta de abrigo, a trabajar al aire libre y a vivir en tugurios sin condiciones higiénicas de ninguna clase. Partiendo del supuesto que nadie pasa frío porque quiere, ni respira microbios por gusto, volvemos a brindar el hecho a los que se preocupan de regularizar los salarios.

El lector se fijará en que hace un momento, al hablar de las imprentas, estuvimos a punto de enfocar la cuestión de si se lee mucho o si se lee poco en España. El recuerdo de la cuestión nos lo trajo, no el Anuario mencionado, sino una *Memoria* publicada por Oriol, fundador y mecenas de la suspendida *Voluntad*, en cuya *Memoria* afirma, para animar a los industriales que quieren hacer negocio con libros escritos en español, que todo libro en castellano tiene 123 millones de personas que lo entienden sin estudiar expreso la lengua. Dice que América del Sur, en 1912, gastó 75 millones de pesetas en libros; un librero de París, Garnier, dice un francés que ha ganado 50 millones de francos con la publicación de libros en español. En 1912, una viuda del mismo París exportó a América libros en castellano por valor de 500.000 francos. Presupuesto lo dicho y que en España y en los demás países que hablan nuestra lengua entra cada año enorme cantidad de libros en lengua extranjera, que se leen así por no haberlos en castellano, no es de extrañar que señores como Oriol y otros piensen en una gran empresa editorial que pueda hacer en España todo lo que es español.

LA GRAN CAMPAÑA SOCIAL. Tal vez, cuando este número de LA CIENCIA TOMISTA llegue a manos de nuestros lectores, haya empezado ya la colosal campaña que se proyecta para recaudar fondos con que atender a múltiples necesidades sociales, que están clamando remedio en España. Según dicen, la cosa va a ser insólita y despampanante. Se van a recoger, *probablemente*, 100 millones de pesetas; no se aspira a menos. Quien ha de realizar el milagro es un tal Daniel, especializado en hacer "colectas", el cual, en América del Norte y del Sur, lleva hechas diez, todas con resultados muy superiores a lo que se intentaba: se esperaban 10 millones, salían 20; que se esperaban 100, salían 200; que había de estar abierta la recolección ocho días, al cuarto era preciso cerrarla porque sobraba dinero. Tales experiencias hemos oído referir al mismo Daniel, el cual, en un lenguaje medio español, medio inglés, logra de tal modo sugestionar al que lo oye, que comienza uno riéndose y termina dudando de si será verdad que pueda hacer el milagro de sacar 100 millones de pesetas a los adinerados españoles.

Cuando dicho señor observa en las caras de sus interlocutores el clásico "que te crees tú eso", responde sin inmutarse que la misma desconfianza y las mismas sonrisas halló en todas partes antes de poner en práctica sus planes de sacar dinero, y que al fin todos le dieron la razón cuando vieron cumplidos con creces sus augurios. A lo que se le objeta de que las suscripciones en España nunca pasan de unos miles de pesetas, responde que es por falta de organización, de estudio y de propaganda; en fin, que, según dicho especialista en "colectas", sacar 100 millones a los españoles para el fomento de la acción católicasocial es cosa de coser y cantar.

¿Proyectos que se intentan realizar después de tener los millones en las manos? Colosales también, por supuesto: fundación de una Universidad católica por el estilo de la de Milán; escuelas e iglesias en los barrios bajos de Madrid; intensificación de las obras sociales ya existentes; creación de otras nuevas, en consonancia con las actuales circunstancias; formación concienzu-

da del propagandista social y del periodista católico; en fin, un empuje extraordinario a la acción católica española en todos los sentidos y en todos los órdenes. Hasta se dice que las religiosas de clausura participarán de los ubérrimos frutos de la gran colecta. Todo va muy en serio, con la bendición de dos Papas y del Episcopado español; únicamente la experiencia de lo que pasa ordinariamente no nos deja creer a ojos cerrados en el éxito esperado.

Salga bien todo, y Dios se la depare buena al ya célebre doctor Daniel.

EN LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Sesión primera, de 1922.—Después de los preliminares formularios, el académico señor X, profesor de la Universidad Central, presenta un docto informe sobre una obra de Psicología, para la que, como consecuencia de su extraordinaria importancia, pide una declaración oficial que pueda servir al autor de mérito y ascenso en la carrera... El informe queda sobre la mesa en espera de resolución.

Al terminar la sesión, otro académico, también de campanillas, se acerca al docto profesor y le dice: “¿No conoce usted, acaso, el juicio que esa obra tan elogiada mereció a LA CIENCIA TOMISTA? Porque es del todo desfavorable; es una verdadera paliza.” “No he leído el tal vejamen; pero le advierto a usted que mi informe es del todo imparcial; que la obra es de gran mérito y que no temo tener que rectificar lo fundamental de mi exposición.” “Pues es posible que rectifique usted después que lea aquel juicio, que es también imparcial, y en el cual no sólo se analiza esa obra, sino también otras de las que está tomada textualmente.” “Me deja usted perplejo. ¿Podría proporcionarme ese número de LA CIENCIA TOMISTA?” “Con mucho gusto; porque soy antiguo suscriptor...”

En la sesión siguiente pide la palabra el autor del informe y dice, poco más o menos: “Señores académicos: en la sesión anterior presenté un informe pidiendo se declarase de mérito una obra de gran contenido psicológico. Hoy he de retirar mi informe, porque la obra es un plagio; o modificarlo, pidiendo un castigo para el atrevido, que ni siquiera fué un glosador. Se trata de una copia. He dicho.”

El día Santo Tomás, fiesta del estudiante.—A punto ya de salir la REVISTA nos llega la noticia oficial de haber sido declarada por Real orden del Ministerio de Instrucción pública fiesta nacional del estudiante el día de Santo Tomás de Aquino, 7 de marzo. Con actos como éste acredita una vez más don César Silió su catolicismo y su profunda cultura, dando a los estudiantes españoles por fiesta oficial la del sabio más influyente en los intelectuales de todas las épocas en que España fué grande.

NECROLOGÍA.

El mismo día que murió el Papa falleció en Madrid el cardenal Almaraz, a los setenta y cinco años. Era natural de la provincia de Salamanca, en cuyo Seminario estudió, y regentó más tarde la clase de Teología. En 1885 vino a Madrid como Secretario del señor Martínez Izquierdo. En 1893 fué electo Obispo de Palen-

cia; en 1907, Arzobispo de Sevilla; el 27 de noviembre de 1911 recibió el capelo de Cardenal, y al morir el señor Guisasola fué designado para sucederle en el Primado de Toledo. Fué Prelado bondadoso y prudente, y en sus años de juventud logró fama de orador eminente.

Madrid, 22 de febrero.

FR. TOMÁS S. PERANCHO.

JAPON

EL VIAJE DEL PRÍNCIPE IMPERIAL A EUROPA.

Pasará, sin duda, a la historia de este Imperio como uno de los grandes acontecimientos y testimonio del verdadero pro-

greso del Japón en las vías de la civilización y fraternidad universal por parte de este pueblo, y por el reconocimiento auténtico por parte de toda la Europa, de la hegemonía del Sol Naciente en todo el mundo oriental, así como del título de Nación de primer orden en todo el Universo. Mirado desde este punto de vista, que es el verdadero en la mente de todo japonés, no extrañará, antes aparece como lo más natural del mundo, el interés que despertó en todas las clases, sexos y profesiones, y que con veneración y diligencia más que religiosa y casi divina, haya estado en todas partes y momentos acompañado del espíritu, atención y entusiasmo de su muy fiel y denodado pueblo. Bien lo evidencian la cordialísima despedida de que el Príncipe fué objeto no sólo en la capital sino en todo el Imperio, ondeando hasta en el más miserable tugurio, por espacio de tres días, la insigna nacional, y la constante atención de que fué seguido en todos los momentos del venturoso trayecto, hasta el punto que al leer los periódicos y ver la profusión de vistas, paisajes, representaciones de cosas y al oír conversaciones de sus entusiasmados súbditos, aquellos a quienes no nos tocaba tan de cerca la apoteosis del festival, recordábamos instintivamente y decíamos para nuestros adentros si esto representaría para el Japón lo que nuestro Cristóbal Colón hizo por la humanidad y la Religión con su viaje a través del Atlántico y descubrimiento del Nuevo Mundo, y no pudimos por menos de simpatizar con el patriotismo de este pueblo, tan sincera y cordialmente manifestado, precisamente en estos momentos de desorden y desquiciamiento universal allende los mares y en los países a que demasiado puerilmente se atribuye la posesión del venturoso talismán del orden, la inteligencia y la civilización.

Entre las visitas que nuestro augusto huésped se dignó hacer a los Soberanos de varias naciones, descuella y llama la atención, por lo mismo que no era obligada, la del Vaticano, a nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XV (q. e. p. d.), la que ostenta el reconocimiento por parte del Mikado de la preponderancia singular y social transcendencia del Papado en la civilización y progreso moral de toda la humanidad. Así lo ha estimado la prensa nacional, y con ocasión de esta visita fueron varios los periódicos que, ensalzando la representación y actuación del Papado, suscitaron de nuevo

la cuestión de la necesidad de establecer relaciones diplomáticas con el Vaticano. El mismo augusto Príncipe visitante ha comprendido el inmenso ascendiente moral del Romano Pontífice y, al decir de uno de sus más íntimos acompañantes, ha dicho que la Delegación japonesa ante el Vaticano es necesaria y, además, que hay que trabajar por el progreso del Catolicismo en el Japón.

¡Dios haga que se traduzcan en realidad cantante tan soberanos y augustos deseos, con lo que únicamente podrán contrarrestarse los males sin cuento que deletéreos y subversivos ideales, convertidos ya en organización plástica, amenazan caer sobre esta sociedad, en parte a patriotismo ciertamente digna de mejor ventura!

La vuelta, como es de suponer, excedió en mucho las alegrías y entusiasmo de la partida, como recogiendo los frutos y ostentando la satisfacción del ansiado y venturoso reencuentro.

Bien puede asegurarse que el puerto de Yokohama jamás, en lo que lleva de existencia, se vió tan concurrido como el 2 y 3 de septiembre, en que el patriótico pueblo se aglomeró entusiasta a tributar cordial bienvenida al augusto caudillo, que es el primero que, en los miles de años que lleva de existencia el Japón, ha puesto sus augustos pies en tierra que no le pertenezca ni forme parte de su hereditario Imperio. No cabe dudar que este viaje marcará un paso adelante en la asimilación del Japón a las costumbres y marcha europeas, y haga Dios que así como la civilización material ha acortado las distancias de un modo casi maravilloso, estas visitas y cambios de impresiones unan los corazones e identifiquen los supremos ideales que enseñan a la humanidad la senda de su verdadera regeneración y progreso.

De lo primero, o sea de la asimilación del Japón a las maneras de allende, es testimonio fehaciente la mutua y cordial acogida del pueblo al Príncipe Imperial y de éste al pueblo, en la antigua capital Kyōtō a los pocos días del arribo a ésta del augusto caudillo. Según se dice, aun prescindiendo del inmenso pueblo, pasaron de cuarenta mil solamente los jóvenes estudiantes que, formados junto a la estación donde había de dejar el tren el Imperial joven, echando a un lado ya todas las formas antiguas de posturas y silencio sepulcral al pasar la autoridad, fué conducido a su antiguo palacio en medio de incommensurable procesión de faroles y entre ensordecedoras aclamaciones y cordialísimas expansiones de entusiasmo y regocijo. El Príncipe Imperial, cosa jamás vista ni aun pensada en este Imperio, también decidió mostrar a su entusiasta pueblo que su real corazón no era insensible a aquel desborde de afecto y entusiasta veneración, y dando fin a la ley del sublime retiro y majestuoso silencio, ordenó se abrieran las puertas de par en par y se permitiera entrada libre en el inmenso patio del Palacio a todos aquellos que de grado y entusiasta corazón habían acudido a tributarle feliz bienvenida, y casi haciéndose uno de ellos se dignó descender de las elevadísimas mansiones de su conceptuada divina majestad, y conversar por largo rato con su realmente electrizado pueblo. ¡O tempora, o mores!, es necesario exclamar al ver cómo mudan las cosas y cambian los ceremoniales y aun los corazones.

BIBLIOGRAFIA

Tratado Elemental de Sociología cristiana, por don José LLOVERA. Barcelona, 1921. 4.º edición.

Hemos recibido un ejemplar de este magnífico texto de Sociología, el mejor de cuantos corren en lengua castellana. En él son de admirar, sobre todo, las síntesis profundas que se hacen de los sistemas sociológicos que tanto han privado y privan todavía entre los reformadores de la sociedad. La nueva edición no desmerece nada de la anterior, antes bien está reforzada con varios apéndices sobre grandes movimientos revolucionarios que han acontecido de algunos años a esta parte y que todos conocemos.

Cuando salió la tercera edición nuestra revista hizo de ella un juicio en extremo laudatorio; ese mismo es el que repetimos hoy con toda convicción e imparcialidad.

Scritti scelti di Giuseppel Toniolo, por Felipe MEDA. *Vita e Pensiero*. Milán, 1921.

El solo enumerado de la obra es un gran elogio de ella. Todos sabemos quién fué Toniolo y lo mucho que representa en el mundo de la Sociología cristiana; pues bien, si sus obras han tenido una aceptación increíble entre los estudiosos, júzguese el precioso ramillete de doctrinas que se puede formar tomando lo más selecto de aquellas obras. Este ramillete lo ha formado Meda en un librito que no llega a 300 páginas en 4.º menor. En la elección no ha podido estar más acertado, a juicio nuestro. Los puntos que explana en la mencionada obra, comprenden problemas candentes y fundamentales de actualidad. Habla del elemento ético en las leyes económicas, del concepto cristiano de la democracia, de un programa social y económico, etc.

Tenemos por cierto que el sólo título de la obra y el enunciado de algunos de sus capítulos son la mejor recomendación de este libro; no creemos que las esperanzas de los estudiosos queden defraudadas después de haberlo adquirido.

El Terrorismo, la Libertad y la Policía. Discurso leído por don Antonio ROYO VILLANOVA en su recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el 27 de noviembre de 1921.

El presente discurso tiene por objeto, en la mente de su autor, atinar con los medios más aptos para terminar con el *terrorismo*, plaga social y vergüenza suma de las naciones civilizadas, como hoy se dice. Aunque este es el propósito del señor Royo, sin embargo, a quien oyera o leyera su trabajo le parecería tener en las manos una apología de las santas *libertades esenciales que dan tono y carácter a nuestra civilización* (pág. 30). Creíamos nosotros que se habría extinguido aquella raza de fanáticos liberales que combatía Nocedal por los años de 1891, después de tantos desengaños y de tantas capitulaciones, ante la necesidad de la paz mundial y del orden social, como hemos visto nosotros, hijos de los hijos de aquellos padres. Padecíamos, por lo visto, lamentable equivocación al juzgar sólo histórico lo que es también realidad. Oigase a don Antonio Royo Villanova, y se verá una exacta reproducción de aquellos modelos: "Un gobernante moderno ha de aceptar la realidad tal cual ella es. Nada de cohibir el pensamiento, ni su expresión gráfica en la prensa, o su propaganda oral en re-

uniones públicas. Nada de impedir el derecho de asociación. Admitiendo serenamente la posibilidad de que el anarquista teórico o el revolucionario *ojalatero* pueda degenerar en el criminal que atente contra el sagrado derecho de la vida que el Estado tiene obligación de defender, es preciso que la policía *observe* todos aquellos movimientos de los ciudadanos que, comenzando por ser *inofensivos*, pueden luego ser *equivocos* y convertirse en verdaderamente *preparatorios* de un acto criminal."

"Libre es el pensamiento y libre debe ser la prensa.. Libre es el derecho de asociación; pero la policía de observación debe utilizar, sin molestar a nadie, los datos que la ley obliga a comunicar relativos a los nombres y domicilios de los asociados y a los de aquellos que forman la Junta directiva" (página 50). "Todo lo que se anuncia y cacarea con publicidad es, desde el punto de vista de las eficiencias reales y positivas, radicalmente inofensivo... El tipo del criminal terrorista y anarquista es el silencioso, el melancólico, el hipocondríaco, el solitario" (pág. 33).

Esta serie de absurdos estamos hartos de verla en periodistas de *a tanto la línea*, y en ellos... puede pasar; pero en un catedrático de Derecho no debiera pasar.

Primeramente, en la libertad de proclamar cada uno lo que le venga en ganas por la simple razón que aduce el discursante de que "perro ladrador poco mordedor" (pág. 33), hay un sofisma descomunal, que no me explico cómo no lo ve un señor profesor; el mandar callar a un perro no mordedor, no se hace, señor Royo, sólo con el fin de que no muerda, es para que no incite a otros que son mordedores y no ladran; tales como los melancólicos, hipocondríacos, etc., que usted confiesa que existen. Decir que la propaganda es inofensiva "desde el punto de vista de las eficiencias reales y positivas" nadie lo cree, ni siquiera Royo Villanova; porque si así fuera, ¿a qué los libros y los periódicos y los mítines y los discursos?, ¿a qué las medidas de represión contra la Prensa, a la cual nos tienen tan hechos los Gobiernos liberales durante la gran guerra? Créanos don Antonio que es verdad como un puño lo que le dijo Thaderin en un periódico, a raíz de su discurso: "Una libertad que ampara las propagandas antisociales es una libertad suicida; y una libertad que pone en el mismo plano la propugnación del bien y del mal, una libertad que duda en todo y de todo, que no sabe lo que es bueno y lo que es malo, y que por no saberlo entra por todo como la romana del diablo, es una libertad imbécil, y por imbéciles tendrán las generaciones venideras a la de nuestro tiempo al saber que ésta ha declarado lícita y legal la inoculación de la rabia y monstruosa la hidrofobia."

No es fácil que hombre de tanto ingenio como el señor Royo Villanova no piense como Thaderin, por eso no es cosa de prolongar la réplica. Mas ¿por qué entonces no dice lo que él? *Velay*, por decir... que es liberal.

FR. PERANCHO.

La Piedad del mejor sabio. Rasgos de alabanza a la Santísima Virgen, por Santo Tomás de Aquino. Coleccionado por el P. J. F. P. Salamanca, 1921. Un vol., 365 págs. en 8.º

Con amor de fiel devoto de la Virgen y de Santo Tomás, el padre J. P. ha coleccionado multitud de textos, entresacados de las obras de Santo Tomás. El subtítulo de la obra indica claramente el método de su exposición. Un texto de Santo Tomás y su traducción al castellano va al principio de cada párrafo o capítulo, seguido de breves consideraciones, donde el autor procura desentrañar el contenido espiritual de esas expresiones. En 21 títulos divide su obra, y en cada uno de ellos considera alguna de las prerrogativas con que ha sido honrada la Virgen en la Iglesia, agrupando las enseñanzas de Santo Tomás sobre la materia. En la parte que podemos llamar exegética se revela el autor con su carácter siempre devoto y sencillo. Es su nota característica.

D.

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACION BIMESTRAL DE LOS DOMINICOS ESPAÑOLÉS

Esta Revista aspira a tener al corriente a sus lectores del movimiento científico oficial y religioso de nuestra época. Además de la sección de artículos de fondos, para la cual cuenta con escogida colaboración, en cada número aparecen *Boletines* científicos que abarcan las siguientes materias: Sagrada Escritura, Teología Dogmática, Teología Moral, Teología Histórica, Apologética, Ciencia de las Religiones, Metafísica, Lógica y Criteriología, Psicología normal y patológica, Cosmología y Teodicea, Ética y Derecho, Sociología y Cuestiones Sociales, Historia de la Filosofía, Literatura, Derecho eclesiástico y ocasionalmente algunas otras, según la oportunidad. Publica también *Crónicas científicasociales* de todo el mundo, para lo cual tiene la Revista CUARENTA corresponsales literarios en las principales naciones.

Se publica cada dos meses en folletos de 148 a 160 páginas cada uno.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, un año	15	pesetas.
Otros países, ídem.	20	—
Número suelto.	3	—

Biblioteca Clásica Dominicana

Esta Biblioteca, que hizo su entrada triunfal con la *Paráfrasis de los Salmos* de Cáceres, la obra más rica en frases de nuestra ascética; que continuó con Cabrera, el más expresivo y gracioso de nuestros estilistas; que ofreció después la *Consolación* de Boecio, traducida maravillosamente por el padre Aguayo, tiene ahora en prensa las *Divinas Instituciones* del místico Taulero, traducidas a mediados del siglo XVI, y dos tomos sobre Santo Domingo, con texto inédito del siglo XIV y numerosas ilustraciones.

Cada tomo se vende (Madrid, Claudio Coello, 114) a cinco pesetas, y a cuatro, por suscripción.

Biblioteca Clásica Dominicana

Claudio Coello 114, Madrid

A NUESTROS SUSCRIPTORES

El año de suscripción comienza con el número de enero-febrero. La aceptación de este número se considerará como renovación de suscripción.

—Los suscriptores de España que no reciban a su tiempo los números de la Revista deben reclamarlos dentro del bimestre a que corresponden esos números. De otro modo, no serán atendidas sus reclamaciones.

—*Siendo muchos los números que no llegan a su destino de los enviados a las Repúblicas Hispanoamericanas, Filipinas y Extremo de Oriente, en adelante se remitirán certificados, cargándose por ello al suscriptor dos pesetas anuales; de modo que para esos puntos la suscripción cuesta 22 ptas.*

—Los que están en descubierto en el pago de la pasada anualidad (1921) procuren ponerse al corriente para evitar así molestias y dificultades a la Administración.

—Esta Administración no se encarga de servir pedidos de libros que no se anuncien de venta en la misma, como tampoco contestará a consultas ajenas a nuestra Revista.

QUINTIN RUIZ DE GAUNA VITORIA

Velas de cera para el culto, calidades litúrgicas garantizadas.

Marcas registradas:

«MAXIMA» Necesaria para las dos velas de la Santa Misa y Cirio Pascual.
«NOTABILI» Para las demás velas del altar

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos fecha 14 de diciembre de 1904.

Resultado completamente nuevo, y tan perfecto, que arden y se consumen, desde el principio al fin, con la misma igualdad y limpieza que las más excelentes bujías esteáricas.

ENVÍOS A ULTRAMAR

CHOCOLATES

DE

— QUINTÍN RUIZ DE GAUNA —

ENVÍOS A TODAS PARTES

VITORIA (Alava)

